Patricia Wilson

HARLEQUIN

BIANCA

LLAMA ARDIENTE



Blake Anderson era un famoso director de cine, acostumbrado a dar órdenes y a que lo obedecieran al instante. Había sido muy amable al hacerse cargo de Nicola cuando una tragedia la privo de su padre y de su hogar y no tenia a nadie a quien recurrir, pero eso no le concedía el derecho de pisotearla, y Nicola decidió que debía enseñarle algunas cosas… Por ejemplo, que por muy atractivo que fuera, no todas las mujeres estaban dispuestas a bailar al son que él tocaba…

Lo que Nicola no sospechaba era que, como muy pronto descubrió, sí estaba dispuesta…



Patricia Wilson

Llama ardiente

Bianca - 1298

ePub r1.0
LDS 20.03.16

Título original: *Relentless flame*
Patricia Wilson, 1996

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

NICOLA se obligó a abrir los ojos y se sentó en la cama. En realidad no estaba dormida, sólo dormitaba en espera de que el hospital cobrara vida a su alrededor, pero aun así había vuelto la pesadilla, las llamas rodeándola, el intenso calor y el humo negro… Su corazón latía con fuerza y tenía la frente perlada de sudor. La enfermera del turno de noche entró y la miró preocupada.

—¿Otra pesadilla?

—Eso creo —respondió Nicola y logró sonreír.

—Tal vez necesite ayuda cuando salga de aquí. Después de todo, no fue sólo el incendio, sino todo lo demás —se detuvo cohibida al ver que había hablado demasiado y salió a toda prisa.

Nicola se preguntó cómo podría enfrentarse a otro día. No era sólo el incendio y todos los sabían. Era la pérdida de su padre, las preguntas a las que debió responder cuando llegó la policía, la furia del socio de su padre cuando entró sin permiso y el médico tuvo que echarlo de allí. Sí, era todo lo demás.

Miró por la ventana. Apenas eran las seis y la esperaba otro día interminable. Lo había perdido todo, pero estaba viva, aunque por el momento no se sentía así. Se sentía vacía, agotada, sin energía. No podía enfrentarse a ese amargo dolor. Todos decían que su padre había provocado el fuego, un acto deliberado para resolver sus problemas económicos. La policía estaba segura, igual que su socio, Clive Benson. La empresa electrónica de Rogers & Benson había dejado de ser un negocio próspero hacía dos años, pero nadie excepto su padre sabía cuál era la verdadera situación. Kevin Rogers era el cerebro del negocio… sabía de ordenadores, obtenía los contratos… y Clive Benson se lo estaba recordando furioso cuando el médico entró y le ordenó que se retirara.

Su padre había perdido la vida al sacarla de la casa en llamas, pero Nicola no podía olvidar que inició el fuego cuando ella dormía. La había puesto en peligro deliberadamente para cobrar el seguro de la casa…

Al menos, eso le había dicho la policía, aunque añadiendo después que su padre la había salvado a riesgo de su propia vida. Aun así Nicola jamás podría olvidar que él sabía que su hija estaba allí, dormida e indefensa.

Sólo se tenían el uno al otro, porque ella apenas podía recordar a su madre, y siempre estuvieron muy unidos. Incluso trabajaba en la empresa para estar cerca de él. Y ahora sólo le quedaban sus sueños destrozados. Su pasado y su futuro se habían consumido en el fuego, igual que la casa en donde vivían. Ni siquiera tenía ropa. Todo se había convertido en llamas y humo, llevándose consigo su pasado. Tendrían que liquidar la empresa y los acreedores lucharían por los restos como perros por un hueso.

—¿Cómo se siente, señorita Rogers? —le preguntó el médico, amable, igual que todos. Eso la hacía sentirse peor y pensó que jamás podría recuperar su antiguo espíritu de lucha.

—Creo que mejor —sonrió, pero él la miró dudoso.

—Bien, no sufrió ninguna quemadura, ni siquiera en el pelo —su mirada se dirigió al cabello rubio dorado, ahora sujeto en la nuca—. Sin embargo, el humo fue algo diferente. Unos minutos más y…

No continuó y ella se lo agradeció. Unos minutos más y no se habría recuperado de los efectos de aspirar el humo y el valeroso acto de su padre habría sido en vano.

—Tuve suerte —respondió Nicola. La enfermera los miró a los dos, murmuró algo y salió. Nicola se preparó para las malas noticias. Ese médico era el que le había dicho lo de su padre. Por lo visto le asignaban las peores tareas y ahora parecía a punto de enfrentarse a otra. Además, la enfermera siempre desaparecía cuando había problemas.

—Tengo entendido que el doctor John Gregory ha sido su médico desde hace tiempo, ¿no es así? —murmuró y Nicola lo miró sorprendida.

—Sí, desde que tengo memoria. Vino a verme el otro día.

—Lo sé —sonrió incómodo—. No quedan muchos médicos como él, que siguen a sus pacientes por todo el país y quieren un informe

diario.

—También era… amigo de mi padre —Nicola fijó la vista en sus dedos y se preguntó a dónde quería llegar el médico.

—Entiendo. Pensé que era sólo el viejo médico familiar… algo que casi ha desaparecido. Por supuesto, ahora que usted me ha hablado de esa amistad… eso explica muchas cosas.

—¿Qué cosas? —Nicola lo miró aturdida.

—Por lo visto, el doctor Gregory se ha encargado de arreglar el futuro de usted —le informó él al ver su agitación.

—¿Qué ha dicho? —era algo tan inesperado que Ni-cola se sobresaltó. Ella tendría que arreglar su propio futuro y lo sabía muy bien.

—Debe saber muchas cosas de usted… sin duda por la amistad con su padre. Por lo visto decidió ponerse en contacto con sus familiares…

—No tengo a nadie —le informó ella desconcertada.

—Debe tener a alguien, porque él los encontró y vendrán a buscarla.

Ella lo miró, incapaz de hablar. ¿Qué familiares? Hasta donde sabía, su padre sólo tuvo una hermana y vivía en Estados Unidos. Ella no la conocía y jamás se habían escrito. Tal vez había muerto. ¡Pero aunque viviese era una desconocida!

—Debe de haber un error —murmuró temblorosa—. Tengo una tía, pero lo último que supe de ella fue que vivía en Estados Unidos y eso fue cuando yo era una niña. Creo que el doctor Gregory cometió un error. No es posible que venga a buscarme.

—Él no dijo nada acerca de una mujer. Sólo dijo que ellos vendrían. Pero vendrá hoy y se lo explicará. Parecía muy complacido.

El médico salió y Nicola comprendió por qué había desaparecido la enfermera. Por lo visto su vida se complicaría más que nunca. John Gregory era un anciano encantador, pero había hecho mal. Ella no estaba dispuesta a ir con una familia desconocida y pedir que fueran a buscarla era una impertinencia que la avergonzaba.

Cuando el doctor Gregory llegó parecía muy complacido y Nicola no supo qué decir, ni cómo abordar el tema.

—¡Lo he arreglado todo, Nicola! —exclamó orgulloso.

—Yo… habría preferido que no… —empezó a decir, pero él la

interrumpió.

—¡Tonterías! Lo has perdido todo, ni siquiera tienes ropa. Ni un hogar, ni un trabajo, ni siquiera un futuro…

—Yo me labraré mi propio futuro —le informó Nicola—. Sé lo que ha hecho y estoy desconcertada. Yo no tengo familia.

—¡Oh! ¿Así que te lo ha dicho el médico? —exclamó decepcionado el doctor Gregory al ver que la noticia no era una sorpresa—. Sí tienes familiares, querida. Viven en California y llegarán mañana.

—¡No iré con ellos! —declaró Nicola agitada—. No creo que quieran verme y no soy una huerfanita. Tengo veinticuatro años y sé cuidarme.

—Cuando estés mejor, Nicola —replicó el médico—. De acuerdo, no sufriste quemaduras y el daño causado por el humo casi ha desaparecido, pero la conmoción no. Necesitas cuidados durante unos meses y un viaje a California te ayudará. Además, yo les expliqué todo y vendrán por ti.

—¿Pero qué pensarán? No los conozco, ni ellos a mí. Se sentirán obligados —miró perturbada al médico—. Las personas a veces hacen cosas que no quieren hacer. Se dejan convencer y yo sé que usted puede ser muy persuasivo.

—Calla, querida, no tuve que persuadirlos. Hablé con tu tía y le conté toda la historia. La idea de venir por ti fue de ella, quiere hacerlo. Sólo relájate y deja que las cosas sigan su curso. Después de unas semanas en California, volverás a ser la de antes y podrás enfrentarte a todo. Cuando te recuperes, podrás hacer las cosas a tu manera. Mientras tanto, deja que te mimen un poco.

Cuando se fue, Nicola trató de asimilar la noticia. Hasta ahora no había pensado en su futuro, ni siquiera en que no llevaba puesto su propio camisón. Ahora, al saber que tendría visitas, no sabía qué hacer. Tenía algún dinero en el banco, pero su chequera y su tarjeta de crédito habían desaparecido con todo lo demás. Por lo visto tendría que enfrentarse así a esa familia desconocida. Se bajó con cuidado de la cama y se dirigió al baño, pero al contemplarse en el espejo apenas se reconoció. Estaba pálida, el cabello dorado parecía sin vida y los ojos verdes se veían demasiado grandes en su rostro demacrado. Su aspecto era terrible, decidió. Pero no le importaba porque no iría a ninguna parte con nadie. Cuando saliera del

hospital iría al banco y luego se alojaría en un hotel económico. Ya le había mencionado el problema de la ropa a la enfermera del turno de noche; era verano y todo lo que necesitaba era un vestido, ropa interior, zapatos y un bolso. La enfermera le había prometido encargarse de eso, así que no necesitaba a nadie.

—Ya tengo su ropa —le informó complacida la enfermera esa noche—. Lo que usted me pidió y una chaqueta mía que ya no uso. Acéptela —insistió cuando Nicola quiso protestar—. Puede sentir frío. En cuanto al resto, me pagará cuando haya resuelto lo del banco. Nicola se lo agradeció, pero cuando vio la nota se sorprendió. Estaba acostumbrada a la ropa cara y el precio de esas prendas era mínimo. Pero eso no importaba. Lo que tenía que hacer era salir de allí. Luego se las arreglaría de alguna manera. No sabía lo que sucedería con la empresa, pero saldría adelante y, hasta entonces, tendría que arreglárselas con el dinero que tenía en el banco. También necesitaría un trabajo, pero era lo bastante realista para saber que no podría enfrentarse a eso por lo menos durante un par de semanas.

Al día siguiente se sintió atemorizada mientras esperaba a esa familia que no conocía, sabiendo que irían sólo porque creían que era su deber. No quería que nadie se sintiera obligado con ella. Sus amigas no habían ido a visitarla y eso le dolía. Desde la universidad no tenía amigos del sexo opuesto, su mundo era su padre y la empresa. A menudo trabajaba con él hasta una hora avanzada de la noche y eso no le dejaba tiempo para llevar una vida propia, así que ahora se sentía perdida.

Lo peor era que ahora tendría que enfrentarse a unos desconocidos que tal vez sonreirían, pero a los que en realidad les molestaría el hecho de haberse visto obligados a ir a Inglaterra para hacerse cargo de ella.

No porque pensara ir con ellos. Ya no podía seguir fingiendo, había perdido el interés en todo y prefería quedarse en el hospital, apartada del mundo.

Se sentía muy cansada. Dos veces durante la noche la enfermera la había despertado cuando ella gritó, tratando de alejarse del terror de la pesadilla. Por lo visto jamás desaparecería, pensó mirando

hacia la puerta, temerosa de ver a las personas que pronto llegarían. El cielo estaba nublado y recordó la chaqueta que le había llevado la enfermera. Tal vez la necesitaría, pero no ese día. No querían darle el alta, el médico decía que debía quedarse por lo menos otros dos días y ella se alegró de eso. Tal vez no pudieran esperarla y eso sería una buena excusa para que no se sintieran avergonzados.

La espera la cansó más y poco después de la comida, al ver que nadie aparecía, Nicola se quedó dormida, recostada en la cama, con el rostro demacrado y el cabello extendido sobre la almohada.

—No sé si podrá hacer un viaje tan largo —la voz del médico interrumpió su sueño, pero Nicola no abrió los ojos. Lo hizo por instinto, al percibir algo diferente en la habitación y comprendió que las personas que esperaba habían llegado—. La enfermera dice que la señorita Rogers tiene pesadillas por las noches. No es extraño, pero no hay forma de saber cuándo desaparecerán. Fue una terrible experiencia y, a pesar de que tiene buen aspecto, no se ha recuperado.

—A mí no me parece que tenga buen aspecto. No creo que siempre esté tan demacrada.

Nicola se tensó al oír una voz desconocida. Era profunda y autoritaria, con un leve acento norteamericano. No se había equivocado, estaban allí. Tenía que enfrentarse a ellos, pero habría preferido hacerlo con su propia ropa, sentada y despierta. Deseó seguir con los ojos cerrados, pero eso no era posible… hablaría con ellos y les diría que no pensaba salir de Inglaterra. Abrió los ojos y vio un rostro bronceado y unos ojos oscuros que la miraban con fijeza. Su expresión no era compasiva y Nicola se sintió agradecida, porque no quería compasión. El hombre tenía el cabello negro y la autoridad de su voz se reflejaba en su rostro, en sus ojos y en la boca firme.

—Oh, está despierta —exclamó el médico aliviado. Parecía incómodo, como si hablar con ese hombre no hubiera sido un placer y Nicola supuso que le había informado que no podía llevarla a ninguna parte—. Si se siente bien, la dejaré para que hable con su primo —continuó el médico y se dirigió a la puerta.

—Gracias, estoy bien —Nicola sonrió, prolongando el momento antes de hablar con ese hombre que, con su sola presencia, la hacía sentirse incómoda. Era consciente de su fuerza, su estatura y su

rostro frío y atractivo. Él la observaba en silencio y Nicola estuvo a punto de dejarse invadir por el pánico.

Cuando la puerta se cerró, ya no pudo posponer lo inevitable y se volvió cautelosa hacia el desconocido. Pero no podía hablar y sólo lo miró aprensiva. ¿Habría cruzado el Atlántico sólo para ir a buscarla, o habría ido a informarle que no podían hacerse cargo de ella?

—En realidad no soy tu primo —le informó él—. Soy Blake Anderson. ¿Cómo estás, Nicola?

El nombre le pareció conocido, pero estaba demasiado aturdida para pensar en eso. Debía de tener treinta y tantos años, pero era imposible decirlo. De lo que sí estaba segura era de que su carácter no era fácil.

—Estoy bien, gracias —respondió con voz ronca y se irguió.

Él la ayudó al instante, alzándola como si no pesara nada y le acomodó las almohadas.

—Eres muy cortés, Nicola, pero no sincera —murmuró él y se sentó en un sillón—. No tienes buen aspecto. Pensé que podrías salir de aquí mañana, pero según el médico, eso sería una imprudencia.

Nicola estaba en un dilema, sabiendo que él no encontraba la forma de decirle que no podían hacerse cargo de ella. Eso le recordó que iba solo y que los familiares que esperaba no habían ido y sólo habían enviado a un emisario.

—Yo… esperaba ver a mi tía —empezó y el rostro de él se tensó, como si hubiera dicho algo malo.

—Mary no está en condiciones de hacer un viaje tan largo.

—¿Mary? —lo miró desconcertada y él pareció impacientarse.

—Tu tía. Me temo que tendrás que conformarte conmigo. Tenía que viajar a Inglaterra y la solución ideal fue que yo viniera a buscarte. Mary se quedó en casa.

Nicola comprendió que lo había molestado. Ni siquiera recordaba el nombre de su tía, pero eso no era de sorprender, pues no lo oía desde que era pequeña. Debía aclarar las cosas y decirle que no pensaba ir con él.

—Creo que debo aclararle algo que nos evitará a los dos muchos problemas —habló en voz baja—. Yo no sabía que el doctor Gregory se había puesto en contacto con mi tía. Me lo mencionó después, pero no necesito ayuda. No soy una niña, tengo

veinticuatro años. Además… no quiero ir a Estados Unidos, así que no es necesario que se sienta obligado a…

—No me siento obligado a nada —le informó él con tono áspero —. Mary me pidió que viniera a buscarte y por eso estoy aquí.

—Lo siento, pero no quiero ir —Nicola decidió que había llegado el momento de ser firme—. No conozco a mi tía y no quiero ser una carga para nadie…

—No serás una carga para Mary, pues yo no lo permitiré —ella abrió la boca para hablar, pero él alzó una mano, indicándole que guardara silencio, como si estuviera acostumbrado a que todos lo obedecieran—. Permíteme que te explique la situación. Tu tía Mary es mi madrastra y yo le tengo un gran cariño. No es una mujer frágil, pero su vida ahora es muy limitada debido a un accidente que tuvo hace varios años. Este médico amigo tuyo la animó mucho al hablarle de ti. Te espera y desea verte —la miró con fijeza—. Así que irás, Nicola, debes creerme.

Ella lo miró aturdida. No lo conocía y sin embargo él creía que podía darle órdenes. Ni siquiera había considerado sus deseos. Comprendió que debía tratarlo con cautela. Antes le habría dicho que se ocupara de sus asuntos, pero ahora no estaba de humor y, además, él había hecho un largo viaje para ir a buscarla. No quería ser injusta ni desagradecida, pero no iría a ninguna parte con él.

—Escuche —empezó con cuidado—. Mi padre y su hermana ni siquiera se escribían. Yo incluso había olvidado que tenía una tía. No es posible que ella quiera recibirme en su casa.

—En mi casa —la corrigió él con frialdad y eso la alarmó más—. Mary vive conmigo y yo haría cualquier cosa por verla feliz. Ahora quiere verte y yo la complaceré.

—¿Y mi opinión no cuenta? —le preguntó Nicole desconcertada.

—Ese doctor Gregory le habló de ti y ella me lo comentó. Ahora veamos tus opciones, aunque no creo que tengas ninguna. Mary quiere que vayas y así lo harás. Pero suponiendo que yo fuera condescendiente, lo que no es probable, vamos a considerar tus alternativas. Has perdido tu hogar, tu trabajó y tus pertenencias. Me dicen que estuviste muy enferma y que aún sufres las consecuencias de la conmoción. ¿Qué pretendes hacer en un futuro inmediato?

—Yo… me alojaré en un hotel económico y, cuando me sienta mejor, buscaré algún trabajo…

—Eso es absurdo y tú lo sabes —declaró él—. Necesitas ayuda, pero eres demasiado obstinada para reconocerlo.

—Estoy muy agradecida, pero… —Mary no necesita tu gratitud. Quizás se sienta decepcionada cuando te conozca y en ese caso, podrás regresar a Inglaterra. Mientras tanto, aprovéchate y descansa. Creo que lo necesitas.

Su actitud la hirió. Por lo visto estaba acostumbrado a salirse con la suya y Nicola comprendió que estaba dispuesto a discutir noche y día si era necesario. Había tomado una decisión antes de verla, como si ella no contara. La tía Mary quería verla y eso era todo.

—No hará que me sienta culpable —murmuró—. Y tampoco permitiré que me intimide.

—Oh, sí lo harás, Nicola —le informó él—. Vine por ti y no me iré sin ti. Acepta ahora… porque al final lo harás. Todos lo hacen.

—Porque usted los acosa —replicó ella. Se sentía cada vez más cansada.

—Tal vez, pero haré cualquier cosa para obtener lo que quiero —convino él—. Por el momento, quiero que abordes un avión a California, para ir al lado de tu tía. Y eso es lo que harás.

—Aún no puedo salir del hospital —murmuró Nicola y bajó la vista para disimular sus lágrimas.

—Deja eso en mis manos —se acercó a la cama y se sentó sobre el borde—. Necesitas que alguien te cuide —le alzó la cara y la vio luchar con las lágrimas—. Sé que no conoces a tu tía, pero ella es todo lo que tienes. La casa es grande y tendrás un lugar propio si quieres llorar —sonrió con crueldad y eso bastó para que Nicola dejara de llorar.

—¡No acostumbro a llorar! —estalló. —Tal vez ya es hora de que lo hagas —replicó él brusco—. Unas pocas lágrimas más podrían significar menos pesadillas —se puso de pie y la miró inflexible—.

Vendré a buscarte mañana por la tarde. Ahora iré a arreglar lo del hospital.

—Es probable que no quieran asumir la responsabilidad de darme de alta —comentó Nicola y se aferró a la esperanza de poder huir de él, aunque todo lo que le había dicho era cierto y tenía sentido—. Usted mismo dijo que no sería una buena idea.

—Tal vez lo hagan —murmuró él—. En cuanto a lo que dije, he cambiado de opinión. Por lo que veo, tratarías de huir por la ventana. Hablaré con el médico y yo asumiré la responsabilidad.

Hizo un leve gesto de despedida y cuando salió Nicola se quedó mirando aturdida la puerta cerrada. Era tan alto y tan imponente que ahora la habitación parecía vacía. La había dejado temblando y ansiosa. ¿Cómo se sentiría viviendo en su casa?

—¿Era su novio? —le preguntó una de las enfermeras cuando entró a verla y Nicola se sobresaltó.

—No, es… mi primo —eso le ahorraría muchas explicaciones y tenía mucho en qué pensar para entrar en detalles. Debía encontrar la forma de desafiarlo y eso no sería fácil en su posición actual.

—Pues es muy atractivo. No lo había visto aquí antes.

—Acaba de llegar de Estados Unidos —murmuró Nicola distraída—. Es mi primo Blake… Blake Ander-son.

—¿Blake Anderson? —exclamó la enfermera—. ¿El verdadero?

—Eso creo —replicó Nicola—. A mí me pareció bastante real — de hecho demasiado real, pensó, su presencia aún se sentía en la habitación.

—Debió de venir para el estreno, me imagino que usted está enterada.

—¿El estreno? —Nicola concentró toda su atención en la enfermera. Algo empezó a resonar en su mente, pero no podía creerlo.

—*¡Justicia fría!* Se estrena en Londres mañana por la noche. Es una lástima que usted no pueda asistir. ¡Pero me extraña que lo haya olvidado! —se interrumpió y le dirigió a Nicola una mirada compasiva—. Disculpe, no he dejado de hablar y usted tiene muchos problemas. No es de sorprender que lo haya olvidado.

Nicola trató de no pensar hasta que se quedó sola, pero se sentía atemorizada y no quería ahondar en eso. ¡Blake Anderson! Era uno de los directores de cine más famosos y tenía la reputación de ser implacable. Eliminaba de sus películas a cualquier actor que no estuviera de acuerdo con él, elegía sus propias historias, supervisaba la edición y agotaba a todos hasta que las cosas resultaban como él quería. Nunca había dirigido una película que no fuera un éxito económico. Casi todas sus películas eran policíacas, fuertes e inexorables como el mismo Blake Anderson.

Nicola estaba desconcertada. Con razón el nombre le había resultado familiar, pues había leído artículos acerca de él. Siempre era duro e inflexible. ¡Y ella se había atrevido a desafiarlo! Sus posibilidades de negarse a acompañarlo le parecían cada vez más remotas.

Capítulo 2

Así que se va? —la enfermera del turno de noche miró a Nicola.

—No lo sé —respondió estremecida, pues no quería pensar en eso.

—¡Usted sabe que sí! Me extraña que nunca me haya dicho que tenía un primo tan famoso. Fui la última en enterarme en todo el hospital.

Estaba molesta y Nicola no pudo encontrar una excusa. No podía decirle que no conocía su existencia y que ni siquiera era su primo.

—No sabía si podría salir mañana —murmuró—. El médico dijo…

—Oh, el señor Anderson le aseguró que estará mejor que aquí —declaró la enfermera—. Le dijo que en Estados Unidos también hay médicos. Ahora entiendo por qué tiene esa reputación.

—Sí, es… un tanto intransigente —reconoció Nicola.

—Espero que sea comprensivo cuando usted tenga esas pesadillas —replicó la enfermera con frialdad—. Yo no estaré allí para correr a su lado y despertarla.

—Tal vez no vuelva a tenerlas —se aventuró a decir Nicola y la enfermera la miró escéptica como si quisiera darle a entender que cerca de Blake Anderson sus pesadillas serían permanentes—. Lamento no habérselo dicho —se disculpó Nicola al recordar la amabilidad de la enfermera—. Creo que… lo olvidé.

—No se preocupe—. No me sorprende que lo olvidara, después de lo sucedido. Espero que esté bien con ese hombre —añadió dudosa y Nicola pensó que ella sentía lo mismo.

Al fin se quedó dormida, agotada después de tratar de encontrar una solución. Estaba a merced de él y de todos, pero eso no duraría. Pronto volvería a ser la de antes, pero ahora se sentía como una hoja arrastrada por la tormenta y Blake Anderson se encontraba en

el centro, obligándola a algo que ella no quería hacer. Sólo lo había visto una vez, pero recordaba cada detalle de su rostro.

Al día siguiente, las enfermeras la ayudaron a vestirse y Nicola estaba lista mucho antes de que llegara Blake.

Debía reconocer que la ropa que llevaba puesta era horrible, pero eso no importaba. Sólo le había dado a la enfermera una vaga idea de lo que quería y estaba demasiado cansada para preocuparse por eso. Además, era sorprendente lo vulnerable que se sentía con ropa de calle. La bata del hospital había sido como un refugio, igual que la habitación que había ocupado desde el incendio y de buen grado se habría quedado allí.

Ahora estaba a punto de enfrentarse de nuevo al mundo y a un hombre inflexible, que vivía conforme a reglas rígidas que también les imponía a los demás. Desde su visita, todos hablaban de él, unas veces con admiración por su fama y otras con una irritación que ella comprendía, pues sentía lo mismo y temía el momento de volver a verlo. Era un temible adversario para cualquiera que tuviera sentimientos y emociones. Estaba segura de que era un hombre que jamás cedía.

Ya era una hora avanzada de la tarde cuando al fin llegó y para entonces Nicola se sentía de nuevo agotada y nerviosa. Entró sin llamar a la habitación y ella se puso de pie. Él la miró con escepticismo al ver su nerviosismo y luego estudió sorprendido su vestido.

—¿Qué diablos es eso? Parece que has encontrado esa ropa abandonada en un callejón.

Su actitud insolente y desdeñosa hizo que Nicola se sonrojara.

—Una enfermera me la compró y a ella le pareció bien. Yo no tengo nada, perdí toda mi ropa en…

Sí —la interrumpió él impaciente—. Después nos encargaremos de la ropa. Ahora debemos irnos.

Nicola nunca había sido tan consciente de su cuerpo como entonces y deseó huir al baño y cerrar la puerta; no podía salir del hospital con él. Su mirada y sus palabras duras habían acabado con la poca confianza que sentía.

Puesto que no vio ninguna maleta, Blake se dirigió a la puerta y

ella lo miró frustrada. Debía aclararle que no estaba dispuesta a obedecer sus órdenes.

—Debo ir al banco —le informó—. Necesito pagarle la ropa a la enfermera, pedir un nuevo talonario y…

—¿Cuánto necesitas? —preguntó él brusco—. Le pagaremos ahora, pues no podemos detenernos en el banco. Tengo prisa.

—Yo acostumbro a pagar mi ropa —replicó ella obstinada—. Debo ir al banco porque no tengo dinero. Y si cree que iré a Estados Unidos vestida de esta manera…

—No vamos a marcharnos hoy, debo regresar a mi hotel. Estoy ocupado y creo que tú necesitas descansar. ¡Vamos! —abrió la puerta, se hizo a un lado y la miró con frialdad. Nicola obedeció al recordar que esa noche era el estreno.

—Entonces iré mañana al banco —insistió, pero él la tomó del brazo y la guió por el pasillo hacia la salida.

—Ya lo veremos —fue la única respuesta de él y Nicola trató de no enfurecerse. Si creía que haría el viaje sin dinero y sin ropa, a merced de él, le esperaba una sorpresa.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó él cuando llegaron al escritorio de la recepción.

—¿De quién? —Nicola lo miró aturdida.

—De la enfermera a la que le debes una pequeña fortuna —volvió a mirar desdeñoso su ropa—. No sé cuál es el precio, pero creo que te ha timado. Debió encontrar esa ropa en un museo.

—¡La enfermera Bennett! —replicó ella malhumorada.

—¿Cuánto? —insistió él y alzó una ceja irónico cuando ella le dijo la suma.

—¿Acaso venía en una caja de oro?

—Había… otras cosas —le informó Nicola sonrojada. Aliviada, vio que él se alejaba para dejar el dinero y cuando regresó estaba de mejor humor.

—Salgamos de aquí —le dijo con amabilidad—. Necesitas un brandy y una cama cómoda.

Nicola estaba de acuerdo. Necesitaría algo más que un brandy para aguantar a ese hombre. Debía saber que se sentía débil, ¿pero cómo se comportaría cuando ella se sintiera mejor? Aunque eso no le importaba, pues entonces no sería una víctima fácil, pensó y lo miró malhumorada.

—¿Te preocupa algo, Nicola?

—No, me siento un poco aturdida, pero se me pasará.

Él le dirigió una mirada penetrante, pero no habló y Nicola siguió pensando en las probabilidades de salir de esa situación. Por el momento no podía defenderse, pero tal vez se sentiría mejor al día siguiente. Era un hombre imposible y odioso y quería golpearlo, algo que nunca antes había sentido.

No los esperaba una limusina, como ella había imaginado, sino un Mercedes oscuro y cuando se instaló en el asiento y él se sentó al volante, le preguntó algo que la inquietaba desde que él fue a buscarla. —¿En dónde se aloja? —En Londres, en el Savoy.

—¿Y… en dónde me alojaré yo? —insistió ella ansiosa.

—¡Conmigo! —replicó él exasperado—. Estoy muy ocupado y no puedo ir de un hotel a otro para vigilarte. Se supone que debo cuidar de ti hasta que te lleve al lado de Mary.

—No necesito que nadie me cuide —declaró Nicola irritada—. ¡Sé cuidarme sola!

—Tal vez cuando estés mejor —convino él brusco—. Hasta entonces te quedarás a mi lado. ¡No tienes otra elección!

—¿Ya me ha reservado una habitación? —Tengo una suite con dos dormitorios y una salita. Estarás bien allí y yo podré atender mis asuntos y cuidarte el mismo tiempo.

Molesta, Nicola guardó silencio. Todo era tan extraño. De pronto tenía una familia y ese hombre que tenía fama de salirse siempre con la suya la llevaba a donde ella no quería ir. No poseía nada y, después de las miradas y los comentarios de él, se sentía avergonzada con esa ropa. ¡Y encima iban al hotel Savoy! Todos creerían que él la había encontrado vagando por las calles.

—¿Qué pensarán al verme así? —murmuró ansiosa.

—Que soy un excéntrico —sonrió desdeñoso. Era evidente que no le importaba la opinión de los demás.

—Sin duda se sentirán intrigados —estalló Nicola—.

Puede decirles que soy perfecta para un pequeño papel en una de sus películas.

—Veo que has indagado algo acerca de mis antecedentes —respondió él desdeñoso—. No te preocupes, no conocerás nada del mundo en el que vivo. Estarás con Mary.

—No he indagado nada —le informó ella brusca—. Me lo

comentaron las enfermeras, impresionadas por su fama. ¡Todas querían saber por qué no les había dicho que Blake Anderson era mi primo!

—No soy tu primo —replicó él—. Pero sí soy el hombre que te llevará al lado de tu tía.

—¿Qué pensará de mí al verme así? —murmuró Nicola contemplando su vestido.

—Cuando te vea, no estarás vestida así —le aseguró él hosco—. Mañana nos encargaremos de tu ropa.

—Yo habría podido comprarla si me hubiera llevado al banco…

—Sé cómo debes vestir —declaró él inflexible—. Mañana me encargaré de eso, pero esta noche estaré muy ocupado.

—Sí, hoy es el estreno —musitó Nicola y él sonrió burlón.

—Así es —convino—. ¿Quieres ir? Si te presentas con ese vestido, te aseguro que la semana próxima estará de moda y todos te llamarán para preguntarte en dónde pueden encontrar un modelo igual.

—Debe ser una carga saber que es tan importante —replicó Nicola sarcástica.

—Sí lo es —le aseguró él con tono seco—. Eso me impide dormir.

Guardó silencio y Nicola decidió que por el momento la había vencido. Era demasiado imponente y además tenía una gran ventaja sobre ella. No le importaba lo que pensaran los demás, era uno de sus rasgos indeseables, aunque hasta ahora no había descubierto ninguno que no lo fuera. Era un hombre duro y poderoso y por lo visto disfrutaba siendo así; su tía Mary debía ser como él, de lo contrario no vivirían juntos. Todo sería terrible, pensó malhumorada.

Su ansiedad se intensificó cuando llegaron a Londres, pues estaba segura de que todos se volverían a mirarla y se reirían de ella. Quería suplicarle que la llevara a otro hotel, pero le bastó ver el rostro de Blake para no hacerlo.

Cuando entraron al hotel, todos se volvieron a mirarlos y al instante Blake se convirtió en el centro de la atención.

—Hay varios mensajes para usted, señor Anderson —le informó la recepcionista. Blake sólo asintió y tomó las notas sin detenerse. Nicola estaba demasiado preocupada por su apariencia y sentía que

las piernas se le doblaban. Estaba muy débil y comprendió que se habría sentido mejor en la cama en el hospital.

—¿Podría sonreír, señor Anderson? ¿Quisiera decirnos algunas palabras? ¿Puede mirar hacia la cámara? Horrorizada, Nicola vio que un grupo de periodistas los había rodeado, pero Blake no se detuvo, sólo sonrió con frialdad.

—Los veré después —sugirió y Nicole comprendió que no quería que lo vieran con ella. Eso hizo que se sintiera peor y entró apresurada al ascensor. Blake la había hecho pasar entre la multitud como si fuera invisible, pero a pesar de eso se sentía tensa y estaba más pálida que nunca.

—No esperaba eso —murmuró. —Es uno de los azares de la vida —comentó él impaciente.

—¿Cree que se preguntarán por qué yo…? —Piensas como una provinciana —la interrumpió él—. No te preocupes, ni siquiera sospecharán que estás conmigo —la recorrió de nuevo con la mirada y Nicola se sintió avergonzada y frustrada, pues el cansancio intensificaba su sentimiento de impotencia.

Él sabía que lo había perdido todo, que había vivido una horrible experiencia, que estaba desorientada y sola y sin embargo no le demostraba la más mínima compasión. Después de esa mirada y de las crueles palabras, la ignoró y Nicola se sintió como si fuera un paquete que iba a entregar un mensajero reacio que creía estar muy por encima de esas cosas.

—¡No iré con usted a Estados Unidos! —declaró con aparente calma cuando entraron en la salita, pero estaba temblando, no sólo porque acababa de salir del hospital, sino porque todo eso era demasiado para ella. Sabía que no podría soportar más esa tensión mental y no veía ninguna razón para hacerlo.

Blake se acercó a ella y le quitó la chaqueta, la arrojó sobre un sillón y luego la tomó en brazos y entró a uno de los dormitorios.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó con voz sofocada.

—¡Prevenir un desastre! Después podrás llorar hasta el cansancio, pero por el momento estoy demasiado ocupado para consolarte. ¡A la cama, Nicola! —hizo a un lado las mantas, la depositó en la cama y le quitó los zapatos—. ¡Obedece! —le ordenó cuando ella lo miró furiosa—. Ahora te serviré una copa —salió de la habitación antes de que ella pudiera hablar y regresó con una

copa de brandy.

—Creo que no me ha oído —empezó trémula—. No iré a Estados Unidos.

—El hecho de que te haya ignorado no quiere decir que no te haya oído —le entregó la copa y se sentó sobre el borde de la cama.

—No le servirá de nada ignorarme. Ya lo he decidido, no iré.

Él la sujetó de la barbilla y le alzó la cara para mirarla a los ojos. Nicola se sentía hipnotizada y lo miró impotente.

—Sí irás. Viajarás conmigo pasado mañana. Te llevaré al lado de tu tía Mary y hasta entonces descansarás, dormirás y te alimentarás bien. Te pediré la cena antes de irme al estreno.

Salió y Nicola se quedó mirando la puerta cerrada. Tenía la incómoda convicción de que le resultaría difícil tratar con él incluso cuando se sintiera bien. Bebió un sorbo de brandy, se recostó, cerró los ojos y trató de relajarse. Si él hubiera sido amable, le habría agradecido que la llevara allí y después habría aceptado ir con él hasta que se sintiera mejor. Pero no era nada amable, era un hombre odioso. Se quedó dormida pensando en eso y frunció el entrecejo cuando la imagen de ese rostro bronceado cruzó por su mente.

Durmió dos horas y por vez primera no tuvo pesadillas. Tal vez habría seguido dormida, pero alguien llamó a la puerta de su dormitorio y cuando se irguió vio entrar a Blake. Iba vestido con traje de etiqueta y lo miró aturdida al comprender que para ella era un absoluto desconocido. Se dijo, culpable, que si lo hubiera visto en la calle la habrían intrigado su atractivo y ese aire de arrogante impaciencia. Era sorprendente que el destino la hubiera puesto en su camino y todavía más sorprendente que estuviera allí con él.

Había permitido que un hombre a quien no conocía la sacara de la seguridad del hospital y la llevara a un hotel. Nadie sabía en dónde estaba ella. Blake Ander-son decía ser el emisario de su tía y ella había aceptado su palabra, pero en realidad jamás había hablado con su tía Mary y el doctor Gregory era el único que tenía una prueba de su existencia.

—Puedes ponerte esto —le indicó Blake después de mirarla un momento. Dejó un paquete encima de la cama y Nicola lo miró desconfiada. Era una caja atada con un lazo y por lo visto venía de una tienda exclusiva. —¿Qué es? —le preguntó y se apartó el

cabello de la cara.

—Puesto que no has traído maleta supuse que necesitabas ropa para dormir.

—Sí, eso creo —murmuró Nicola. —Póntelo —añadió impaciente al ver que ella sólo lo miraba—. Quiero que cenes y dejarte instalada antes de irme.

Cuando salió, Nicola abrió la caja. No le agradaba la idea de que alguien comprara su ropa, y menos de esa clase. Se sintió más molesta cuando sacó un elegante camisón de seda color marfil y una bata que hacía juego y se sonrojó avergonzada. Se dio una ducha rápida, pensando que él podía regresar en cualquier momento. Sin embargo, se sentía mejor después esas horas de sueño y del baño. Se secó el cabello, lo dejó suelto sobre los hombros y se empezó a sentir casi humana cuando se puso el camisón y la bata.

Pero no se animaba a salir a la sala. Después de todo, Blake Anderson era un desconocido y no era lo mismo que verlo en el hospital. Había algo demasiado íntimo en presentarse delante de él vestida con un camisón y una bata tan seductores.

—¡Nicola! —llamó a la puerta del dormitorio y ella comprendió que no le permitiría ocultarse allí hasta que él se fuera—. ¡Sal de ahí! Deja que te mire.

Suspiró irritada al ver que la trataba como si fuera una niña que quería lucir su camisón nuevo. Pero esa actitud le dio valor y cuando salió y lo vio sentado con un vaso de whisky en la mano, dispuesto a inspeccionarla, lo miró furiosa.

—¿Qué sucede? ¿No te queda bien?

—Sí me queda bien —estalló Nicola—. Ha sido muy amable al ir a comprarlos.

—No los he comprado yo —le aclaró él brusco—, llamé a la recepción y pedí una dirección. Después llamé a la tienda y ordené que enviaran esa ropa.

—¿A la recepción? ¿Qué van a pensar? —le preguntó Nicola con tono ofendido y se ruborizó.

—La gente común no piensa nada de la gente como yo —declaró él burlón—. Esperan un comportamiento excéntrico o diabólico. En un lugar como éste, nadie dice lo que piensa.

Nicola pensó que él era un experto en humillar a la gente.

—¿Cómo supo mi talla?

—No entré aquí con una cinta de medir mientras dormías —sonrió él burlón al ver su expresión recelosa. Luego se dirigió al teléfono—. Te pediré la cena ahora. ¡Por todos los cielos, Nicola! —estalló irritado al ver que ella lo miraba insegura—. Todos los días veo a muchas mujeres y mi trabajo es observar a la gente. No fue difícil adivinar tu talla. Tenía una idea aproximada de tu estatura y tu figura tiene las proporciones correctas.

Nicola volvió a sentirse como una solterona victoriana al ver en el rostro de Blake una expresión que era una mezcla de desdén e impaciencia y de una absoluta convicción de que nadie se imaginaría siquiera que ella estaba con él. Tampoco le preguntó lo que quería cenar, sólo lo oyó pedir algo ligero para una persona. De una cosa estaba segura, no se quedaría allí esperando que apareciera el camarero, así que se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta. Eso no fue una buena idea, lo vio en el rostro de él cuando la siguió.

—¿Quieres dejar de comportarte así? —le ordenó irascible—. Me niego a seguirte cada vez que decidas escabullirte.

—No… —empezó Nicola, pero él sólo la recorrió con la mirada.

—Tenemos que hacer planes y sólo dispongo de media hora.

—No creo que sea correcto que hablemos en mi dormitorio —respondió Nicola y Blake la miró colérico.

—Entonces sal de ahí, —estalló—. ¿O quieres que hable a gritos desde la otra habitación? —se dio la vuelta, salió murmurando algo y de nuevo ella capituló y lo siguió. Blake se volvió a mirarla y exclamó—. ¡Por lo visto vas a ser una fuente de constante irritación!

—Yo no le pedí que viniera a buscarme —replicó brusca Nicola —. No necesito una familia, ni que nadie me cuide.

—Mary quiere verte. Por eso estoy aquí y antes de llevarte a su lado me encargaré de que tengas mejor aspecto, estés bien vestida y de que tu mente funcione mejor.

—¡Mi mente funciona bien! —replicó Nicola malhumorada—. ¡Y nadie me ha preguntado lo que yo quiero!

—Lo que necesitas es una buena azotaina —rezongó él—. Y si sigues así, te la daré.

—¡No soy una niña! —gritó Nicola, pero él se acercó y la sujetó con fuerza de los brazos. Ella no tenía idea de lo que pretendía hacer, pero vio tal furia en los ojos oscuros que empezó a temblar.

Aún no se sentía lo bastante fuerte para hacerle frente a esa situación. Él la miró un momento y al fin la soltó.

—No luches conmigo hasta que no te sientas mejor —le advirtió —. Después te daré la batalla que quieras, pero ahora no estás en condiciones de pelear, así que no lo intentes —su voz ya no era colérica, pero había en ella un dejo de amenaza que no hizo nada para calmar el temblor de Nicola. De pronto él deslizó los dedos a lo largo de su mejilla y su boca se suavizó en una mueca casi divertida —. Cuando era niño —habló burlón—, una vez llevé a casa un gatito extraviado. Lo bañé, le di de comer y le preparé una cama. Se sintió tan agradecido que me mordió y me arañó. Después tuvieron que ponerme una vacuna.

—Yo no tengo ningún germen —declaró Nicola con voz temblorosa al comprender la comparación que él hacía entre ella y otra criatura desagradecida. Por vez primera él sonrió con genuina diversión.

—Eso es un alivio, pues parece que estás a punto de morderme. Siéntate, Nicola. Quiero una lista de lo que necesitas.

—Yo… no puedo salir así —murmuró preocupada. —La ropa no es un problema —anunció él—. Ya me encargué de eso mientras dormías. Mañana temprano enviarán algunas cosas para que te las pruebes. Te vestirán de la cabeza a los pies.

Nicola se sonrojó y él la miró con las cejas alzadas, obviamente sorprendido por su actitud. Luego continuó.

—Necesito saber qué maquillaje usas. Te traerán zapatos y bolsos, pero también debo saber qué número calzas y qué te pones en la cara.

Hacía días que no se arreglaba y de pronto Nicola fue consciente de que debía tener un aspecto horrible, a pesar del elegante camisón. Sería interesante averiguar cómo vivían los ricos y famosos. Tuvo una visión de una fila de mensajeros llevando cajas sobre cojines de terciopelo. De pronto empezó a reír y se llevó una mano a la boca.

—¿Qué te sucede? —le preguntó él desconfiado—. ¿No usas maquillaje?

—Bien… sí. Yo… sólo estaba pensando… —su voz se apagó y él la estudió con los párpados entornados. —Empiezo a preguntarme qué impresión tendrá Mary de ti —murmuró—. Decididamente eres

muy extraña, ¿no es cierto?

—Los norteamericanos no comprenden a los ingleses —le aseguró ella y él asintió.

—Tal vez no. Las mujeres norteamericanas no ceden cuando atacan. Tú lo haces un momento y al siguiente empiezas a temblar. Es una táctica de guerrilla femenina que yo no conocía. Creo que aprenderé algo mientras estés a mi lado.

—No será por mucho tiempo —se apresuró a responder ella—. Como ve, ya me siento mejor.

—No es cierto —la recorrió con la mirada—. Aquí estás a salvo y es obvio que tienes mucho talento para complicar las cosas. Pero si ahora te enfrentas sola al mundo, te desmoronarás.

—¡No lo haré!

—No tendrás la oportunidad de comprobarlo —murmuró él irónico—. Ahora, volvamos a las cosas que necesitas —añadió consultando su reloj—. Quiero acabar con esto antes de irme.

Nicola ya había descubierto que era inútil discutir y le dio la marca del maquillaje y el número que calzaba. Él anotó todo y ella aún estaba sin aliento cuando entró el camarero con la cena. La comida tenía un aspecto excelente, pero ella no tenía mucho apetito. Cuando el camarero salió, le dirigió a Blake una mirada trágica y, sorprendida, vio que él reconocía su problema.

—Come sólo lo que quieras, nadie te reprenderá si dejas algo.

Nicola sonrió, pues no esperaba que lo hicieran. Pensó que trabajar para Blake debía destrozar los nervios de cualquiera, pues tenía la impresión de que no era nada paciente y de que siempre creía tener la razón. Odiaría ser ella quien le dijera que no era así en las raras ocasiones en que estuviera equivocado.

Capítulo 3

LA JOVEN que fue a recoger la bandeja le sonrió con simpatía. —Es una lástima que no pueda asistir al estreno con el señor Anderson. Nos dijo que traería a su prima, pero que estaba enferma. No importa —añadió—, si quiere, podrá verlo por televisión, aunque supongo que ya habrá visto la película. El rodaje debió ser excitante.

Nicola sólo sonrió y se enfureció al pensar en Blake. La había dejado preocupada y avergonzada por su presencia allí y sin embargo les había dicho a todos que se trataba de su prima enferma. ¿Por qué no se lo había dicho a ella? ¿Y a quién más se lo habría comentado? Era evidente que todos suponían que ella también trabajaba en la industria cinematográfica y que era la mano derecha de él. Cuando la joven se retiró, empezó a recorrer la habitación de un lado a otro, furiosa. Él debía estarse preparando para asistir a su importante estreno. A pesar de sí misma, encendió la televisión, encontró el canal y después de un segundo vio los lujosos coches que se detenían en la entrada.

Por supuesto había oído hablar de la película… ¿quién no?… pero nunca esperó conocer a su director. Las estrellas empezaron a llegar y comprendió por qué

Blake pensaba que ella era una joven desaliñada, en especial con ese horrible vestido y sin maquillaje. Las bellas mujeres bajaban de sus coches con sus acompañantes, que las contemplaban con adoración. Conocía todos los rostros, a pesar de que no era una fanática del cine. Cuando Blake apareció, no parecía muy complacido. Nicola observó que ninguna de las estrellas se acercaba a saludarlo con un beso, como solían hacer en esas ocasiones y eso la intrigó. Blake hizo un breve ademán de saludo frente a las

cámaras y luego entró, mientras todos lo miraban un tanto nerviosos.

Nicola apagó la televisión. Visto a distancia, Blake parecía más imponente que nunca y de nuevo se preguntó cómo había llegado a encontrarse bajo su poder. Su presencia casi había alejado el recuerdo de todo ese horror. Era imposible ignorarlo y era igualmente imposible pensar en nada cuando él estaba cerca.

Se fue a la cama pensando en el terror y el dolor a los que se había enfrentado y en la ansiedad por su futuro inmediato. Si tuviera el valor de marcharse, de ponerse ese vestido arrugado y huir durante la noche, tenía la impresión de que Blake la encontraría. Mary la quería a su lado y por lo visto siempre obtenía lo que quería. El afecto de Blake por su tía parecía ser su única debilidad.

La pesadilla volvió, más aterradora que nunca. El humo era negro, sofocante. La rodeaba el calor, que le impedía respirar y el rugido del fuego y los crujidos de la madera eran más fuertes que sus gritos. Trató de acercarse a su padre, gritando su nombre.

—¡Nicola! —unas manos fuertes la obligaron a erguirse y unos brazos la rodearon, sosteniéndola cuando echó la cabeza hacia atrás.

La voz se adentró en sus sueños, penetrando en el mundo de temor que la rodeada y Nicola trató de abrir los ojos al escuchar sus propios gemidos de terror.

—¡Papá! ¿Por qué? —gritó desesperada y Blake la sacudió.

—¡Despierta, Nicola! —le ordenó—. Estabas soñando —al fin ella logró abrir los ojos, con la cabeza apoyada en el hombro que ahora la sostenía y miró a Blake con los ojos anegados en lágrimas —. Todo está bien —insistió brusco—. No es nada, sólo ha sido un sueño.

—¿Nada? —murmuró ella histérica y sus manos se aferraron a la camisa blanca de él, como si eso pudiera mantenerla a salvo y despierta. Aún podía ver las llamas, pero poco a poco su vista se enfocó en él, que la observaba con fijeza—. ¿Blake? —lo miró desconcertada cuando se recuperó y trató de apartarse de él.

—¿Quién más? —indagó él sardónico—. Si vuelves a gritar así,

creo que yo también empezaré a gritar.

—He tenido una pesadilla…

—Lo sé. ¿Ya te sientes bien?

Nicola asintió, pero al erguirse empezó a temblar y Blake la estrechó de nuevo contra su pecho, deslizando una mano a lo largo de su espalda para calmarla. Era una sensación maravillosa que alejó el temor y se relajó, sintiéndose más tranquila que nunca desde el incendio. Aspiró hondo al ver que el terror casi había desaparecido, pero quería seguir gozando de esa paz. No obstante, algo la inquietaba. ¿Cómo era posible que alguien tan dominante como él pudiera hacerla sentirse así? Por el momento eso no importaba, era más fácil seguir así.

—Es una habilidad que no sabía que poseía —murmuró Blake divertido, entonces ella se sintió culpable y su paz desapareció.

—Ya estoy bien, gracias —logró decir y él se apartó para mirarla, soltándola cuando logró sentarse.

—No estás bien. No puedes estar bien después de algo tan traumático —le alzó la barbilla y estudió su rostro, luego se puso de pie—. Será mejor que vayamos a la otra habitación… para romper el hechizo. Los ingleses necesitan una taza de té en las crisis, ¿no? Pediré que lo traigan.

Ella aún estaba demasiado aturdida para pensar y se deslizó de la cama casi sin percatarse de la presencia de él. Cuando vio que seguía allí, tomó su bata a toda prisa y él sonrió al ver su rubor.

—Bien, está mejor que el vestido —murmuró burlón.

Salió y Nicola se puso la bata con manos temblorosas. Era cierto que el camisón le quedaba como un guante. El encaje se curvaba alrededor de sus senos y la seda caía sobre sus caderas, con una abertura a cada lado que dejaba ver sus esbeltas piernas. Terminó de ponerse la bata y titubeó, pero ya conocía el humor de Blake y si tardaba él iría a buscarla, así que lo siguió a la salita. Él acababa de colgar el auricular y la observó cuando se sentó en el borde de un sillón.

—Relájate —le ordenó.

—Lamento que esté despierto por mi culpa —murmuró Nicola, pero él la ignoró y se sentó frente a ella.

—Acabo de regresar. Por suerte llegué a tiempo de escuchar tus gritos. Además, no me molesta desvelarme, soy un búho. Cuando

trabajo, nunca miro el reloj.

—Me imagino que su trabajo lo absorbe —se apresuro a comentar Nicola y él alzó una ceja.

—Cambiemos de tema —dijo—. No soy muy sociable. Sólo hablo de lo que me interesa y ahora lo único que me interesa es tu pesadilla.

—No es… interesante —le aseguró Nicola en voz baja.

—Tal vez no quieres hablar de ello ahora, pero podrás hacerlo cuando te hayas recuperado.

—Eso me llevará toda la vida —murmuró, agradecida cuando alguien llamó a la puerta. Blake se dispuso a abrir, pero se detuvo y la miró.

—Tal vez Mary quiera conservarte a su lado todo ese tiempo.

Nicola pensó que no. Su tía Mary jamás trató de ponerse en contacto con su hermano y era muy improbable que quisiera a una sobrina a la que nunca había visto. Su insistencia para que fuera a su lado debía ser fruto de la curiosidad, o quizás pensaba que era su deber. Fuera lo que fuera, Nicola no tenía intención de que su visita se prolongara. Iría porque sabía que necesitaba ayuda y porque no podía huir de Blake.

Además, sentía curiosidad. No tenía idea de cómo era su tía y por alguna razón eso ahora era importante para ella. Lo había perdido todo, incluyendo parte de su identidad, y quería algo concreto a lo que pudiera aferrarse. Y una tía, aunque desconocida, era real. Todo lo demás, incluso su vida pasada, le parecía un mal sueño.

A la mañana siguiente, Nicola despertó al oír unas voces en la salita. Eran casi las nueve y se sentía mucho mejor, pero no se levantó. Fuera quien fuera, hablaba con Blake y no quería que él la viera. Después de la pesadilla durmió bien y se preguntó inquieta si eso se debía a Blake. Nadie la había consolado después del incendio. En el hospital la atendieron muy bien, pero no había tenido un hombro en donde llorar, ni unos brazos que la estrecharan. Blake fue el primero en hacerlo, incluso había sido casi amable con ella… A pesar de todo, no debía bajar la guardia, aunque por lo visto debajo de ese intenso poder había algo de

bondad. Pero cambió de opinión cuando Blake llamó bruscamente a la puerta.

—¡Nicola, el desayuno! —anunció con frialdad—. Levántate, pues hoy tenemos que hacer muchas cosas. Después podrás darte una ducha, pero ahora el desayuno está servido.

Nicola comprendió con quién estaba hablando… de nuevo con el camarero, dándole órdenes. Se bajó de la cama y se peinó a toda prisa. Blake había vuelto a ser el de antes, duro y dominante. Entró en la salita con una expresión sombría, olvidada de su gratitud, pero él no se percató de nada. La mesa estaba puesta y cuando Nicola entró le retiró la silla, luego se sentó y empezó a desayunar.

—Estoy esperando a unas personas.

—¡Pero… no estoy preparada! Quiero decir, sólo tengo estas prendas y…

—Por eso vendrán. Puesto que tendrás que probarte la ropa, creo que tu atuendo es ideal. También te arreglarán el cabello —terminó, mirando el cabello dorado que brillaba bajo el sol de la mañana.

—¡Yo puedo lavarme el pelo! —le informó bruscamente y él la miró como si estuviera loca. Sin duda, en su círculo, nadie alzaba un dedo para cuidar de su persona.

—¿Por qué deberías hacerlo? Además, necesitas un buen corte.

—¡Es mi pelo y mi cabeza y nadie me lo va a cortar! —su actitud agresiva por lo visto sorprendió a Blake, que estaba a punto de beber un sorbo de café y se detuvo.

—¿Te refieres al pelo, o a la cabeza? Empiezo a dudar acerca de la cabeza, pero por el momento la dejaremos donde está. Tu pelo es el que necesita un corte.

—¿Trabajó como doncella antes de dedicarse al cine? —le preguntó Nicola mordaz y él sonrió burlón.

—Cuando estoy con una dama, por lo común ella le da la noche libre a la doncella —le aseguró desdeñoso—. En cuanto al cabello y lo que sé de eso, mi trabajo es evaluar el aspecto que tiene la gente y decidir cuál debería tener. Tu cabello necesita un buen corte.

Nicola lo miró furiosa y abrió la boca para decir algo, pero él la sujetó con fuerza de una muñeca.

—No me causes problemas, Nicola —le advirtió—. Vine a buscarte y te llevaré a Estados Unidos, se lo prometí a Mary. Yo me

encargaré de la envoltura y antes de que termine el día estarás vestida como yo diga y tus rizos de oro tendrán un corte y un peinado profesionales.

—¿Y si me niego delante de la peluquera? —preguntó Nicola rebelde.

—Te daré unos azotes —le soltó la muñeca y le acarició la palma en una forma sensual que hizo que ella se ruborizara.

Lo miró en silencio, demasiado nerviosa para moverse. De pronto vio que no era sólo Blake Anderson, famoso, rico y dominante, sino un hombre muy atractivo. Estaba sola con él y su corazón latía apresuradamente. Blake la observaba divertido y luego soltó su mano despacio. Su sonrisa se hizo más amplia y la miró satisfecho.

—Algo que se aprende en mi negocio —le dijo en voz baja— es que si una línea de ataque falla, hay que buscar otra.

Nicola aspiró hondo y se irguió, decidida a enfrentarse a él.

—Si piensa obligarme por la fuerza para salirse con la suya… —empezó altanera, pero se estremeció al oírlo reír.

—¡Vaya! Yo pensaba que eras una inocente joven inglesa, pero eres muy astuta.

—¡No iré con usted! —declaró Nicola con voz temblorosa—. ¡Quiero irme de aquí! No me siento segura a su lado.

—Estás más segura conmigo que si salieras de aquí con ese camisón —se encogió de hombros sin mirarla—. Puedes ir bien vestida o ponerte ese vestido tan peculiar que llevabas cuando fui a buscarte —alzó la vista y la miró divertido—. Me da igual, decidas lo que decidas, te llevaré con Mary.

Nicola guardó silencio y trató de comer algo. No dispuso de mucho tiempo para pensar. Salió de la habitación en cuanto pudo para evitar otro encuentro con el camarero y acababa de ducharse cuando llegaron varias personas con la ropa. Nicola pasó uno de los momentos más embarazosos de su vida porque Blake insistió en ver todo lo que se probaba, excepto la ropa interior. Debía reconocer que la ropa era preciosa, lo que ella habría elegido si tuviera mucho dinero. La cuestión era que no podía elegir.

—¿Hay algo que no te agrade? —le preguntó con frialdad cuando se probó el último vestido.

—No, todo es encantador —respondió ella en voz baja y él se

volvió hacia las empleadas.

—Déjenlo todo —sacó el talonario.

Nicola no dijo nada hasta que las deleitadas empleadas se fueron y luego se volvió a mirar a Blake con una expresión de desesperación.

—¿Se ha fijado en los precios? No puedo pagar más de un vestido. ¡Y son doce conjuntos!

—¿Y qué? —dijo con brusquedad—. Necesitarás eso y mucho más. No recuerdo haberte pedido que pagaras nada. La ropa es por mi cuenta, igual que el corte de pelo. En cuanto a ese banco con el que tanto me has importunado, te llevaré después —consultó su reloj y , frunció el ceño—. Supongo que estará cerca del hospital, así que el viaje de ida y vuelta nos llevará unas tres horas.

—Puedo ir en tren… —empezó Nicola y él la miró desdeñoso.

—¿Con tu camisón? Esa ropa es para tu viaje a Estados Unidos. Te la pondrás cuando cruces esa puerta, sólo si yo voy contigo.

—¡No confía en mí! —lo acusó ella furiosa y unos dedos duros la sujetaron de la barbilla para alzarle la cara.

—¡Oh, sí! Confío en ti… cuando te tengo cerca. Pero no te daría la espalda, pues saldrías como un cohete y yo tendría la irritante tarea de ir a buscarte.

—¡Ni siquiera se molestaría! —replicó Nicola esperanzada.

—Sí lo haría —la retó él y la miró a los ojos—. Verás, debo llevarte al lado de Mary y también debo cuidar mi reputación. Hasta ahora jamás he perdido a una mujer.

Nicola empezó a temblar y sintió que las piernas se le doblaban pero la salvó la llegada de la peluquera, a quien Blake le dio unas breves órdenes.

—Conserve el estilo, le sienta bien. Córtelo sólo un poco, no más de un centímetro.

—Su esposo sabe lo que quiere —comentó la peluquera cuando cerró la puerta del baño. Tenía el rostro enrojecido y Nicola comprendió que Blake no había hecho una amiga.

—Él… es mi primo —la calmó Nicola ansiosa.

—¡Así que son parientes! —exclamó la mujer y Nicola asintió. Por suerte, él no lo era y tampoco era su esposo, pues de ser así habría huido de allí en camisón, aunque todo Londres se escandalizara.

A la mañana siguiente tomaron el primer vuelo y Nicola se sentó al lado de Blake, tratando de conservar la calma. Como de costumbre, él se había salido con la suya. Lo miró con disimulo y luego desvió la vista. Era obvio que estaba acostumbrado a recorrer el mundo, pero ella no. Desde el principio se había visto obligada a confiar en él y ahora estaba a su merced.

Habían ido al banco, de donde ella sacó todo su dinero, pero sólo era una pequeña suma, apenas lo suficiente para el viaje de regreso. Nunca se había molestado en ahorrar, pues el futuro siempre le pareció brillante y seguro. Pero ahora se sentía insegura, sentada en primera clase y rodeada de gente rica, al lado de un hombre que irradiaba poder y autoridad y eso hizo que se sintiera más nerviosa que nunca.

—Tranquilízate —rezongó Blake sin apartar la vista del libro que leía—. No va a suceder nada.

Eso no era cierto y ella lo sabía. Lo que estaba a punto de suceder era que iría al lado de una mujer a la que no conocía y fingiría un interés que no sentía. Blake estaría a su lado para asegurarse de que hiciera y dijera lo correcto y sonriera cuando fuera apropiado. De pronto recordó que Blake había dicho que Mary había sufrido un accidente. ¿Qué clase de accidente? Se volvió hacia él y Blake adivinó lo que quería.

—De acuerdo, hablemos —suspiró y, reacio, apartó la vista del libro. Nicola se sintió como una niña importuna y se sonrojó.

—Acabo de recordar que dijiste que la tía Mary sufrió un accidente y…

—Se cayó del caballo —le informó él brevemente y siguió leyendo—. Está en una silla de ruedas.

Fue entonces cuando el pánico invadió a Nicola, al comprender por qué estaba tan decidido a llevarla a Estados Unidos. La hermana de su padre era una inválida y Blake quería asegurarse de que tuviera todo lo que quería. ¿Se vería obligada a hacer las veces de dama de compañía? ¡No podía hacerlo y no lo haría!

—No me quedaré —declaró en voz baja, tratando de controlar el pánico y Blake se volvió despacio y la miró con dureza.

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él —le sugirió con frialdad—. Por ahora, me siento satisfecho con los acontecimientos. Ya pasó el estreno y a pesar de de tu hostilidad estás aquí conmigo,

conforme a lo planeado. Por el momento no puedes huir, así que tomarás una decisión cuando lleguemos.

—Hasta ahora no he tenido ninguna elección —le recordó Nicola con amargura y él volvió a su libro con un gesto de impaciencia.

—Tu idea de una elección era absurda y tú lo sabes —estalló—. Un hotel de segunda, un vestido barato y un trabajo cuando te sintieras capaz —la miró desdeñoso—. No sé nada de tu educación, pero conozco a Mary y tú eres su sobrina. Estás acostumbrada a las cosas buenas. Sólo tengo que ver tu rostro para saber que no sobrevivirías en un ambiente de penurias.

—No siempre me he sentido débil y agotada-estalló

Nicola en voz baja—. Puedo salir adelante sin ninguna dificultad.

—Me resulta difícil creerlo —siguió leyendo y Nicola guardó silencio. Era inútil discutir y además, como él había dicho, no podía huir ahora; volaban sobre el Atlántico y al otro lado sería una extranjera en un país extraño, sin nada propio, excepto una pequeña suma de dinero y un talonario casi sin fondos.

Se sintió más atemorizada que nunca, más a merced de él; la única forma de sobrevivir al vuelo era dormir. Echó el respaldo hacia atrás y cerró los ojos, pero la irritó el gruñido de satisfacción de Blake, aliviado al ver que por el momento lo había dejado en paz.

Pero tan pronto como se quedó dormida volvió la pesadilla. De nuevo sentía el calor, veía el humo y las llamas. Se movió en el asiento, gimiendo y tratando de no gritar. De pronto el respaldo se enderezó y Blake la hizo volver al presente, sujetándola por los hombros y obligándola a despertar y a mirarlo a la cara.

—¡Nicola! —le dijo con tono de advertencia y ella parpadeó, mientras sus manos se aferraban a los brazos de él.

—Yo… fue sólo…

—Lo sé —le aseguró él. Acababa de salir de la pesadilla, pero su instinto le dijo que debía disimular, que nadie debía enterarse y comprendió que, si Blake no hubiera estado allí, habría empezado a gritar como una loca, aterrorizando a los demás pasajeros.

—Nunca desaparecerá —murmuró desesperada y las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

—¡Sí! —le aseguró Blake—. Sólo necesitas tiempo.

—¿Tiempo? ¿Cree que el tiempo curará esto? ¿Cree que olvidaré el terror y la muerte de mi padre? —siguió llorando y Blake entornó los párpados y siguió sujetándola con fuerza.

—No vuelvas a hablar de regresar a Inglaterra —le advirtió—. Olvida eso de escapar. ¿Quién crees que te habría ayudado si yo no hubiera llegado? ¿En dónde estaban tus amigos, tu larga fila de admiradores? Ese médico del hospital me dijo que no tenías a nadie. Pues bien, ahora tienes a alguien. ¡Tienes a Mary… y me tienes a mí!

—No la conozco —insistió Nicola y trató de enjugar sus lágrimas, pero sin lograrlo, pues él la tenía sujeta—. Seré una desconocida.

—No me conocías a mí —le recordó Blake—, y compartimos la suite en el hotel. Te he rescatado de dos pesadillas y ahora ya me conoces.

—No lo conozco —protestó ella—. Y no quiero conocerlo. No pertenece a mi mundo… y es un hombre atemorizante.

—¡Soy real! —le aseguró él—. No te acecho en tus sueños. Si te atemorizo, puedes atacarme, como pareces inclinada a hacerlo, así que no creo que te cause tanto temor.

Era cierto y Nicola lo miró desconcertada cuando la azafata se acercó, sirviendo las bebidas. Estaba muy cerca de ellos, pero estaban tan absortos en la conversación que no la habían visto. Avergonzada y sonrojada, Nicola trató de soltarse.

—Verá que he llorado —murmuró agitada.

—¿Y qué importa? —Blake la miró furioso cuando se soltó y sacó su pañuelo para borrar de su rostro las huellas de las lágrimas.

—A mí me importa. Soy un desastre, usted tuvo que rescatarme y cuidar de mí. No quiero que nadie sepa que no soy normal.

—Le pondremos remedio a eso —murmuró Blake y la estrechó en sus brazos—, aunque me siento inclinado a convenir en que no eres normal.

Nicola no tuvo tiempo de reaccionar y el problema de que alguien viera sus lágrimas se resolvió sin la menor dificultad. En un instante se encontró en los brazos de Blake y su boca cubrió la de ella con tal rapidez y firmeza que ni siquiera pudo respirar. La furia que debió sentir jamás se materializó. Los labios de él eran

insistentes, dominantes y no sólo fingía besarla. Todo era real y Nicola alzó las manos para apartarlo, olvidada de su temor de que la azafata viera sus lágrimas. Sólo podía pensar en apartarse porque el beso de Blake la hacía sentirse como si sus huesos estuvieran a punto de derretirse.

Nunca había experimentado esas sensaciones y Nicola lo empujó con fuerza, sabiendo que debía huir. Sentía los pezones erectos y doloridos. Eso nunca le había sucedido y se sentía avergonzada, pero no quería que él se diera cuenta, así que se quedó inmóvil. El calor parecía aumentar en su interior, pero Blake no tenía la menor intención de dejarla escapar. Le sujetó la cara con una mano y deslizó el pulgar por su mandíbula.

Una terrible excitación invadía su cuerpo y Nicola perdió la voluntad de resistirse. Lo sabía, pero no podía hacer nada. Sus labios se suavizaron y se entreabrieron cuando la boca de él se movió sobre ellos y las manos que antes lo empujaban febriles ahora sujetaban su camisa. Despacio, echó la cabeza hacia atrás y se relajó, invadida de una oleada de sensualidad. No tenía conciencia de nada y sólo lo miró aturdida cuando al fin Blake alzó la cabeza. Por un momento no supo en dónde estaba y lo miró a los ojos sin protestar. Durante unos momentos había estado en un mundo encantado.

—Ya ha pasado otra crisis —murmuró Blake estudiando su rostro—. La azafata ni siquiera nos ha preguntado qué queríamos tomar.

Nicola no se movió, tratando de controlarse. Él la había dominado con demasiada facilidad. ¿Por qué no había protestado? En otro momento lo habría abofeteado, pero ahora seguía allí, con los labios aún temblorosos después de ese beso y no podía apartar la vista de esa boca firme.

La mano de Blake se apartó despacio de su rostro, deslizando los dedos sobre la piel sonrojada y luego se volvió a buscar a la azafata. Nicola aspiró hondo. Sabía que debía decir algo, hacer algo, pero no podía pensar, así que sólo estalló, sin pensar en lo que decía.

—¿Por qué me ha besado así?

—¿Cómo? —preguntó él distraído, tratando de atraer la mirada de la azafata… más interesado en pedir una bebida que en Nicola.

—¡Usted sabe cómo! —logró decir con voz insegura.

—Lo hago con mucha frecuencia —se volvió a mirarla irónico—. A veces tengo que decirles a los actores cómo deben besar para parecer naturales.

Eso fue todavía peor y Nicola volvió la cara a toda prisa para mirar por la ventanilla, aunque sólo podía ver las nubes. Había sido una clase de actuación y ella se había dejado arrastrar como una embarcación azotada por la tormenta. Blake no había sentido nada y ella había actuado como una insensata.

Capítulo 4

NICOLA sintió que la cólera aumentaba en su interior y no le importó si sólo era un mecanismo de defensa para disimular su humillación. La azafata se acercó y le dirigió a Blake una sonrisa de admiración y una mirada que hizo que Nicola se olvidara de su furiosa contemplación de las nubes.

—¿Algo de beber, señor Anderson? —su tono era sensual, decidió Nicola, pero Blake le siguió el juego.

—Creo que dos brandys —sonrió afable—. No la hemos visto pasar.

—Sí, me he dado cuenta —la joven le dirigió otra mirada de entendimiento y, cuando se alejó, Nicola se volvió a mirarlo furiosa.

—Veo que en el aire es tan conocido como en tierra firme —estalló—. La azafata sabía su nombre.

—Claro. Sabe los nombres de todos los pasajeros de primera clase.

—Seguro que no sabe el mío —siseó Nicola al ver su expresión divertida—. ¡Ir con usted es como viajar con Santa Claus!

—Cuando te sientas bien serás un problema —le aseguró Blake y le alzó la cara, pero ella se apartó brusca—. No puedo evitar que la gente me reconozca. ¿Quieres que use una máscara?

—¡Sería inútil! —estalló ella—. ¡No podría ocultar su ego!

Cuando les llevaron las bebidas Blake seguía riendo y Nicola tomó la suya malhumorada, sobre todo al ver que la mirada de la azafata le decía con toda claridad que era una joven muy afortunada.

—Bien —murmuró Blake cuando de nuevo se quedaron solos—. La próxima vez que tengas una pesadilla sólo te sacudiré.

—¡Estaba despierta! —estalló Nicola furiosa.

—Pero asustada. Querías un lugar en donde ocultarte —le recordó con suavidad—. Yo te oculté.

En cierta forma eso era cierto, pensó Nicola malhumorada. Había ocultado su rostro bañado en lágrimas de las miradas curiosas, pero también había atraído una atención indeseada. La pareja al otro lado del pasillo los miraba con una expresión divertida e intrigada y ahora ella no se atrevía a sentarse erguida. Tenía la desagradable sensación de que todos hablaban del incidente y vació la copa de un trago, con gran diversión de Blake.

—¿Quieres otra? —le preguntó burlón y ella se negó a responder. Él siguió leyendo, así que Nicola tomó una revista y decidió ignorarlo.

Pero no era fácil, aún sentía un torbellino en su interior y esperó que él no lo notara. La cólera le había cedido el paso a una sensación de éxtasis hasta entonces desconocida para ella.

Nicola se mordió el labio ansiosa y se preguntó qué habría sucedido si no hubieran estado en un avión, con tantos espectadores interesados. No habría sido fácil resistirse y eso que él sólo estaba actuando… ¡Cómo compadecía a sus amigas! Jamás sabrían si estaba actuando o no. Su sendero a la fama debía estar sembrado de corazones destrozados. Era extraño que no hubiera pensando antes en eso, al ver su actitud arrogante y su habilidad de salirse con la suya. Pero jamás esperó convertirse en su víctima.

Eso la hizo ver bajo una luz diferente su bondad de la noche anterior, cuando la estrechó en sus brazos y la consoló. ¡Había sido otra actuación… y ella se sintió agradecida! Se enfureció de nuevo, a pesar de las extrañas sensaciones que invadían su cuerpo. ¡Sería maravilloso luchar con ese monstruo mientras la tía Mary trataba de convencerla de que se quedara a su lado para desempeñar el papel de enfermera!

Nicola estaba exhausta. No se atrevía a dormir por temor a que volviera la pesadilla y se sentía muy cansada.

—Puedes dormir —le sugirió Blake—. Yo te vigilaré.

Pero ella movió la cabeza, rehuyendo su mirada. Aún no se había recuperado de las consecuencias de su último intento de dormir y ahora se sentía incómoda a su lado. Blake vestía ropa

informal, como muchos de los norteamericanos que iban en el avión, pero él era diferente. Sus rasgos atractivos tenían mucha personalidad y ella supuso que se debía a su forma de vida. Estudió con disimulo el cuerpo atlético. Vestía una camisa deportiva azul oscuro, desabotonada en la parte superior, que dejaba ver el cuello bronceado. Era muy masculino y Nicola desvió la vista a toda prisa cuando sus ojos se detuvieron en los fuertes muslos bajo el pantalón oscuro. La invadió el pánico al pensar en la fuerza de esas piernas contra las suyas, en esos brazos duros rodeándola.

¡Era una locura! Fijó la vista en sus propias manos y trató de controlar su agitada respiración. Blake seguía leyendo y ella aprovechó la ocasión para estudiar su rostro, decidida a apartar la vista de su cuerpo. Tenía un mechón de cabello oscuro caído sobre la frente y lo vio apartarlo con un gesto distraído. Sus manos eran muy bellas, de dedos largos y fuertes y bronceadas como el resto de su cuerpo. Sonrojada, volvió a apartar la vista. ¡No tenía idea de cómo era el resto de su cuerpo! Nunca antes había pensado en un cuerpo masculino y, ahora, cuando tenía tantos problemas, estaba a punto de entregarse a fantasías prohibidas. Todo por un beso que sólo había sido una excelente actuación.

—Ten cuidado, muerdo —la voz burlona de Blake le advirtió que se había percatado de su escrutinio y tuvo que pensar a toda prisa.

—Me preguntaba por qué vive tan lejos de Los Ángeles —respondió y se felicitó por su ingenio.

—¿Sí? —la miró irónico cuando ella se ruborizó—. ¿Tuviste que calcular mi peso antes de preguntarlo, por si me molestaba la pregunta y decidía golpearte?

El rubor de Nicola se intensificó al comprender que él no sólo había observado su escrutinio, sino que también había visto las miradas furtivas que le dirigía a su cuerpo.

—Pensé que estaba demasiado… absorto en su libro y que no quería hablar —logró decir sin aliento—. Me preguntaba por qué no vive en Hollywood, o en alguna parte cerca.

—¿Cerca de qué? —indagó él irónico—. En la actualidad, las películas se filman en exteriores, por lo menos la parte principal. No es necesario vivir cerca de los estudios. Además, siempre elijo mis exteriores. ¡Puedo vivir en donde yo quiera!

—Una forma de hablar típica de un norteamericano —observó Nicola y él la miró sorprendido.

—¡Soy norteamericano! ¿Qué esperabas?

—Lo siento —murmuró ella y volvió a fijar la vista en sus manos para huir de esa mirada irónica—. ¿Cree que soy muy impertinente?

—¿Impertinente? —repitió él despacio—. No creo que lo seas. Pienso que eres extraña y eso me resulta divertido… en pequeñas dosis.

Volvió a concentrarse en su libro y, confundida, Nicola guardó silencio. Experimentaba una urgente necesidad de gritarle, de golpearlo, pero también otra más urgente de controlar su temblor, causado por la mirada de él. De alguna manera había provocado una tormenta en su interior, pero sólo era algo sexual. Ella no tenía experiencia, pero reconocía la sensación y eso la atemorizaba y la avergonzaba. ¡Casi se había vuelto loca por un beso! Debía asegurarse de que él no lo sospechara jamás, o pensaría que era algo más que extraña y ella no podría soportar su sarcasmo. Además, esa sensación pronto desaparecería. Aspiró hondo y trató de relajarse.

—Pregunta lo que quieras cuando cruce por tu mente otro pensamiento —le dijo Blake amable, con la mirada fija en el libro —. No es necesario que evalúes mi capacidad física. Jamás golpeo a las mujeres.

Nicola se concentró en su revista. La había leído de principio a fin, pero empezó de nuevo. Por lo visto sabía exactamente lo que ella sentía. ¡Era un ser despreciable!

—Estás cansada —comentó Blake mientras avanzaban a toda velocidad por la autopista. Había recogido su coche cuando aterrizaron y por lo menos no había la menor posibilidad de que ningún extraño la observara si de nuevo se comportaba como una tonta. Nicola se sobresaltó al pensar en eso. ¿Qué otra cosa era Blake sino un extraño? Y además peligroso.

—Pensé que el viaje no terminaría nunca —respondió con un tono de cansancio que no pudo disimular—. No entiendo por qué me canso tanto.

—Por muy cómodo que sea, el viaje en avión siempre cansa. Y más en tu caso, aún estás muy débil.

Cuando ella se volvió a mirarlo, vio que tenía el ceño fruncido y la vista fija en la carretera.

—Usted me obligó a venir —le recordó y él la miró de soslayo, con una expresión casi siniestra.

—Tuve que hacerlo, no podía esperar hasta que te recuperaras por completo, pero lo harás aquí —volvió a fijar la vista en la carretera y Nicola se dio cuenta de que estaba enfadado, se enfadaba cada vez que ella decía que había hecho ese viaje contra su voluntad. De pronto tuvo la impresión de que le sería muy difícil huir de allí y regresar a Inglaterra. Su única esperanza era que no le cayera bien a su tía Mary; en ese caso no dudaba que Blake la enviaría de regreso con la misma actitud implacable con que la había obligado a acompañarlo.

La carretera era muy bella y Nicola, fascinada, miraba de un lado a otro. En algunos lugares parecía tallada en las montañas, con el Océano Pacífico bañado por el sol al fondo. A ratos bordeaban el océano y luego avanzaban tierra adentro, atravesando pequeñas poblaciones.

—Todo es muy bello —murmuró y la expresión de Blake cambió a una de diversión al ver su rostro extasiado.

—Es la Carretera Estatal número uno —le informó—. La Maravillosa.

—¿Por qué la llama así? —le preguntó ella sorprendida.

—Yo no —replicó él—. No suelo decir piropos a las carreteras, pero así la llaman todos. Es muy larga.

—Me gustaría recorrerla y verlo todo —murmuró Nicola soñadora, cautivada por la belleza de las montañas y de las pequeñas calas bañadas por el océano.

—Te llevaré un día si eres buena —le prometió Blake burlón.

—¡Pensaba ir sola! —le aseguró Nicola. Había captado la ironía, como si ella fuera una demente escapada de un sanatorio. Se ruborizó furiosa y la risa burlona de Blake no la hizo sentir mejor.

—¿Qué es lo que conduces, una bicicleta? —quiso saber, pero ella se negó a responder. Por supuesto él no se había molestado en averiguar que era muy competente en su trabajo, tal vez pensaba que se pasaba el día en casa, bordando. Estaba a punto de estallar y

decidió que lo mejor sería guardar silencio. ¡Estaba a merced de él… temporalmente!

Nicola no supo cuánto tiempo durmió, pero abrió los ojos al oír que se abría la puerta de su lado. Blake la observaba con una expresión enigmática y por un momento ella sólo lo miró; sin saber en dónde estaba. Había algo extraño en el ambiente y se miraron a los ojos hasta que al fin ella se movió.

—Me he quedado dormida —murmuró confundida.

—Durante mucho tiempo —convino Blake—. Te complacerá saber que al fin hemos llegado.

Nicola no se sentía complacida, sino nerviosa, casi temerosa y se estremeció. Bajó del coche y él se hizo a un lado, pero no se alejó mucho, como si esperara verla desplomarse. Cuando se irguió decidida, vio que estaba muy cerca de él.

Era un alivio sentir el sol en su piel, de alguna manera era algo normal y tranquilizante y Nicola miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. Su último recuerdo del viaje era la encantadora carretera, el escenario espectacular, pero ahora retuvo el aliento.

Estaban frente a una casa que parecía salida de una película. Era blanca, espléndida. Vio un vasto pórtico, una puerta inmensa flanqueada por columnas y luego miró hacia la bahía azul. Podía ver las ventanas abiertas, las cortinas de seda blanca que se agitaban con la brisa y pensó que mientras ella dormía debieron avanzar por un camino privado, porque no había señales de otras viviendas… era obvio que la casa estaba rodeada de un extenso terreno.

Los jardines se extendían hasta el borde de un acantilado y pudo ver, a la distancia, que las rocas descendían hasta el mar. Había flores por doquier, margaritas, crisantemos y geranios en el borde rocoso del césped y las pequeñas flores parecían estrellas caídas del cielo azul.

—¡Oh! —no podía hablar. Nunca había visto algo tan bello, ni siquiera su propio hogar, la encantadora casita ahora convertida en una ruina. Se quedó mirando, casi sin percatarse de la poderosa presencia de Blake a su lado.

—¿Quieres decir, oh, qué sorpresa, o tu exclamación es parte de esa extraña frase inglesa… oh, santo Dios?

—Por favor, no lo arruine. Nunca había visto nada tan bello —

murmuró Nicola.

—¿Mejor que alojarte en un hotel de segunda, cerca del banco? —le preguntó él con tono seco y, cuando

Nicola se volvió a mirarlo, se borró de sus ojos la expresión soñadora.

—Eso sólo iba a ser algo temporal —replicó brusca—. Pero esto también será algo temporal.

—Ya lo veremos —murmuró Blake, mirándola con fijeza.

—¡No veremos nada! —insistió Nicola con firmeza—. Y si ha pasado por su mente algún pensamiento poco escrupuloso, me quedaré en donde estoy y no me moveré.

—De acuerdo —replicó él indiferente. Luego cerró el coche y se dispuso a alejarse—. Pero pronto oscurecerá y por las noches hace frío, en especial si te quedas inmóvil. Saldré alrededor de las diez para cubrirte con una manta y luego volveré a mis pensamientos poco escrupulosos.

Se dirigió a la casa, dejando a Nicola aturdida. Ahora que la tenía allí, era capaz de dejarla sola durante horas, lo sabía.

—¡Señor Anderson! —le gritó exasperada, pero él ni siquiera volvió la cabeza—. ¡Blake! —esta vez había en su voz un dejo de pánico y al fin él se volvió a mirarla con una sonrisa burlona.

—¿Así que al fin has recordado mi nombre? —indagó con suavidad—. No vuelvas a olvidarlo, porque debes tutearme —se acercó despacio y la miró a los ojos—. Nunca hagas amenazas que no pienses cumplir —le advirtió—. En primer lugar, no me asustan. En segundo, soy un experto en eso y no me preocupan los aficionados. Yo sí cumplo mis amenazas.

—¿Quieres decir que… me habrías dejado aquí toda la noche?

—Con una manta —se burló él—. No recuerdo que jamás haya sido cruel —de pronto se echó a reír, una risa seca que la inquietó, pero antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa la tomó del brazo y la guió hacia la casa—. Vamos —la instó—. Será mejor que te presente a Mary. Ahora que estás aquí podrás descansar. Creo que vas a necesitar muchos cuidados.

—Yo puedo cuidarme sola —estalló ella.

—El tiempo lo dirá, mi querida Nicola. Por el momento, tu aspecto me dice que deberías estar en la cama.

—Siempre estás mencionando la cama —se quejó ella

malhumorada—. Casi cada vez que me ves hablas de llevarme a la cama.

—¿De verdad? —Blake se volvió a mirarla—. Si le dices eso a Mary te suplico que no lo expreses así. Ella tiene fe en mí.

Fue entonces cuando Nicola comprendió la forma en que había expresado su queja y se sonrojó. El tono irónico de él aumentó su confusión y cuando un hombrecillo con una chaqueta blanca salió de la casa, se alegró de verlo, aunque fuera un desconocido.

—¿Bajo el equipaje, señor Anderson? —el hombre parecía mejicano y Blake lo saludó sonriendo y le entregó las llaves del coche.

—Gracias, Pablo. ¿La señora Anderson está en sus habitaciones?

—Sí, señor, y está muy excitada…

—¿No lo estamos todos? —Blake sujetó del brazo a Nicola con más firmeza, como si temiera que volviera a su actitud obstinada.

Nicola pensó en el comentario acerca de la tía Mary. ¿En sus habitaciones? Eso era algo inesperado y la atemorizó. La casa era de Blake, él se lo había dicho. ¿La tía Mary estaría confinada en una parte de ella? ¿Estaría totalmente inválida, o Blake la tenía encerrada para que no pudiera escapar? Decidió que tendría que pensar en la forma de huir de allí cuanto antes.

—Te llevaré primero a ver a Mary —declaró Blake sin el menor dejo de ironía—. Sin duda querrás refrescarte, pero ella te espera y no puede subir la escalera para ir a reunirse contigo.

—Por supuesto —replicó Nicola muy digna—. Yo también quiero verla.

—¿Por supuesto? —repitió Blake—. ¿Cuándo has cambiado de actitud? Yo creía que estabas deseando escapar.

—La tía Mary es la única familia que tengo —le recordó—. Y aunque no fuera así, por cortesía debo ir a saludarla.

—Bien, me tranquiliza tu cortesía —murmuró Blake—. Por el momento, es de lo único que estoy seguro. En cuanto al resto… ya veremos —su tono era amenazador y cuando Nicola lo miró vio en su rostro una expresión sombría que no era un buen presagio para el resto del día.

Entraron en un amplio vestíbulo con una escalera de caracol. Todo era blanco y reluciente. Blake la condujo a una espaciosa habitación con vista al mar. Era una habitación fuera de lo común

y, cuando sus pies se hundieron en la mullida alfombra, Nicola se sintió impresionada. Desde los cuadros de las paredes hasta el brillo de los muebles antiguos y cuidadosamente conservados, todo era perfecto.

—¿Tú diseñaste esta habitación? —le preguntó desconcertada.

—No, tengo otras cosas que hacer.

—Creo que es muy bella —murmuró Nicola

—Sí, lo es. Pero yo prefiero algo más sencillo. Tengo una cabaña en la costa y voy allí cuando tengo mucho trabajo.

Nicola se sintió aliviada, pues eso significaba que él no estaría allí todo el tiempo. Pensó en el libro que iba leyendo en el avión, ¿sería el guión de una nueva película? Esperaba que sí, así él se iría a trabajar a la cabaña.

Blake era un peligro. Nicola sentía su presencia física y se sentía abrumada como una adolescente al verlo. Nadie le había causado ese efecto y lo miró disgustada cuando él se dirigió a abrir una puerta en un extremo de la habitación. Incluso su forma de caminar le producía un hormigueo.

—Aquí es donde Mary pasa gran parte del tiempo.

Blake se dio la vuelta, tomándola por sorpresa y pudo ver la expresión de ella. Se miraron a los ojos y pareció que unas chispas saltaban, flotando en el aire como la electricidad. Luego él abrió la puerta y le indicó que lo siguiera a otra parte de la casa.

—Ahora ella nunca sube la escalera —continuó sin mirar a Nicola, que aprovechó ese momento para calmarse. Eso era ridículo, no sabía lo que le sucedía—. Yo quería instalar un ascensor, pero ella prefiere estar aquí —murmuró Blake—. Se siente más capaz teniendo todo en el mismo nivel, puede salir al jardín y en general se las arregla muy bien.

—¿Tiene una enfermera? —le preguntó Nicola, tratando de actuar con normalidad y se preguntó preocupada cuándo le diría que ella haría las veces de una enfermera.

—Dolores, la esposa de Pablo, la atiende —le informó Blake—. Su hermana Angélica se encarga de la casa, así que como ves, todos estamos muy unidos.

—¿No tienes miedo de que una desconocida altere ese arreglo tan perfecto? —insistió Nicola, tratando de obtener más información, aunque estaba segura que sería mejor que no se

enterara de nada más.

—¿Te refieres a ti? —indagó Blake con voz casi colérica—. Tú no eres una desconocida. Te conozco bien, y lo que no sé de ti, lo puedo adivinar. No serás un problema.

—Porque me mantendrás en mi lugar —convino ella sombría.

—Cuando decida cuál es tu lugar —de pronto se detuvo y le alzó la cara hacia la luz—. Anímate, o Mary pensará que te obligué a venir.

—Lo hiciste —murmuró y lo oyó reír.

—Pero no queremos que ella lo sepa, ¿verdad? Tú y yo guardaremos el secreto. Mary debe llevar una vida tranquila y no quiero que sepa que desconfías de mí, ni que gritas por las noches.

—Es una crueldad decir eso… —empezó a decir Nicola, pero él la miró desafiante.

—No soy cruel. Cuando me necesitas, ¿no acudo al momento? Y lo seguiré haciendo, así que no cierres con llave tu puerta.

—Dijiste que trabajas en una cabana —le recordó ella.

—Lo haré sólo cuando esté seguro de que puedo dejarte sin correr un riesgo —murmuró él y le indicó que lo precediera. Eso podía significar cualquier cosa, concluyó Nicola. Podía significar que vigilaría su comportamiento para que no alterara a Mary. Por otra parte, tal vez creía que ella huiría si nadie la vigilaba. Tal vez debería meditar en esa última idea si él se quedaba mucho tiempo allí.

Casi gritó aliviada al ver a Mary Anderson. Era como volver a ver a su padre aunque sus facciones eran más suaves. La tía Mary mostraba en su exterior lo que su padre había sido en su interior y Nicola experimentó el deseo de correr hacia ella y abrazarla. Pero era demasiado tímida, demasiado desconfiada y, con Blake observándola, tuvo que controlarse y actuar con normalidad. No quería que él pensara que era una histérica. Además, la tía Mary era una desconocida, a pesar del parecido con su padre. Estaba en una silla de ruedas motorizada y la hizo girar para volverse hacia ellos.

Mary Anderson aún era una mujer muy bella, a pesar de que en su rostro se veía el sufrimiento. Pero no tenía un aspecto débil, la única señal de su condición eran sus piernas inmóviles y sin vida, cubiertas con un pantalón de seda azul que hacía juego con la blusa. Llevaba muchas joyas y Nicola la felicitó en su interior. Su tía

Mary aún se preocupaba por su apariencia.

—¡Mi querida Nicola! —se oyó el ruido del motor de la silla cuando Mary se adelantó para saludar a la sobrina a la que no conocía y Nicola se controló y se acercó a ella. Cuando vio que Mary tenía los ojos anegados en lágrimas, se olvidó de su cautela y se inclinó para abrazarla, sintiendo que la invadía una extraña oleada de felicidad al ver que tenía a alguien con quien podía mostrar alguna emoción.

También sentía en los ojos el escozor de las lágrimas, pero trató de contenerlas. No quería que nada perturbara ese encuentro y por un momento se olvidó de Blake, pero cuando se irguió, con una mano aún entre las de Mary, lo vio adelantarse para besar en la mejilla a su madrastra.

—Blake, la has traído. Creí que no lo lograrías.

—Y yo que pensaba que tenías fe en mí —se burló

Blake—. Nicola y yo nos entendemos muy bien y ya es un miembro de la familia.

—Oh, eso espero —respondió Mary ansiosa y le sonrió a Nicola.

—Pero está agotada —le informó Blake al ver el rostro pálido de Nicola—. ¿No quieres que le muestre ahora su habitación? Por lo menos querrá refrescarse un poco. Después tendréis tiempo de charlar.

—Por supuesto, hay mucho tiempo —convino Mary feliz, acariciando la mano de Nicola, pero de nuevo Blake se hizo cargo de la situación con su acostumbrado estilo dominante.

—Todo el tiempo del mundo —murmuró y guió a Nicola hacia la puerta. Ella no dijo nada. Por una parte, ya no se sentía invadida de temor y, por otra, estaba a punto de llorar y no quería iniciar una discusión con Blake. Ahora ya no estaba tan ansiosa por escapar, pues quería conocer bien a su tía. Se sentiría feliz si se quedaba algún tiempo allí, siempre y cuando Blake se fuera a su cabana o a rodar una película.

Capítulo 5

PABLO ya habrá subido tus maletas —le informó Blake cuando regresaron al vestíbulo y subieron la escalera—. Te mostraré tu habitación y te dejaré sola, para que te instales.

No mencionó a su madrastra y Nicola se mordió el labio, preocupada por lo que le diría después, por las reglas que le impondría. Blake Anderson lo arreglaba todo a su manera y sin duda le daría instrucciones tan pronto como lo creyera conveniente. No quería problemas, pero tampoco se sometería a sus exigencias, a menos que fueran razonables.

—Hemos llegado —abrió una puerta y Nicola lanzó una exclamación de sorpresa. Era otra habitación muy amplia… un dormitorio en un extremo y una salita en el otro… divididos por unos cuantos peldaños. También era muy bella, igual que las demás que había visto y unas puertaventanas abrían a un balcón con vistas al mar.

—Era la habitación de mis padres —comentó Blake en voz baja y la recorrió con una mirada especulativa.

—Entonces yo no debería estar aquí —Nicola se volvió a mirarlo agitada, pero él sostuvo su mirada con toda calma.

—¿Por qué no? Eso fue hace mucho tiempo. Cuando mi madre falleció nos mudamos de aquí, aunque papá conservó la casa. Cuando se casó con Mary, vivíamos más lejos, en la costa. Yo me mudé aquí después, insistí en comprarle la casa y la remodelé. Esta habitación no era igual cuando ellos la ocupaban, así que no te preocupes, no serás una intrusa.

—Pensé que tú querrías ocupar esta habitación —se aventuró a decir Nicola y de pronto él sonrió y su expresión tensa se suavizó.

—Es demasiado femenina. La mía está al otro lado del pasillo.

—¡Oh! —exclamó Nicola y se sonrojó.

—Así podré oírte si empiezas a gritar, de lo contrario nadie te oiría. Mary está demasiado lejos y las habitaciones de la servidumbre no están dentro de la casa.

—¿Quieres decir que… estaremos solos en esta parte de la casa? —le preguntó Nicola alarmada.

—Estuvimos solos en el hotel —le recordó él divertido—. Que yo recuerde, nunca te ataqué.

—Pero, creo que es… incorrecto —Nicola no sabía hacia dónde mirar. Estaba acorralada y Blake lo sabía.

—¿Nunca te han dicho que la incorrección sólo está en la mente? —su pregunta irónica la molestó y se dio la vuelta para dirigirse al balcón y mirar hacia el mar.

Era muy bello, tranquilo y seguro. Pero no siempre sería así. Igual que Blake, debía ser impredecible.

—Ten cuidado cuando salgas al balcón, no vayas a caerte.

—No te preocupes, no pienso saltar.

—Pero puede que te caigas cuando trates de huir. Tal vez Mary se dejó engañar por tu cordialidad cuando la saludaste, pero yo sé que no querías venir.

—Me alegro de haber venido —declaró Nicola y entró en el dormitorio, en donde empezó a abrir sus maletas, esperando que eso le indicara a Blake que debía retirarse—. No te molestaré suplicándote que me envíes de regreso a Inglaterra. Quiero conocer bien a mi tía Mary.

—¿Por qué? —le preguntó él desconfiado—. Antes no parecías muy ansiosa por conocerla.

—Se parece mucho a mi padre y en cierta forma eso es un consuelo —Nicola comprendió, sorprendida que esa confesión no se la habría hecho a nadie… salvo a Blake.

—Debes tratar de mejorar sin apoyos de esa clase —replicó él bruscamente—. El hecho de estar aquí y de aferrarte a Mary no te ayudará a olvidar el trauma de esa noche. Sólo la vida lo hará.

—¡Estoy viva! —estalló Nicola herida. Además, ¿qué sabía él? —pensó—. Él me salvó y ahora está muerto.

—¡No seas morbosa! —Blake la sujetó de los hombros y la obligó a mirarlo.

—Estás juzgando sin saber —declaró tensa—. Tú no conoces

toda la historia, aunque supongo que sería lo mismo si la supieras. Desde la altura de tu importancia, debe de ser difícil ver el suelo.

Nicola lo miró y él la soltó y se dirigió a la puerta con un aire de impaciencia.

—Baja cuando estés lista. Yo estaré por ahí y además ya sabes en dónde está Mary —cuando cerró la puerta, Nicola suspiró, se desplomó en la cama y recorrió la habitación con la mirada. Era encantadora, pero no era suya. Era una extraña en un país desconocido y todo lo que tenía se lo había proporcionado un hombre que había decidido hacerse cargo de su vida.

Se quitó los zapatos y se recostó en la cama, pues estaba agotada. Se cambiaría, bajaría a reunirse con su tía y, de ser posible, se mantendría lejos de Blake. Cerró los ojos y unos segundos después se quedó dormida. Despertó sobresaltada mucho después al sentir que unas manos la sacudían con suavidad y vio un rostro moreno inclinado hacia ella. Por un segundo no supo en dónde estaba y jadeó alarmada.

—Soy Dolores, señorita Rogers. Ha dormido mucho tiempo y el señor Anderson pensó que tal vez querría cenar. No hay prisa, tiene casi una hora para arreglarse.

—Gracias, no era mi intención quedarme dormida —murmuró Nicola. ¿Qué pensarían de ella? Ni siquiera había bajado a charlar con su tía. Blake debía estar furioso.

—El señor dijo que usted estuvo enferma —le aseguró Dolores comprensiva—. Le hace bien dormir. La señora Anderson le envía un secador, por si necesita secarse el pelo y le he traído un poco de té.

Nicola sonrió, se sentó en la cama y tomó la taza de té. La siesta no le había sentado bien, había dormido profundamente pero había despertado muy inquieta. Se sentía infeliz, atrapada y sola, preocupada por su futuro. Y temía que Blake se enfadara con ella por no haber bajado con su tía. No podría vivir así, se negaba a hacerlo.

Su inmensa tristeza no desapareció mientras se daba una ducha y se vestía para la cena y le fue difícil adoptar una expresión alegre cuando bajó la escalera.

Se puso uno de los encantadores vestidos que Blake le había comprado. Ahora comprendía por qué había insistido él en comprar

esa ropa tan cara. Era evidente que en ese ambiente de esplendor sólo era apropiado lo mejor. Al pasar por una de las habitaciones oyó voces y entró, asumiendo que su tía y Blake estarían allí.

Y así era. Su tía Mary hizo girar su silla cuando Nicola entró y la joven vio aliviada que le dirigía una sonrisa de bienvenida.

—¡Querida! Acabo de enterarme de que Blake te pidió que bajaras a cenar. Si no te sentías bien, habrías podido cenar en tu habitación —la dama se adelantó, le tendió las manos y Nicola las estrechó entre las suyas. Blake tenía un aspecto helado y distante y en su rostro no había ninguna sonrisa de bienvenida.

La recorrió despacio con la mirada, como si estuviera vestida para representar un papel y quisiera asegurarse de que era la persona adecuada. Cuando ella lo miró a los ojos, Blake sostuvo su mirada, pero el rostro atractivo era inexpresivo.

—Estoy bien —dijo Nicola y desvió la vista de Blake—. Lamento haberme quedado dormida.

—Estabas cansada, querida —la consoló la dama—. Ahora que estás aquí podrás descansar y recuperar las fuerzas.

—Mañana estaré bien —balbuceó Nicola, pero Blake la interrumpió con su acostumbrada determinación.

—Lo dudo —declaró con frialdad—. Mary tiene razón. No debí enviar a Dolores a buscarte, pero pensé que querrías bajar a reunirte con nosotros. Lo último que queremos es que te sientas fuera de lugar.

—Eso no sucederá —le aseguró la tía Mary—. Sólo debemos darle tiempo y entonces la conoceremos bien.

—Yo ya la conozco muy bien —declaró Blake con un dejo de cinismo—. Pero tú necesitas pasar algún tiempo a solas con Nicola; no te preocupes, lo tendrás. Yo aún sigo ocupado con la película —terminó irritado.

—Oh, Dios, —suspiró Mary—. Esperemos que ahora todo vaya bien. Creo que te echaron mal de ojo, querido.

—Fue sólo mala suerte —murmuró Blake y terminó su bebida—. Pero si todo hubiera resultado bien, no habría podido traer a Nicola.

No dijo ir a buscarla. "Traer" sonaba mucho más siniestro, como si le hubiera tendido una trampa. Lo miró preocupada y él sostuvo su mirada un momento antes de sonreír.

—No te asustes —murmuró sombrío—. Tú no tienes nada que ver con las dificultades que surgieron en el rodaje —dejó de mirarla y apoyó una mano en la silla de la tía Mary—. Vamos a cenar —añadió bruscamente. Fue casi una orden y Nicola comprendió que ya estaba harto de hablar de cosas triviales, en especial con ella.

No tenía apetito, pero se obligó a comer. Habría sido un momento difícil, de no ser por la bondad de su tía, que no dejó de charlar, incluyéndola siempre en la conversación. Blake ni siquiera hizo el intento; su expresión era cavilosa y Nicola decidió que debía estar así por culpa de ella. Sabía que esa situación no le agradaba. La había llevado sólo porque Mary quería verla, pero si hubiera dependido de él, ni siquiera habría pensado en eso. Ella no se ajustaba a su estilo de vida.

Los pensamientos de Nicola no eran agradables, sino una especie de mecanismo de defensa de su mente para distanciarse de la mirada dura de Blake, que con frecuencia se detenía en ella con una expresión especulativa, casi irritada.

—Perdón, ¿qué me decías? —Nicola se percató de pronto de que su tía le estaba hablando y trató de concentrar su atención cuando vio que Blake fruncía el ceño.

—Decía que me arrepiento de haber sido una cobarde, querida.

—No lo eres —rezongó Blake mientras Nicola trataba de comprender lo que significaba eso.

—¡Oh, te refieres a esto! —Mary miró sus piernas sin vida y sonrió apesadumbrada—. Debes creerme, esto no es nada cuando consideras el tiempo que he perdido en mi vida porque no tuve el valor de decir que lo sentía.

—Mary, ¿de qué estás hablando? —le preguntó Blake—. ¿Por qué te estás disculpando?

—Por algo que sucedió antes de que tú me conocieras, Blake… Ahora ya es demasiado tarde, pero supongo que los arrepentimientos tardíos son parte de la vida.

—No seas absurda, Mary —declaró Blake y se puso de pie para servirse más vino. Le dirigió a Nicola una mirada reprobadora, como si ella debiera decir algo para ponerle fin a esa conversación, pero no podía hacerlo. No tenía idea de a qué se refería su tía.

—Tu padre y yo estábamos muy unidos —le dijo Mary en voz baja—. Es extraño, si piensas que estuvimos años sin hablarnos,

pero antes, hace tiempo, estábamos muy unidos.

Nicola se sentía perturbada, pues no quería hablar de su padre. Eso le traería demasiado dolor, demasiadas preguntas. ¿Por qué? ¿Por qué provocó su padre el incendio? ¿Por qué arriesgó la vida de ella y luego dio la suya para salvarla? Jamás lo sabría, pues sólo él se lo habría podido decir.

—Kevin, tu padre, siempre defendía lo que era correcto —continuó Mary con una leve sonrisa—. Era el mayor y yo siempre lo obedecía. Además, siempre tenía la razón. Cuando me casé con mi primer esposo,

Kevin no confiaba en él y resultó que tuvo razón. Pero no discutimos por eso, sino porque yo me vine a vivir a Estados Unidos.

—Estoy segura de que tú tenías todo el derecho de… ir a donde vivía tu esposo —logró decir Nicola con voz temblorosa, pues no quería que ninguno de los dos supiera lo mucho que eso la alteraba.

—Bien, nuestros padres eran de edad avanzada, Nicola. Kevin creía que yo debía estar cerca de ellos; después de todo, él lo hizo. Tuvimos una terrible disputa y me fui. Nunca regresé porque nuestros padres fallecieron poco después, mucho antes de que yo pudiera controlar mi temperamento. Si me hubiera quedado algún tiempo… —suspiró.

—¿Cómo podías saberlo? —le preguntó Nicola.

—No podía saberlo, pero lo cierto es que yo siempre fui egoísta y Kevin no. Debes sentirte muy orgullosa de tu padre, querida. Era un hombre honorable, un ser muy especial. Debí tener el valor de escribirle, de decirle que estaba arrepentida, pero nunca lo hice. Nunca fui como él, Kevin siempre hacía lo correcto, lo que era justo.

Nicola ya no podía soportar más. Ella también había creído lo mismo. Todas las palabras de admiración y amor que pronunció su tía habrían podido salir de su propia boca. Y estaba equivocada. ¿Cómo era posible que él siempre hubiera hecho lo que era correcto? Había causado el incendio que le costó la vida y ella estuvo a punto de morir. Su heroísmo en el último momento jamás borraría el hecho de que él lo inició todo, sabiendo que ella estaba dormida e indefensa en la casa.

—¡Disculpadme! —se puso de pie de un salto y salió a la terraza.

—¡Nicola! —oyó la voz de su tía, pero no podía regresar y enfrentarse a ellos.

—¡Déjala, Mary! —la brusca orden de Blake fue lo último que oyó Nicola antes de echar a correr hacia el mar, con la cara bañada en lágrimas.

Blake la alcanzó unos segundos después, la rodeó con los brazos y la hizo darse la vuelta.

—¡El risco! —le advirtió y Nicola parpadeó, estremeciéndose al ver que iba directa hacia el risco que descendía hasta el mar. Estaba casi al borde y comprendió que habría sido de no ser por Blake.

—Lo siento —sollozó—. Sé que no debí salir así, pero no podía…

—Tranquilízate —le ordenó Blake en voz baja—. Mary estaba perdida en el pasado y olvidó que tú vives en el presente.

—Creo que la alteré —reconoció Nicola apesadumbrada.

—Temporalmente —murmuró Blake con un tono extraño—. Se estrujará las manos y luego tratará de compensarte por todo.

Nicola lo miró, olvidada de que los brazos que la sujetaron aún la rodeaban y bajo la luz de la luna vio que Blake la observaba con fijeza.

—¿Ya estás bien? —le preguntó y ella asintió.

—Sí, gracias. Casi me caigo.

—Este lugar es seguro, siempre y cuando no corras como una loca —le aseguró—. Recuerda siempre que el risco está allí y nada podrá moverlo.

De nuevo su actitud era fría y Nicola se decepcionó. Con cuidado, se soltó de sus brazos. Esa noche no había sentido esa extraña excitación cuando él la estrechó contra su pecho, estaba demasiado alterada y sólo había sido un gesto de consuelo. En ese momento no sentía la intensa conciencia de la presencia de él y quería seguir así.

—Iré a hacer las paces con mi tía —murmuró, pero sólo era una excusa para regresar a la casa.

—Ella debe de estar pensando lo mismo —le aseguró Blake y echó a andar a su lado—. Trátala con cuidado, puedes decirle que te sentiste mal, o algo por el estilo.

—Y es cierto —murmuró Nicola para sí misma.

—¿Por qué? —ella se sorprendió al comprender que la había

oído y no respondió. Jamás les diría la verdad ni a Blake ni a su tía. Prefería que pensaran que estaba un poco loca. A pesar de sus recuerdos, defendería la memoria de su padre. Si al fin había un juicio, por lo menos ellos estaban muy lejos de Inglaterra y jamás se enterarían. Desde el punto de vista de la policía, todo había quedado aclarado mientras ella estuvo en el hospital. El resto no le interesaba a nadie pues la empresa de su padre era pequeña.

—¿Por qué huiste, Nicola? —cuando estuvieron bajo las luces de la terraza, Blake la sujetó de un brazo y la hizo volverse a mirarlo.

—Yo… supongo que no quería que me vieras llorar —se disculpó e inclinó la cabeza, pero él le alzó la cara.

—Ya te he visto llorar —le recordó—. ¿Qué fue lo que dijo Mary que te hizo huir?

—Nada —le aseguró ella.

—Mientes —declaró él inflexible y la miró con fijeza.

—Bien, entonces… es algo privado.

Su actitud le dio a entender que no diría nada más y por un momento Blake la siguió mirando, pero ella no podía hablarle de su dolor y al fin él la soltó y la guió a la habitación en donde su tía la esperaba con una expresión ansiosa y apesadumbrada.

Más tarde, Nicola se preparó para irse a la cama, pero se sentía confundida. Jamás esperó que su tía Mary fuera tan amable y bondadosa. Tenía la impresión de que de nuevo tenía una familia, aunque por supuesto Blake no estaba incluido en ella. Por su parte, él se quedó hasta que todo volvió a la normalidad, seguramente para cerciorarse de que no alterara a su tía. Luego se retiró, dejándolas solas.

—Me temo que no veremos aquí a Blake por mucho tiempo —comentó su tía con un suspiro—. Dentro de uno o dos días se reanudará la filmación de esa película.

—¿Sucedió algo malo? —se aventuró a preguntar Nicola.

—No, creo que les echaron mal de ojo —la dama rió cohibida al decirlo—. Llevo tanto tiempo cerca de la gente del cine que me han contagiado sus supersticiones. Pero esta película en particular no ha sido fácil. Tuvieron problemas con la escenografía, luego con los exteriores y por último la primera actriz se rompió una pierna.

Blake estaba desesperado. Pero todo volverá pronto a la normalidad, creo que la próxima semana Janet podrá incorporarse al rodaje.

—¿Janet? —preguntó Nicola interesada.

—Janet Browning, querida. Es una joven muy agradable, a pesar de que es una gran estrella.

Nicola estaba impresionada. Janet Browning era una estrella de fama internacional, guapa e inteligente. Blake no querría deshacerse de ella, por mucho dinero que le costara retrasar la filmación.

—Da la impresión de que es muy agradable —comentó y Mary asintió irónica.

—Lo es. Si Blake va a buscar pareja en el mundo del cine, debo decir que prefiero que sea Janet. Tarde o temprano tendrá que pensar en casarse y supongo que soy lo bastante egoísta como para desear que sea alguien que me caiga bien. Tendrá que ser alguien de su mundo y Janet sería ideal.

Nicola pensó en la Janet Browning que había visto en las películas, alta, de cabello rojizo oscuro y una expresión irónica en los ojos. A ella también le agradaba. Era probable que acabara convirtiéndose en la esposa de Blake, parecía la clase de mujer capaz de enfrentarse a él.

Se metió a la cama y trató de relajarse. Había sido una velada traumática y, a pesar de que su tía había sido maravillosa, ella aún se sentía tensa. Debía reconocer que si Blake no hubiera estado allí, las cosas habrían resultado mejor, pues su presencia la afectaba. Parecía que entre ellos había una especie de corriente eléctrica y sabía que todo se debía a ella. Blake era el mismo, era ella la que había cambiado de pronto, y todo a causa de ese beso que le había hecho sentir tantas cosas nuevas…

No, no había sido sólo el beso, reconoció Nicola. Había sentido algo extraño desde el primer momento en que lo vio. Suspiró y cerró los ojos. Estaba sola. Blake seguía en su estudio, viendo los primeros rollos de la película. Su tía Mary le había comentado que tenía una suite construida para ese propósito en la parte posterior de la casa y que a veces incluso dormía allí o se quedaba trabajando toda la noche. Se quedó dormida tratando de imaginarse lo que estaría haciendo.

La despertaron sus propios gritos, pero no podía abrir los ojos y

por primera vez oyó la aterradora realidad de su temor. Era como estar paralizada, encerrada en su propio cuerpo y sólo el terror estaba a su lado. Oyó que la puerta se abría, pero no podía hacer nada.

—¡Nicola, despierta! —gritó Blake y luego apartó las mantas, la estrechó contra su pecho y le enmarcó la cara entre sus manos.

Aturdida, Nicola abrió los ojos para encontrarse con la oscura mirada de Blake. Ninguno de los dos habló y poco a poco Nicola se percató de que él aún estaba vestido, sólo se había quitado la chaqueta y la corbata y tenía desabrochados los botones superiores de la camisa. Estaba sentado a su lado y las piernas de ella estaban oprimidas contra los duros muslos de él.

—Estabas soñando de nuevo —murmuró tenso y ella asintió, rehuyendo su mirada.

—Lo sé. Esta vez he podido escuchar mis gritos.

—Y aun así has seguido gritando —su tono era duro y ella tuvo la impresión de que era una reprimenda.

—No podía detenerme. No podía despertar.

Blake la soltó y se puso de pie. Luego la miró y empezó a caminar irritado de un lado a otro.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir así?

—No lo hago deliberadamente —replicó con voz apagada—. No debí venir. ¡Fuiste tú quien insistió, así que ahora no me culpes si te pongo nervioso!

—¡Yo nunca me pongo nervioso! Y no he dicho que lo hagas deliberadamente.

Nicola trató de sostener su mirada, pero era difícil hacerlo cuando aún luchaba con el residuo de la pesadilla y trataba de no temblar.

—Pero me has preguntado furioso cuánto tiempo voy a seguir así y…

—Y tú te has imaginado lo peor —rezongó él—. Siempre piensas lo peor de mí, y no se te ha ocurrido que estoy preocupado por ti. Mañana debo regresar a mi trabajo, y no me agrada dejarte aquí sola.

—Estaré bien —murmuró Nicola, avergonzada por haber pensado mal de él.

—¡Tú sabes que no! —estalló él brusco—. He llegado a tu lado

justo a tiempo, ¿qué pasará cuando yo no esté?

Nicola desvió la mirada a toda prisa y se estremeció cuando él se acercó a la cama y se sentó a su lado. Deseó haberse vuelto a cubrir con las mantas, pues llevaba puesto otro de los delicados y reveladores camisones que él le había comprado y se sentía incómoda.

—Es evidente que no te puedo instalar cerca de Mary —continuó él más calmado—. Lo único que puedo hacer es pedirles a Dolores o a Angélica que duerman aquí arriba.

—¡No! —Nicola lo miró horrorizada—. ¡No soportaría que todos me miraran con sorpresa y compasión!

—¿Crees que yo te compadezco? —le preguntó Blake irónico.

—No —murmuró Nicola, tratando de huir de esa mirada burlona y de cubrirse con las mantas—. Tú eres diferente.

—¿Imparcial? —le alzó la cara para mirarla a los ojos—. Ni siquiera soy eso, sólo trato de resolver un problema del que en parte soy culpable. Sé que si no hubiera insistido en que vinieras tan pronto, habrías estado más preparada para enfrentarte a todo, pero no podía esperar. Por consiguiente, es mi problema y yo debo resolverlo.

—No es tu problema, es mío —le aseguró Nicola—. En cierta forma, tú sólo fuiste un intermediario.

—¿En qué forma? —aún la tenía sujeta y a cada minuto ella era más consciente de su contacto, cálido, casi invitador, aunque no se atrevía a pensar en qué sentido era invitador—. ¿No crees que para ser un simple intermediario me pasé de la raya?

—Bueno, ahora comprendo que lo hiciste por mi tía y me alegro de haber venido, porque es encantadora. Me recuerda a… mi…

Blake siguió mirándola pensativo. Reinaba el silencio y sólo se oía el murmullo del mar.

—Tal vez debería llevarte conmigo —murmuró Blake casi para sí mismo y Nicola lo miró sorprendida.

—¿Contigo?

—Veo que la idea te alarma —comentó él con tono seco, pero en sus ojos brilló un destello de diversión—. Sería una forma de vigilarte. Pero se supone que estás aquí por el bien de Mary.

—Así es —balbuceó Nicola—. Estaré bien, ya te lo he dicho.

—Pero yo no te he creído —su burló él, cada vez más divertido

—. No me gusta nada dejarte sola aquí, gritando aterrorizada mientras yo estoy a muchos kilómetros de distancia.

—Por lo menos no te enterarás —logró decir Nicola con voz temblorosa—. Además, no soy responsabilidad tuya.

—¿Por qué lo dudo? —indagó él irónico y luego añadió—. Pero podría darte algo en qué pensar. En otra ocasión dio resultado…

Capítulo 6

NICOLA no comprendió lo que quería decir hasta que lo vio inclinar la cabeza con la mirada fija en sus temblorosos labios.

—¡No! —trató de apartarse, pero los brazos de él la sujetaron implacables—. Por favor no lo hagas, Blake.

—¿Por qué no? —murmuró él sobre sus labios.

—Porque no lo haces en serio.

—¿Habría alguna diferencia si así fuera? —no esperó una respuesta. De nuevo Nicola sintió que esos devastadores labios se apoderaban de los suyos y que sus manos expertas la acercaban más. Su cabeza se apoyó en el hombro de él como si tuviera voluntad propia mientras la besaba despacio y cuando al fin Blake alzó la cabeza, ella siguió con los ojos cerrados.

—Ya puedes abrir los ojos —el tono divertido de él la hizo volver a la realidad y Nicola se sonrojó al ver que su cuerpo se había curvado contra el de él y que sus esbeltas piernas estaban sobre sus muslos. Casi estaba sentada en su regazo y, esta vez, cuando luchó por apartarse, él la soltó.

—Eres muy cruel —declaró temblorosa y él alzó una ceja irónico.

—Muéstrame una magulladura —antes de que ella pudiera responder, Blake se puso de pie y la cubrió con las mantas—. Era una terapia —añadió con ironía—. Ya veremos si da resultado. Tal vez te haga pensar en otras cosas y olvides tus pesadillas.

—¡Tienes un extraño sentido de tus capacidades!

—Lo único extraño en mí es mi sorpresa ante tu inexperiencia —estudió su rostro sonrojado con los párpados entornados—. Por supuesto, pudiste abofetearme —sus ojos le preguntaban por qué no lo había hecho y ella se preguntó lo mismo.

En sus ojos brilló un destello de disgusto. ¡Una terapia! Pues había dado resultado porque ahora estaba furiosa.

—¡Ah! —Blake la estudió y sonrió tenso—. He dado en el blanco.

—La próxima vez te daré una bofetada —declaró ella.

—¿Crees que habrá una próxima vez? —indagó burlón—. Si un tratamiento no da resultado, no tiene sentido insistir.

—¡Buenas noches! —le dijo Nicola mordaz y él sonrió de nuevo y se dirigió a la puerta.

—Te veré por la mañana —murmuró—. Entonces sabré si has dormido bien.

—Dormiré muy bien —estalló Nicola y se cubrió con las mantas hasta la barbilla cuando él se volvió a mirarla.

—Puedo creerlo… ahora —replicó él lacónico y cerró la puerta.

Nicola se desplomó sobre la almohada, despreciándose por su actitud. También debería despreciarlo a él, pero de nuevo había permitido que la dominara la excitación. Y una vez más, Blake había demostrado sus extraordinarias dotes de actor. Se acurrucó en la cama, apagó las luces que él había encendido al entrar y sólo entonces comprendió que se había olvidado de la pesadilla y que por mucho que lo intentara, no podía recordarla. El beso de Blake ocupaba el primer lugar en su mente y aún sentía sus brazos rodeándola. Percibía el aroma de su loción, mezclado con el perfume más suave de ella, una combinación casi erótica de fragancias que intoxicaba sus sentidos. Se estremeció y trató de volver a la realidad, pero era difícil, porque la realidad estaba allí y le era imposible ignorarla.

Blake era la realidad, no había nada etéreo en él. Era duro e implacable en todo, incluso la había besado sólo para ver qué sucedía, como un experimento. Se preguntó qué le diría por la mañana, si le diría algo como: «¿Todo bien, Nicola? ¿Pensaste tanto en mí que no tuviste otra pesadilla?» ¿Qué haría si ella reconocía que el beso había dado resultado? ¿Volvería otro día para repetir la dosis?

Furiosa, abrió los ojos y contempló la luz de la luna. ¡Él pensaba que era una tonta! Pues bien, le demostraría que estaba muy equivocado. Blake Anderson necesitaba que alguien lo pusiera en su lugar. Cuando lo viera por la mañana se mostraría indiferente y lo

miraría con disgusto. Eso la consoló un poco y al fin se quedó dormida, pero no por mucho tiempo. La excitación no desparecía, a pesar de que sabía que sólo había sido una actuación.

A cualquier otro hombre lo habría abofeteado en las mismas circunstancias. Era inútil decirse que Blake era implacable y que, hasta cierto punto, ella estaba a su merced. Ese pensamiento jamás habría cruzado por su mente estando en sus cabales. Su último pensamiento fue que él la habría afectado igualmente aunque hubiera sido la de antes. Con un gemido, sepultó la cabeza bajo las mantas. Había una reacción química cuando Blake la tocaba, algo que ella no podía controlar y lo más terrible de todo era que estaba segura de que él lo sabía.

Por la mañana, le llevaron el desayuno a la cama por orden de su tía y Nicola no pudo negarse. Además fue una sorpresa, como si alguien se preocupara por ella. Más tarde, cuando bajó, Blake no estaba allí y sintió una mezcla de alivio y decepción. Quería demostrarle que perdía su tiempo tratando de ponerla en ridículo, porque bajo la fría luz del día decidió que eso era lo que él estaba haciendo.

Su tía estaba afuera, charlando con el jardinero, con un sombrero de paja en la cabeza. A pesar de su invalidez tenía un aspecto muy saludable y Nicola se sorprendió por la sensación de consuelo que experimentó al ver a la mujer que, hasta el día anterior, ni siquiera conocía.

—¿Cómo estás, querida? —al oír los pasos de Nicola, la dama se volvió sonriendo hacia ella—. Estás encantadora.

Nicola se había preguntado si no estaba demasiado bien vestida para andar por la casa. Había elegido un caro vestido de algodón verde pálido con pequeñas flores, sin mangas y de falda amplia, otro de los regalos de Blake.

—Te pareces un poco a tu madre —murmuró Mary—. Recuerdo que era una mujer muy bella y Kevin la adoraba —de pronto pareció cohibida y desvió la mirada, antes de alzar la vista de nuevo y sonreír—. Vaya, de nuevo he hablado demasiado.

—Está bien —sonrió Nicola—. Yo no la recuerdo.

—No quiero perturbarte de nuevo, Nicola —se apresuró a añadir —. Blake me lo advirtió anoche Pero insisto en que estás encantadora.

—Él me compró este vestido —le informó Nicola, cambiando de tema—. A decir verdad, me compró todo lo necesario.

—Bien, lo perdiste todo, querida. Además, él puede hacerlo, es muy rico, así que no te preocupes por eso.

—¿Ya se ha ido? —se aventuró a preguntar Nicola, alarmada al ver que ese pensamiento la hacía sentirse vulnerable, como si hubiera perdido a la única persona a la que realmente conocía y a quien podía recurrir.

—No, está trabajando, pero creo que se irá hoy mismo. Tal vez quiera hablar contigo antes de irse porque preguntó por ti cuando bajó a desayunar. Le dije con firmeza que hoy me dedicaría a mimarte.

Nicola se imaginó que eso no debió agradarle y se puso nerviosa, pero trató de interesarse en el jardín y de no pensar en Blake. Cuando al fin sucedió lo inevitable, justo antes de la comida, se alegró de enfrentarse de una vez por todas a la situación.

—El señor quiere hablar con usted, señorita —le informó Dolores sonriendo.

Siguió las instrucciones que le dieron y al fin se encontró frente a la puerta de la suite de Blake.

—¡Adelante! —respondió él cuando llamó a la puerta y Nicola aspiró hondo y entró. Lo vio sentado frente a una inmensa pantalla y supo que esa era en realidad la cueva del león. Había olvidado que era un hombre importante pero ahora lo recordó y se sintió inadecuada, aún más cuando él detuvo la película, encendió la luces y la miró con una expresión amenazadora.

—¿Por qué has llamado a la puerta? —le preguntó brusco.

—Yo… pensé que… —se detuvo y lo miró furiosa—. Porque me enseñaron a tener buenos modales —estalló—. Son tus dominios privados y por eso lo hice. Además, soy una intrusa en esta casa.

—¡Ven aquí! —Blake se puso de pie y la miró furioso—. Por suerte, a mí nadie me enseñó buenos modales, así que voy a aclararte algo ¡Tú vives aquí! ¡No quiero enterarme de que andas por ahí como un fantasma a quien nadie ha invitado, o tendrás un problema! —terminó irritado cuando ella se acercó, olvidada de su actitud de desafío.

—¿Cuándo te irás? —le preguntó Nicola, preocupada por su mirada furiosa, pero todavía más porque él estaría muy lejos.

—Después de la comida. Aún debo ver unos rollos —volvió a sentarse y cuando ella siguió allí indecisa, le indicó otro sillón y le ordenó—. ¡Siéntate!

—¿Querías hablar conmigo? —le preguntó ella y, con un ademán imperioso, Blake le indicó que guardara silencio.

—Después. No esperaba que obedecieras mis órdenes con tal rapidez. Antes quiero terminar con esto.

—Puedo volver más tarde —empezó Nicola y trató de ponerse de pie, pero él extendió una mano y se lo impidió. No hizo ningún comentario y pareció olvidar que la tenía sujeta de una mano, pero luego la soltó y oprimió un botón. Las luces se apagaron y se volvió hacia la pantalla para seguir viendo la película.

Nicola estaba fascinada. No tenía sonido y Blake la detuvo varias veces, para volver a ver una escena. A ella le parecía excelente, pero cuando lo miró con disimulo vio que él no era de la misma opinión. Hizo algunas anotaciones y, cuando al fin terminó la película, no parecía nada complacido y Nicola le preguntó.

—¿Es la película terminada?

—No, son las primeras copias —rezongó él—. A veces resulta más fácil ver los errores en la pantalla. Por lo común lo hago todos los días, pero estuve ocupado en otras cosas.

En llevarla a California, pensó Nicola y eso hizo que se sintiera como un estorbo. Tenía la impresión de que ella era un problema para Blake. Incluso había perturbado sus noches con sus gritos.

—Mi tía Mary me comentó que Janet Browning se fracturó una pierna —se aventuró a decir. Tenía que decir algo porque Blake seguía sentado, con la mirada fija en la pantalla en blanco y el ceño fruncido.

—Bien, si tenía que sufrir un accidente, por lo menos sucedió en el momento oportuno —murmuró él cáustico—. Eso me dio la oportunidad de asistir al estreno y de ir a buscarte.

—Pero tú habrías prescindido de ambas cosas —declaró Nicola, furiosa por su forma de ignorarla.

—Por supuesto —la miró escéptico y luego sonrió burlón—. Nada resulta fácil. ¿Cómo es ese dicho? ¿Cuando Dios cierra una puerta, cierra una ventana?

—¡No es así! ¡Abre una ventana! Es decir, nos da una esperanza.

—¿Es cierto eso? —indagó él—. En verdad no sé por qué lo dije,

es más apropiada la frase de que los problemas nunca vienen solos.

—¡Si soy un problema es porque tú me obligaste a venir! —estalló Nicola y se puso de pie, dispuesta a ponerle fin a esa irritante entrevista—. Si no hubieras sido tan dominante, yo aún estaría en Inglaterra y tú habrías podido ver..tus primeras copias y enfurecerte con la pobre gente que tiene que trabajar contigo —se dispuso a salir, pero Blake fue más rápido que ella y la sujetó con fuerza.

—Tienes mucho genio —ella lo miró furiosa.

—¿Para qué me querías? —le preguntó brusca—. ¿Para que admirara tu película, o por alguna otra razón?

—No sé cuándo regresaré —respondió él sin el menor dejo de burla—. Estarás sola aquí y quiero saber cuáles son tus intenciones.

—¿Qué quieres decir? —Nicola lo miró desconcertada y él la soltó, pero apoyó las manos en sus hombros.

—No confío en ti —murmuró él y la miró con fijeza—. Por el momento, Mary es una novedad pero estoy seguro de que eso pasará. ¿Desaparecerás entonces y regresarás a Inglaterra, a tu modesto hotel cerca del banco?

Nicola se desalentó al comprender de nuevo la realidad de su posición allí. Vivía cada día como se presentaba, sin hacer ningún plan. Lejos de tramar una huida cuando él se fuera, temía su partida.

—Sería difícil desaparecer —murmuró insegura, rehuyendo la mirada inquisitiva de él—. Además, te dije que me alegro de haber venido y no tengo intención de abandonar a Mary tan pronto como me vuelvas la espalda. Es muy amable y ahora ella es lo único que tengo.

—Bien, trataré de creerte. Pero no he olvidado la forma en que te alteraste cuando ella te habló de tu padre. Y no te puedo asegurar que eso no volverá a suceder.

—Estaba cansada y me tomó por sorpresa, pero la próxima vez estaré preparada.

—¿Es cierto eso? —indagó Blake—. Necesitarás algún tiempo para recuperarte, en especial si te guardas muchas cosas para ti misma.

—Tú lo sabes todo —protestó Nicola a toda prisa—.

En el hospital debieron hablar contigo y el doctor Gregory…

—Tu doctor Gregory no le comentó gran cosa a Mary —le informó Blake sombrío—. Y en el hospital sólo me hablaron de tu salud. Sé muy bien que hay algo más, pero no tuve tiempo de averiguarlo y nadie ha dicho nada que me haga olvidar mis dudas.

—No hay-nada —insistió Nicola.

—¿No? —le enmarcó la cara entre las manos—. Hay algo que te causa una gran pesadumbre y que te guardas para ti misma.

—No es posible que lo sepas —exclamó ella ansiosa y él la observó unos segundos antes de soltarla.

—No, es sólo mi instinto. Si tienes algún problema, quiero saberlo antes de que eso afecte a Mary. No permitiré que nada ni nadie le cause un problema, ni siquiera tú.

—Ahora no tengo ningún problema —la voz se le quebró de pronto al recordar el pasado y se dirigió a la puerta—. ¿Eso es todo?

—Hasta mi regreso —le advirtió él—. Hace poco te dije que vives aquí… en mi casa Yo controlo mis dominios y todo lo que hay en ellos. Eso incluye la felicidad de Mary y también te incluye a ti.

—Yo no estaré siempre aquí —declaró Nicola.

—Eso lo decidirá Mary —rezongó Blake y ella huyó. No se quedaría mucho tiempo allí y la idea de que él era lo único a lo que podía aferrarse era ridícula. Estaba sola.

Sería agradable conocer bien a su tía, pero sólo se quedaría unas semanas. Luego se iría y Blake se olvidaría de ella en el momento en que su coche se alejara de la casa. Así debía ser. Ella tendría que crearse una nueva vida, pero no sería allí.

Blake comió con ellas en la terraza.

—¿No crees que Nicola está encantadora? —le preguntó la tía Mary con una sonrisa y Nicola se sintió invadida de orgullo—. No esperaba tener una sobrina tan bella. Su cabello parece oro puro.

Blake no respondió, sólo la recorrió con la mirada, observando el brillo de su cabello y sus mejillas sonrojadas. Pensó que guardaría silencio, pero su rubor se intensificó cuando lo oyó decir.

—Necesita más ropa. A mi regreso me encargaré de eso.

La dama sonrió complacida pero Nicola se sintió de nuevo como un gatito extraviado. Lo siguió al vestíbulo cuando él se puso de pie para irse y lo miró irritada.

—No quiero que te encargues de nada mío —declaró—. No soy una inútil.

—Pero no puedes conducir hasta el pueblo para comprarte algo —replicó él con una calma exasperante y añadió—. Eso me recuerda que vas a necesitar dinero.

—No soy una…

—¿Mantenida? Por el momento lo eres. Alguien debe cuidar de ti, ¿y quién más sino yo podría hacerlo?

—Soy una carga —murmuró Nicola apesadumbrada.

—No eres exactamente una inútil. Estás aquí para hacerle compañía a Mary —de pronto sonrió—. Cuídate, Nicola —le ordenó y se dirigió a la puerta. Ella se quedó mirándolo con una expresión melancólica. Era ridículo, pero deseaba irse con él.

Él se volvió a mirarla y vio su expresión. La miró pensativo con los párpados entornados y luego sonrió.

—Cuidado con el risco —le advirtió antes de alejarse.

Nicola experimentó una terrible sensación de vacío cuando el automóvil se alejó. Era absurdo, pero lo echaría mucho de menos.

Durante las semanas siguientes, Nicola llegó a sentirse muy unida a su tía. Jamás mencionaban a su padre, aunque Nicola sabía que a su tía le habría gustado hablar de él y de su infancia y, si las cosas hubieran sido normales, ella habría disfrutado hablando de eso. Pero las cosas no eran normales y ninguna de las dos mencionaba el tema.

Una mañana, Nicola recibió sorprendida y complacida una carta de Inglaterra. No tuvo que abrirla para saber que era de John Gregory, le bastó con ver su horrible caligrafía y sonrió al pensar que de alguna manera había llegado, a pesar de la dirección casi ilegible. Pero su diversión se convirtió en sorpresa, porque no era para darle noticias de su ciudad natal.

El otro día recibí una carta muy amable de Blake Anderson que me tranquilizó bastante. Al menos ahora sé que estás perfectamente. Me ha encargado que haga un par de cosas, así que me imagino que seguiremos en contacto. Me siento casi como parte de la familia.

Luego le daba algunas noticias de la ciudad, pero Nicola apenas veía las palabras. Sólo podía pensar en que Blake se había tomado la molestia de escribir a Inglaterra, a pesar de que estaba muy ocupado. Pero lo que le preocupaba era que le hubiera hecho unos

encargos al doctor, en especial porque no era típico de Blake pedir favores. A menos que se tratara de algo

acerca de ella, de alguna información que sólo John Gregory podía obtener.

Sabía que debía tratarse de su padre, pues Blake le había hablado de sus dudas y no era la clase de hombre que olvidara algo así. Lo que la sorprendía era que se hubiera molestado en escribir y temía que se enterara de algo que pudiera inquietar a Mary. No quería que su tía supiera cuál fue la causa del incendio y que, si su padre hubiera sobrevivido, habría tenido serios problemas con la policía. Ella no se avergonzaba de su padre, pero no quería que la mirasen con compasión.

Necesitaba estar sola y, por la tarde, tras muchas advertencias de que tuviera cuidado, descendió por el sendero rocoso hasta la playa. Nunca se había aventurado a ir allí y se alegró de haberlo hecho cuando contempló el inmenso océano y sintió el viento en su cabello. Empezó a caminar por la orilla y vio que podía llegar muy lejos sin que las rocas le impidieran el paso. La caminata la calmó y cuando se dio la vuelta para regresar a la casa, su estado de ánimo había mejorado… ¡hasta que vio a Blake!

Se dirigía a su encuentro y al instante ella se sintió culpable. ¿Por qué había regresado? ¿Estaría enojado porque la había encontrado cerca del océano? No podía apartar la vista de él y no era consciente de que parecía nerviosa y vulnerable, muy indefensa. Lo vio entornar los párpados y, cuando llegó a su lado, se detuvo y la miró a la cara.

—Veo que te alegras de verme —murmuró—. Lo sé por la forma en que has corrido hacia mí, gritando mi nombre.

—Me has tomado por sorpresa —respondió ella sin aliento y buscó en su rostro algún indicio acerca de la razón de su presencia allí—. Sólo hace unas cuantas semanas que te fuiste.

—Y tú habrías preferido que fueran unos cuantos años —terminó él irónico—. He venido para ver cómo van las cosas, pues este fin de semana no trabajaremos. A veces dejo que mis esclavos descansen.

—Recibí una carta del doctor Gregory —le informó Nicola.

—¿Sí? —por un segundo miró a lo lejos y luego la tomó del brazo para emprender el regreso—. También yo. Me escribió para

darme las gracias por hacerle saber cómo estás… la típica cortesía inglesa.

Su tono era despreocupado, pero Nicola no se dejó engañar y no quiso decir nada más, pues era obvio que él no quería hablar de lo que le había pedido a John Gregory que averiguara. Los dos guardaron silencio y, cuando llegaron al pie del risco, él se volvió a mirarla.

—He regresado porque él va a llamarme por teléfono aquí —le informó—. Quiero respuestas, Nicola, y pretendo obtenerlas.

—Tengo la impresión de que me estás espiando —protestó ella y palideció al ver su determinación. Estaba dispuesto a dejar la filmación para recibir una llamada de Inglaterra y ella conocía a John Gregory… le diría todo a Blake.

—¡No te estoy espiando! Te pedí que me hablaras de ello y te negaste. Dijiste que todo marchaba bien y yo sé que eso no es cierto.

—¡No tienes derecho a husmear en mi pasado! —estalló Nicola con amargura—. ¡No tienes nada que ver conmigo!

—Pero sí con Mary —declaró él—. Es obvio que amaba y admiraba a tu padre y también es obvio que desde que yo me fui ha volcado todo ese afecto en ti.

Desde que llegué no ha dejado de hablarme de su querida Nicola. Si el cielo va a caer encima de ella, quiero estar allí para protegerla.

—Eso no sucederá —logró decir Nicola con voz ronca.

—Una vez más, no te creo —declaró él con frialdad.

—Si yo no estuviera aquí…

—Pero estás aquí, y por consiguiente, debo actuar.

—Entonces me iré a casa —murmuró Nicola apesadumbrada y se apartó de él para subir por el risco.

—¿A qué casa? No tienes un lugar a donde puedas regresar.

La crueldad de esas palabras la hirió como si la hubiera golpeado y Nicola se detuvo con la cabeza inclinada y le dio la espalda para disimular su pesadumbre.

—Te equivocas —murmuró con voz apagada—. Tengo un país, una vida, amigos…

Blake lanzó un juramento y la hizo volverse, estrechándola en sus brazos y con una mano entre su cabello.

—¿Qué amigos? ¿En dónde estaban cuando los necesitaste? ¿Por qué te abandonaron? ¿A qué tenían que enfrentarse?

—¡A mí! —gritó Nicola— Se sentían demasiado cohibidos para enfrentarse a mí. ¡No podían mirarme a la cara y decirme que lamentaban que mi padre casi me hubiera matado!

—¿Eso es lo que tú crees? —le preguntó Blake tenso.

—Es lo que todos creen, incluyendo a la policía —replicó ella y la expresión dura de Blake se suavizó cuando la miró.

—Él dio su vida por ti.

—En el último minuto, pero fue en vano —sollozó Nicola.

—Pobrecita —murmuró Blake y Nicola se enfureció.

—Suéltame —gritó—. No quiero tu compasión y tampoco que te metas en mi vida. Nada perturbará a Mary, porque regresaré a casa y no quiero que me digas que no tengo un hogar. El hogar es donde está el corazón y el mío no está aquí, ni ahora ni nunca. ¡Me iré mañana!

—Si te vas, iré a buscarte y te traeré de nuevo —le advirtió Blake con firmeza—. Y puesto que no dispongo de tiempo, tus probabilidades de huir son nulas.

—No puedes detenerme —murmuró Nicola estremecida.

—Puedo y lo haré —le aseguró él implacable—. Ahora, volvamos a la casa y prepárate para disimular delante de Mary.

Era más duro de lo que ella creía, pensó Nicola mientras subían por el risco, pero su dolor no la ayudaba. Le temblaban las piernas y sabía que, de no ser por Blake, se habría quedado allí una eternidad, tratando de armarse de valor para el ascenso.

—No vuelvas a bajar —le ordenó Blake cuando llegaron a la cima—. Me imagino que te habrías quedado horas allí. Dentro de poco subirá la marea y la playa es peligrosa.

Nicola no respondió, por el momento eso no importaba. Ahora ya no había muchas cosas a las que tuviera que enfrentarse con temor. Todo se había descubierto y John Gregory le hablaría a Blake del incendio, del seguro, de todo.

Capítulo 7

CUANDO llegaron a la casa, Blake subió con ella la escalera, como si pensara que podría caerse si no iba a su lado y, cuando Nicola entró en su habitación y se dispuso a cerrar la puerta, él siguió de pie allí, mirándola.

—Iré a darme una ducha y… trataré de calmarme —murmuró ella, incapaz de mirarlo a los ojos, pero él entró en la habitación y cerró la puerta con firmeza.

—Escúchame —le ordenó—. Lo que sucedió no fue culpa tuya.

—Lo sé —suspiró ella cansada—. Lo único que debo hacer es enfrentarme a las consecuencias.

—Tienes a Mary y me tienes a mí —insistió Blake y ella asintió apesadumbrada.

—Por ahora —convino—. Después tendré el resto de mi vida.

—Por mucho tiempo —la contradijo él y la miró ceñudo—. Mary parece estar convencida de que tu padre era un hombre admirable.

—Lo era —murmuró Nicola—. Aún no puedo creer lo que sucedió.

—Entonces no es cierto —declaró Blake enfático y Nicola suspiró.

—El fuego fue provocado deliberadamente, no hay duda de eso. La… policía lo dijo… —la voz le temblaba tanto que no pudo continuar.

—Olvídalo. Ve a darte una ducha antes de bajar.

—Sí —respondió ella obediente y Blake le enmarcó la cara entre las manos, sondeando su expresión frustrada antes de besarla en la boca, tomándola por sorpresa. Su determinación la abrumó y Nicola no trató de resistirse. Su boca se fundió con la de él y le rodeó la cintura con los brazos. El beso se hizo más profundo y cuando al fin

el la soltó casi se tambaleó, con los ojos cerrados.

—¡Y eso ha sido real! —declaró él en voz baja—. ¡Ahora lucha, maldita sea! No te hundas cuando la vida te hiere. ¡Tienes instintos, debes creer en ellos!

Salió y Nicola se dirigió a la ducha, casi tambaleándose. Como de costumbre, Blake había perturbado su mundo. ¿Tendría razón? ¿Habrían cometido un error? Tal vez nunca lo sabrían pero vio un leve destello de esperanza sólo porque Blake se lo había dicho. Sabía que lo había hecho porque no quería que Mary sufriera. Pero tenía razón, debía seguir su instinto. Y su instinto le decía que su padre jamás habría puesto en peligro su vida.

En cuanto al beso… En eso Blake no tenía razón, no había sido real. Para él sólo fue el medio de llegar a un fin. Pero estaba de su lado, aunque sólo fuera por el bien de Mary y eso le daba una sensación de fortaleza. ¡El gran Blake Anderson! Rió estremecida y, mientras se vestía, supo que después de todo podría enfrentarse a la velada, aunque el doctor Gregory llamara para darles una mala noticia. Por el momento, tenía la impresión de que Blake sólo gritaría y le pediría que volviera a intentarlo si las cosas no resultaban como él quería.

Cuando bajó, en el rostro de Blake no había nada que revelara lo sucedido. Actuaba en una forma tan normal que, después de un rato, Nicola habría podido creer que todo había sido un sueño, de no ser porque esperaba que sonara el teléfono, mientras su mente dudaba entre el temor y la esperanza.

—¿No crees que Nicola tiene mejor aspecto? —le preguntó la tía Mary cuando se sentaron a cenar.

—Ya no parece tan cansada y veo que ha tomado el sol —concedió él—. Pero no dejes que crea que está mejor, pues entonces sabrás que tu sobrina está pensando en abandonarte. Habla de su hogar con mucha frecuencia.

—¿No estarás pensando en regresar, Nicola? Me agrada tanto tenerte aquí…

—Bueno, aún no pienso hacerlo —le aseguró Nicola y, desconcertada, escudriñó el rostro de Blake. ¿Por qué había dicho eso?

Aún seguía desconcertada cuando entró Angélica a informarle a Blake que lo llamaban por teléfono y Nicola se olvidó de sus dudas.

Estaba segura de que era el doctor Gregory y sintió los apresurados latidos de su corazón cuando Blake la miró y salió de la habitación.

Cuando Blake al fin regresó no dijo nada, pero Mary no esperaba que lo hiciera, pues supuso que debía tratarse de algo relacionado con su trabajo. Él sólo miró a Nicola a los ojos y, aunque su expresión no revelaba nada, ella supo que la llamada había sido de Inglaterra.

—¿Crees que podrías prescindir de Nicola durante unos días? —preguntó Blake más tarde, mientras tomaban el café.

—¡No me gustaría nada! —Mary se volvió a mirar a Blake con una expresión interrogante—. Pero si es por su bien, no me importaría.

—Es por mi bien —rezongó Blake—. Las cosas andan mal. Janet ya ha vuelto, pero ahora faltan otras dos personas. Por suerte no son del reparto, pero es muy molesto. Necesito que Nicola tome notas, envíe mensajes y me recuerde las cosas que yo haya olvidado.

Nicola estaba tan aturdida que no pudo decir nada, pero Mary parecía encantada.

—¡Es una magnífica idea! —exclamó—. Así Nicola podrá ver lo que haces. No sabía que eres secretaria, querida —añadió volviéndose hacia Nicola—. Por supuesto, nunca te lo pregunté, no quería recordarte…

—No es secretaria —la interrumpió Blake—. Es un genio de la informática, así que tiene una mente lógica y podrá evaluar mis problemas —miró a Nicola con una expresión insistente—. ¿Qué me dices? ¿Aceptas ayudarme y soportar mi constante malhumor y la histeria de los demás?

Nicola sabía que debía aceptar y demostrar entusiasmo, aunque no entendía el mensaje que le enviaban esos ojos, pero él se lo diría después. Todo eso era en beneficio de su tía y logró sonreír animada.

—¡Me encantaría!

Blake sonrió irónico y ella se preguntó si habría exagerado, pero Mary no pareció percatarse de nada y Blake sonrió satisfecho.

Nicola no podía esperar el momento de oír las explicaciones de Blake. Preocupada, se mordió el labio, pero se controló cuando Blake la miró ceñudo. Su expresión le decía con toda claridad que

debía seguir actuando en presencia de su tía Mary. Pero no parecía tener prisa y al fin ella escapó a su habitación, esperando que él fuera en su busca. Deseaba saber cuanto antes lo que había sucedido, pues Blake le había dado una esperanza y temía que resultara falsa.

Cuando más tarde él llamó a su puerta, la abrió a toda prisa y lo miró ansiosa, buscando algún indicio en su rostro.

—Por todos los cielos, cierra los ojos —rezongó Blake antes de entrar y cerrar la puerta—. Me estás deslumbrando.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Nicola sin aliento.

—¿Cómo sabes que era Gregory? —murmuró Blake sin dejar de mirarla.

—¡Por favor, Blake! —exclamó exasperada.

—El incendio definitivamente fue deliberado —habló él despacio—. No sé lo que te dijeron cuando estabas enferma, pero la policía aún sigue interesada. No han cerrado el caso.

—¿Se lo dijeron a John Gregory? —le preguntó ella palideciendo.

—Confidencialmente. Conoce a alguien importante y yo le pedí que investigara.

—Oh, a él le fascinan esas cosas —murmuró Nicola.

—También le pedí que buscara una agencia de investigadores privados digna de confianza —Nicola lo miró alarmada—. Ten fe. Sea cual sea la verdad, los dos queremos saberla.

—Tú quieres saberla —murmuró ella y Blake la sujetó de los hombros.

—También tú —le aseguró con firmeza—. No lo superarás hasta que conozcas la verdad. Jamás podrás vivir si no se aclara todo.

Ella lo miró impotente. Tenía razón, por supuesto, necesitaba conocer la verdad. Cuanto más fuerte se sentía, más preguntas se hacía y más se negaba a creer lo que le habían dicho.

—¿Por qué quieres llevarme contigo? —le preguntó de pronto y lo miró a los ojos—. Tal vez mi tía Mary se haya dejado engañar, pero yo no.

—¡Vaya, creí que lo había hecho muy bien! —rió Blake—. Tal vez me conoces mejor de lo que pensé.

—Sé que no me necesitas —declaró Nicola—. Sólo seré un estorbo.

—No lo serás —le aseguró Blake—. Trasladaremos nuestro campo de operaciones fuera de esta casa, para estar lejos de Mary. Si sucede algo, ni siquiera se enterará. En el futuro, cualquiera que deba ponerse en contacto con nosotros lo hará…

—En donde estemos —terminó Nicola por él y Blake sonrió.

—Así es, veo que me has entendido. En cuanto a estorbarme, sabré aprovechar tus talentos. Un cerebro es un cerebro, todo depende de cómo lo uses.

—El doctor Gregory te habló de mí —supuso ella y él asintió.

—Estaba dispuesto a hablarme de tus enfermedades infantiles, de tus primeros pasos y a enviarme fotografías de tu época de colegiala. Tuve que ser firme.

Nicola sabía que el doctor Gregory era muy capaz de eso y se sonrojó.

—¿Has visto que paso mucho tiempo en tu dormitorio? —murmuró Blake y ella se sonrojó más—. Cuando lleguemos al lugar de la filmación me aseguraré de instalarte en un hotel muy lejos de mí. De lo contrario, todos empezarán a murmurar.

—¿De verdad voy a ir contigo? —le preguntó Nicola, decidida a no dejarse arrastrar a esa clase de conversación.

—Mañana —replicó él e inspeccionó su vestido—. Necesitarás ropa informal, así que la compraremos por el camino.

—No puedes seguir comprándome cosas —protestó Nicola, pero él la miró irónico y se dirigió a la puerta.

—Ahora trabajas para mí y si te insubordinas empezaré a gritar —se detuvo al ver la expresión desconcertada de ella—. ¿Sigues teniendo pesadillas? —Nicola negó con un movimiento de cabeza, pues no podía hablar y él la recorrió con la mirada—. ¿Qué te dije? Dio resultado. Tal vez deberíamos… seguir con la terapia —terminó y se alejó. No era necesario que le dijera a qué se refería. Ella lo sabía muy bien y, a pesar de todo lo sucedido durante la velada, lo que perduró en su mente fue el recuerdo del beso de Blake.

Salieron a la mañana siguiente. La tía Mary estaba tan excitada como si ella fuera a acompañarlos.

—Ya eres parte de la familia —murmuró al abrazar a Nicola cuando se inclinó para despedirse de ella—. Además, si Blake te

necesita, no te dejará regresar a Inglaterra. Es muy obstinado cuando quiere salirse con la suya.

Nicola lo sabía, pero eso no la preocupaba. No importaba lo que pensara su tía, ella sabía por qué iba con Blake.

Se dirigieron hacia el norte y en el camino se detuvieron a comer. Después, Blake insistió en comprarle alguna ropa informal.

—No puedes usar vestidos de seda —insistió cuando ella protestó de nuevo—. La filmación no es lo que parece cuando el público ve la película. El ambiente no es elegante y necesitarás pantalones vaqueros y un suéter para las noches. Además —añadió cáustico—, quiero que pases desapercibida.

Nicola adivinó que se refería a que ella no tendría que trabajar. La ignoraría y la miraría fingiendo sorpresa si llegaban a encontrarse.

Antes de llegar a San Francisco se desviaron de la carretera principal y Nicola trató de no demostrar su decepción, pero a Blake no le pasó desapercibida. Nada escapaba a su atención.

—Después conocerás la ciudad —le prometió—. Ahora no dispongo de tiempo para desviarme, vamos muy retrasados y el tiempo es dinero.

—Lo que demuestra que muchas veces dices cosas que no sientes —su tono mordaz lo hizo apartar la vista de la carretera para mirarla.

—¿A qué te refieres? —indagó con frialdad.

—Dijiste que si me iba irías a Inglaterra a buscarme —le recordó ella—. ¡Es obvio que no lo harías puesto que el tiempo es dinero!

—Ciertas cosas son más valiosas que el dinero —declaró y ella supo a qué se refería. La tía Mary era más valiosa y su paz mental era muy importante para Blake.

—Debió de ser una madrastra maravillosa —murmuró Nicola y de nuevo él la miró, pero esta vez con una expresión de sorpresa.

—¿En qué diablos estás pensando?

—En mi tía Mary, por supuesto. Y en que para ti su paz mental es más valiosa que el dinero.

Blake movió la cabeza exasperado y se concentró en conducir, pero no antes de dirigirle unas palabras que la callaron.

—Hablando de paz mental —refunfuñó—, me gustaría tener un informe médico sobre tu mente. Por supuesto, sería desperdiciar el

dinero, porque sé lo que diría: una sola palabra… «obtusa».

Cuando ella se volvió a mirarlo furiosa, lo vio sonreír de una forma peculiar, aunque sin apartar la vista de la carretera.

—¿Cómo sabes que no quería decir que tú eres más valiosa que el dinero? —le preguntó en voz baja.

—Porque sé lo que piensas de mí —logró decir Ni-cola avergonzada—. ¡Que soy una molestia necesaria!

—Bien, no puedo negarlo, pues soy muy sincero —convino él. Después los dos guardaron silencio y cuando ella se arriesgó a mirarlo, lo vio mirar ceñudo hacia la inofensiva carretera. Jamás comprendería a Blake y sabía que sería peligroso intentarlo.

La población a donde llegaron la sorprendió. Habían seguido una carretera hacia las montañas, por una región casi despoblada, pero de pronto llegaron a un pueblecito y poco después Blake se detuvo frente a un hotel pequeño pero elegante.

—Hemos llegado —le informó y cuando bajó del automóvil miró a su alrededor impaciente—. Como puedes ver, esta vez estoy trabajando bastante cerca de casa.

—¿Estás filmando en el pueblo? —le preguntó Nicola, buscando alguna señal de las cámaras y de los miembros del equipo de filmación.

—No, a varios kilómetros de aquí —murmuró Blake y empezó a bajar las maletas—. Usamos el hotel porque es el mejor y el más cercano.

—¿Entonces todos os alojáis aquí? —indagó Nicola, aliviada al ver que no estaría sola entre desconocidos.

—Yo no, pero sí la mayoría de los actores. Yo duermo en el remolque, así nadie me molesta. Después de un día de filmación no necesito que nadie me haga sugerencias irritantes.

Nicola sabía que esos remolques eran espectaculares y que se usaban mucho en la industria cinematográfica. Algunas estrellas los usaban como vestidores, salones de maquillaje y cualquier cosa que necesitaran. Eso la desalentó pues si Blake usaba un remolque no lo vería mucho, o tal vez ni siquiera lo vería. Cuando él la tomó del brazo para guiarla al interior del hotel, Nicola quiso detenerse y hacerle muchas preguntas, pero se les acercaron varias personas.

—Blake, por la mañana me gustaría repetir esa escena —uno de los hombres se interpuso decidido en su camino y al ver la

expresión en el rostro de Blake, Nicola admiró su temeridad.

—Tal vez —rezongó Blake y siguió caminando.

—¡Oh, ya estás de regreso! —Nicola alzó la vista al oír la melodiosa voz y se encontró frente a una mujer muy hermosa—. Esta mañana he ido al lugar de la filmación y he estado subiendo y bajando los escalones. No tendré problemas.

Era Janet Browning y esta vez la actitud de Blake fue muy diferente. Se detuvo y una sonrisa suavizó su expresión implacable.

—Janet, te dije que podríamos dejar eso para después.

—No es necesario, lo he hecho muy bien. Eso facilitará las cosas —miró a Nicola con una expresión interrogante y de pronto Blake pareció recordar que no estaba solo.

—Oh, ella es Nicola Rogers —la presentó—. Es la sobrina de Mary.

—Espera un momento —rió Janet y estrechó la mano de Nicola —. Estoy tratando de averiguar qué parentesco tiene contigo.

—Normalmente sólo es una responsabilidad —replicó Blake sardónico—. Pero ahora espero que se convierta en mi escudo y mi mano derecha.

—Eso quiere decir que al principio te gritará —declaró Janet y miró sonriendo a Nicola—. ¿No te lo dijo? Si te va a pagar, será mejor que le pidas mucho dinero, porque te ganarás cada centavo.

—Jamás le grito —mintió Blake afable—. Mary me mataría.

Guió a Nicola hacia la recepción, recogió la llave después de registrarla y luego subieron por la escalera. Nicola estaba aturdida, Blake hablaba de ella como si fuera un objeto que había recogido en el camino. También pensó en su actitud con Janet Browning y la comparó con su actitud apenas cortés con los demás. Su tía Mary creía que tal vez se casaría con Janet y eso la hizo comprender que ella no pertenecía a ese mundo. Empezaba a acostumbrarse a estar cerca de él y ahora se sentía fuera del mundo de Blake y terriblemente sola.

—Aquí es —anunció Blake y luego abrió una puerta y le entregó la llave—. Es muy sencillo, pero es lo único que tenemos.

A Nicola no le pareció sencillo, sino muy agradable. No se podía comparar con su palaciego dormitorio en la casa de Blake, pero era acogedora y limpia. Se sentó en la cama.

—¿Qué haré todo el día? ¿Está demasiado lejos para que vaya

caminando hasta el lugar en donde tú estarás trabajando? Me gustaría ver la filmación.

—Eres una fuente de constantes sorpresas para mí —declaró Blake—. Veo que estás convencida de que este viaje sólo fue una excusa para alejarte de Mary.

Ahora, por supuesto, piensas que te abandonaré y me dedicaré a mis asuntos mientras tú te quedas sentada aquí, muerta de aburrimiento.

—Bien, sé que no me ofreciste ese trabajo en serio. Entiendo que quisieras alejarme de la casa y a decir verdad lo apruebo. Pero ahora que estamos aquí, me gustaría verte trabajar.

—Muy pronto oirás mis gritos —rezongó Blake—. Hace unos minutos me oíste decirle a Janet por qué estás aquí. ¿Crees que lo hice para que ella no desconfiara cuando me viera subir la escalera contigo? Estarás en el lugar de la filmación con el resto de los esclavos y dispuesta a trabajar mañana a primera hora de la mañana.

—¿Pero cómo llegaré allí? —quiso saber Nicola más excitada de lo que quería parecer; de pronto todo le parecía muy emocionante —. Tú no te alojas aquí.

—Hay un autobús —le informó Blake exasperado—. Pasa siempre a la misma hora y no espera a nadie. El desayuno se sirve alrededor de las cinco y media y los autobuses salen a las seis. Hay una lista y, antes de irme esta noche, tú estarás en ella.

—¿Quieres decir que… en realidad me necesitas? —le preguntó Nicola y él le sujetó la barbilla con una mano y le alzó la cara.

—En realidad te necesito —convino él y la miró divertido—. Pero si tu inteligencia no está a la altura de lo que me dijo Gregory, acabarás preparando el café.

—Eso no me importaría —le aseguró Nicola sin aliento—. Mientras pueda estar allí y… verlo todo.

—Lo que tratas de decir es que quieres ver si soy tan detestable como aseguran todos —murmuró Blake—. Pues lo soy, no te decepcionaré —la soltó y se dirigió a la puerta y ella sintió deseos de retenerlo.

—¿Te veré luego? Quiero decir, ¿estarás aquí más tarde?

—Pienso pasar el resto del día contigo —declaró él y la miró irónico—. Ponte un pantalón, vendré a buscarte dentro de veinte

minutos.

Nicola no pudo evitar una sonrisa de placer y él la miró con fijeza un segundo antes de irse.

—Tienes unos ojos peligrosamente expresivos —murmuró y sonrió al ver que Nicola se sonrojaba.

Fueron a dar un paseo hasta el lugar de la filmación que se encontraba a una hora de distancia, muy cerca del mar, en un pueblo viejo abandonado desde hacía muchos años.

—Es perfecto para esta parte de la película —le comentó Blake cuando bajaron del automóvil. Había una iglesia muy antigua, de estilo español, pero sólo se conservaba el exterior y Nicola creyó reconocer los escalones de los que había hablado Janet—. Antes era un pueblo minero muy próspero —continuó Blake—, pero eso fue hace años, en el siglo pasado.

—¿Es una película de época? —quiso saber Nicola y él le dirigió una mirada entre divertida y exasperada.

—¿Crees que yo haría algo así? —le preguntó burlón—. Veo que no has visto ninguna de mis películas.

—¡Sí las he visto! —le aseguró Nicola, que se sintió como una tonta bajo la mirada de él—. No me he perdido ninguna, pero pensé que tal vez querías algo diferente.

—Aquí es donde se oculta un perverso criminal —le informó él mientras recorrían las viejas construcciones—. Las escenas de interiores ya están filmadas. Esta es la última parte y terminaremos en un par de semanas.

—¿Vas retrasado con la filmación? —le preguntó Nicola, pues de pronto se sintió culpable al pensar en el tiempo que él le había dedicado.

—No mucho, a pesar de que han surgido varias crisis, pero cumpliremos los plazos previstos, suponiendo que todo vaya bien a partir de ahora.

—No has tenido tiempo de ahondar en mis problemas —murmuró ella casi para sí misma—. Debe ser molesto cuando tienes tanto trabajo. Y además —continuó sin pensarlo—, eres tan importante que…

—Oh, sí, soy muy importante —la interrumpió Blake sardónico—. Aterrorizo a la gente.

—Pero no a Janet Browning —estalló Nicola—. Es fácil ver que

significa mucho para ti.

—Es una excelente actriz —rezongó Blake mirando hacia el mar —. A pesar de lo que todos creen, no soy tan malo con los actores, pero sí me molesta la estupidez.

Nicola supuso que se refería a ella, pero no dijo nada. Sólo había mencionado a Janet porque quería saber si las especulaciones de su tía Mary eran ciertas.

Cerca de la arena vio una hilera de remolques y la idea que ella tenía acerca de su tamaño y su lujo se confirmó cuando Blake abrió la puerta de uno. Alzó una mano para saludar a un hombre de edad avanzada que salió de otro remolque y se alejó.

—Es nuestro guardia de seguridad —murmuró Blake cuando Nicola lo miró sorprendida—. Y éste es mi refugio —añadió—. Aquí es donde como, duermo y me enfurezco en silencio.

El interior era lujoso y Nicola comprendió que ese lugar estaba fuera de los límites para todos, incluyéndola a ella. También sabía que al final del día, cuando terminara la filmación, la llevarían al hotel con los demás. ¿También Janet se alojaría en una caravana? De pronto se sintió miserable y comprendió la razón. Quería estar al lado de Blake, no quería pensar en que él estaría allí a solas con Janet.

—¿Quieres café? —le preguntó Blake, pero ella movió la cabeza e incluso logró sonreír.

—No gracias, no quiero molestar. Quiero decir, este lugar es privado, ¿no es cierto?

—Lo es por el momento —convino él—. Pero ahora estamos solos aquí. Mañana será una oficina hasta que todos se vayan.

—¿Cómo recibiremos los mensajes? —le preguntó Nicola—. Quiero decir, si el doctor Gregory averigua algo.

—Llamará al hotel. Ya he dicho en la recepción que cuando yo no esté allí te pasen a ti las llamadas.

—¿No pensarán que eso es extraño?

—Hilarante —murmuró él sarcástico—. Ya te miran con especulación, ¿no te has dado cuenta?

—Saben que soy la sobrina de Mary —murmuró ella sin mirarlo.

—¿Y se supone que eso me detendrá? Tengo cierta reputación.

—Janet les dirá que están equivocados —replicó Nicola, respirando agitada. ¿Por qué le hacía eso, por qué le bloqueaba la

salida?

—Un buen motivo para que sigan especulando —murmuró él sombrío—. A la gente del cine le encantan los escándalos. En cuanto a Janet, todos saben que siempre está de mi lado.

—¿Por qué? —murmuró Nicola.

—¿Por qué crees? —murmuró él irónico y ella se ruborizó.

—No me lo preguntes —replicó con voz temblorosa—. No conozco el mundo del cine y no sé si es común tener una o dos amantes.

—Es muy común —la miraba especulativo y ella se percató de que estaban solos, pues el guardia se había alejado.

—¿No será mejor que nos vayamos? —le preguntó apresurada y trató de pasar a su lado y salir de allí, pero no lo logró. Él la sujetó de los brazos y la miró con una sonrisa burlona.

—Estás asustada —murmuró y en vano ella trató de soltarse.

—¡Por supuesto que no! ¿Quieres dejar de divertirte a costa mía?

—No me estoy divirtiendo, querida —le aseguró él con suavidad —. Estoy fascinado. Me encantan esos grandes ojos verdes. Eres como el gatito extraviado que encontré. ¿Ahora es cuando vas a arañarme?

Capítulo 8

ANTES de que pudiera moverse, él inclinó la cabeza y sus labios se deslizaron sobre su rostro, despacio y con suavidad, dándole tiempo para luchar. Luego deslizó las manos a lo largo de su espalda y, cuando sus dedos rozaron su nuca, Nicola ya no deseó luchar. Su cuerpo su suavizó y Blake la acercó más, su boca encontró la de ella y se endureció con un triunfo muy masculino cuando ella no evitó el beso. Esta vez fue más intenso, deslizó la lengua sobre sus labios en una silenciosa orden de que los entreabriera y, cuando ella lo hizo, se adentró en la cálida profundidad. La acarició como nunca antes y ella empezó a temblar, fundiéndose contra el cuerpo de él.

Una mano de Blake descendió hasta sus caderas, estrechándola sensual contra su cuerpo, mientras enredaba la otra en su cabello. La invadió un calor como el del fuego en sus sueños y cedió sumisa. Apenas se percató de que él había cerrado la puerta. Le echó los brazos al cuello y la mano de él se deslizó desde su nuca para oprimirla contra sus caderas. Su excitación era obvia y Nicola se movió con inocente sumisión. Ahora él ya no necesitaba sujetarla y sus manos cubrieron sus senos, buscando los pezones erectos, hasta que esa intimidad la hizo jadear.

—¿Por qué me haces esto? —murmuró temblorosa cuando al fin él alzó la cabeza reacio, respirando tan agitado como ella.

—¿No quieres más bien preguntar por qué te he soltado? —volvió a estrecharla en sus brazos, pero ahora Nicola podía ver su rostro y supo que debía luchar con sus sentimientos. Él sólo jugaba con sus emociones, aunque sabía muy bien lo que ella sentía.

—Ya sé por qué —respondió trémula—. Ha sido sólo otra demostración de tu experiencia, no significo nada para ti —lo miró

a la cara y vio un destello de cólera en sus ojos.

—Esta noche estarás sola y tal vez necesites un poco de medicina.

—¡No! —gritó Nicola con amargura y se soltó para abrir la puerta y salir de allí. Pero él la alcanzó y la hizo girar.

—¿Por qué? —le preguntó áspero, volviendo a la pregunta de ella—. ¿Quieres saberlo? Porque tú me lo pides cada vez que estoy cerca. ¿Acaso no sabes cómo soy? Lo sabías incluso antes de conocerme, pero si me miras con esos ojos de gato, acabaré por tomar lo que quiera.

—¡Tú no quieres nada! —estalló Nicola con amargura—. Es sólo una actuación, igual que cuando enseñas a besar a tus actrices.

—¿Estás segura? —ella se sonrojó al recordar su excitación. Blake la soltó y ella se dirigió al coche—. No me siento inclinado a enseñarte nada —añadió furioso—, aunque creo que necesitas unas lecciones.

—¿Para que adquiera experiencia? —estalló Nicola, temblando avergonzada.

—¡No, para que te protejas de alguien como yo! —la corrigió Blake con tono ácido—. En el hotel hay varios hombres que estarían dispuestos a ayudarte a tener experiencia. Mantente alejada de ellos.

—¡Tal vez no quiera hacerlo! —lo desafió Nicola e irguió la cabeza.

—¡Entonces tal vez yo tenga que romper algunos cuellos! —la amenazó Blake y abrió la puerta del automóvil—. ¡Ten cuidado, te estaré observando y si no me agrada lo que veo, estallará un infierno!

Cuando llegaron al hotel, el temperamento de Blake no había mejorado, aunque había recobrado el control de su voz, que ahora no era colérica, sino helada.

—Te veré a la hora de la cena —le dijo brusco cuando entraron en el vestíbulo—. Sabrás a qué hora la sirven; puesto que sólo está nuestro grupo, hacen sonar un maldito gong.

Se alejó y Nicola recogió su llave, logrando controlar su expresión hasta que llegó a su habitación. Una vez dentro se sentó, pues estaba temblando. Estaba asustada, como había dicho Blake, porque ahora sabía que no tenía ninguna defensa contra él. Sentía

un intenso reconocimiento sexual, algo que nunca antes había experimentado y quería que él la abrazara y la besara. Quería recorrerlo con la mirada, como a menudo lo hacía él con ella. Quería decirles a todos que estaba con él, que no sólo era la sobrina de Mary. ¡Eso era una locura!

Cuando sonó el gong y Nicola bajó a cenar después de ponerse uno de sus vestidos de seda, encontró a Blake sentado en el bar, con la cabeza muy cerca de la de Janet. Reía y su malhumor había desaparecido y al verlo Nicola sintió algo extraño. Lo reconoció sin la menor duda. Eran celos y cuando Janet la vio y le indicó que se acercara, lo hizo reacia, rehuyendo la mirada de Blake, mientras pensaba que con Janet era mucho más amable que con ella. Pero era natural, puesto que iban a casarse.

La cena fue una prueba severa, porque estaba sentada frente a Blake y por mucho que quisiera evitarlo, su mirada se veía atraída hacia él. Veía los movimientos de esas manos fuertes, el cabello oscuro y las largas pestañas que proyectaban una sombra sobre sus pómulos. Era muy masculino y su expresión sólo se suavizaba cuando sonreía. Lo hacía a menudo, pero sus sonrisas siempre iban dirigidas a Janet y Nicola estudió sus labios, recordando cómo se sentían sobre los suyos, hasta que sintió que estaba a punto de desvanecerse.

—¿Te sientes bien, Nicola? —la voz de Janet la hizo alzar la cabeza y se sonrojó culpable al ver que Blake también la observaba.

—Nicola ha estado muy enferma —declaró tenso antes de que ella pudiera responder—. No la haré trabajar como una esclava.

—Dejarás eso para nosotros —comentó riendo uno de los hombres y Blake le dirigió una mirada asesina.

—Es probable —replicó cáustico—, Pero en mis momentos libres, vigilaré a Nicola. Si algo le sucede, Mary me culpará y por supuesto —añadió con un dejo de amenaza—, yo culparé a todos los demás.

—¿No lo haces siempre, querido? —rió Janet y Nicola supuso que era demasiado amable para prestar atención a las insinuaciones, o que estaba acostumbrada a eso.

Pero Nicola no estaba acostumbrada y tan pronto como terminó la cena se alejó, tratando de pasar desapercibida. Naturalmente, no lo logró.

—Por la mañana ponte algo de abrigo —le advirtió Blake y cuando ella se dio la vuelta, lo vio al pie de la escalera—. Hace frío antes de que salga el sol.

—Lo recordaré, gracias —replicó con frialdad y él sonrió escéptico.

—¿Gracias? —repitió irónico—. ¿Por qué, por atemorizarte? Soy un experto en eso. Esperemos que tus nervios resistan, porque ahora estás conmigo y no hay nadie que pueda ayudarte… nadie a quien yo se lo permita.

Se alejó sin mirar hacia atrás y Nicola vio que no salía del hotel. Regresó al lado de Janet y, desolada, subió a su habitación, cerró la puerta y se dispuso a irse a la cama. La situación sería dolorosa y no sabía si podría enfrentarse a ella.

Aún no había amanecido cuando todos se reunieron a desayunar al día siguiente y Nicola vio desalentada que Janet no estaba allí. No necesitaba ser muy inteligente para saber que había pasado la noche con Blake, pero eso no era una sorpresa. Él casi había aceptado que había algo entre ellos.

Cuando llegó el autobús, lo abordó, pero se sentía sola y desamparada. La noche anterior no había tenido pesadillas, pero eso no era de sorprender, pues sólo pensaba en Blake y no en el pasado, en sus dudas acerca de las acciones de su padre. ¿Sabrían algo ese día? No, era demasiado pronto.

Al principio Blake la ignoró. Hacía frío y había una densa niebla. Sólo los murmullos de los miembros del equipo interrumpían el silencio. La iglesia tenía un aspecto fantasmagórico y el ambiente era más apropiado para una historia del pasado que para una película moderna de crímenes. Nicola se estremeció, a pesar de que había seguido el consejo de Blake e iba bien abrigada, pero el ambiente tétrico se disipó cuando todos desaparecieron en el interior de los remolques para prepararse y los cámaras empezaron a instalar su equipo. Todo apareció como por arte de magia y Nicola se quedó mirando impotente, sin saber qué hacer.

—¿En dónde está Janet? —cuando se oyó la voz brusca de Blake, todos se volvieron a mirarlo.

—Pensé que estaba con usted —respondió preocupado el chofer del autobús al ver la expresión tormentosa de Blake.

—¿Cómo pudiste pensar eso? —preguntó Blake sarcástico—.

¿Creíste que había venido andando? —pero guardó silencio cuando un coche apareció y unos segundos después Janet bajó de él y se acercó.

—No digas nada —le suplicó sonriendo irónica—. Me quedé dormida, pero por suerte tenía el coche.

—Por suerte para ti —rezongó Blake. Alzó la vista y por primera vez vio a Nicola y descubrió en su rostro su expresión de alivio al ver que Janet no había pasado la noche con él. Apretó los labios y por un segundo la miró furioso. Luego se dio la vuelta y la ignoró.

—La marea está subiendo —informó alguien y Blake se volvió a mirar hacia el mar.

—Bien —asintió—. ¿De cuánto disponemos, de veinte minutos?

—Más o menos, como mucho treinta.

—¡A vuestros puestos! —gritó Blake y todos se movilizaron. Hasta ahora, Nicola no se había percatado de lo que ocurría, pues estaba demasiado absorta en sus pensamientos, pero vio que estaban a punto de empezar a filmar y se preguntó en dónde debería estar ella. Con toda seguridad, Blake se negaría a dirigirle la palabra.

—¡Libreta! —lo oyó gritar y al instante una joven apareció con lo que él pedía. Miró desesperada de Blake a Nicola, hasta que él se la quitó de las manos exasperado y se la entregó a Nicola.

—¿Qué debo escribir? —le preguntó ella nerviosa y Blake le dirigió una mirada helada.

—Todo lo que yo te diga —se sentó y luego se percató de que Nicola no tenía en dónde sentarse—. ¡Una silla! —gritó y la misma joven llegó de inmediato con ella y la dejó al lado de Nicola.

—¿Tiene un saco con todo lo necesario? —le preguntó Nicola con una risita nerviosa.

—¡Será mejor que así sea! —estalló Blake—. Escribe cuando yo te diga y muévete cuando yo lo haga. ¡Si descubro que estoy hablando al aire, te enviaré al hotel!

Concentró su atención en la filmación y Nicola guardó silencio. Tenía frío, estaba preocupada y se sentía como una inútil. Blake hacía su trabajo y todo el equipo se movía como una máquina bien engrasada que obedecía todas sus órdenes. No permanecía inmóvil y a menudo colocaba a las personas en donde quería que estuvieran. Cada movimiento debía ser perfecto y mientras Blake se

cercioraba de que así fuera, no dejaba de mirar hacia el mar.

Nicola lo seguía. De cuando en cuando él le daba órdenes sin volver la cabeza y ella se esforzaba en prestar atención. Estaba casi sin aliento por la ansiedad mientras lo seguía como un perrito.

—¡La niebla es perfecta! —el ayudante de Blake apareció a su lado y le dio la información.

—¡Bien! —Blake regresó a su silla y esa fue la señal para todos. Él miró a su alrededor con los párpados entornados y luego asintió satisfecho—. ¿Cámara? —la palabra hizo que reinara el silencio y luego Blake le indicó a Nicola que se sentara a su lado y gritó—, ¡Acción!

Nicola se sentía excitada y se inclinó hacia adelante. Había visto los preparativos, a las maquilladoras dando los últimos toques y ahora estaba a punto de presenciar la filmación. No entendía nada de lo que Blake le había pedido que escribiera, pero eso no importaba. Estaban filmando y ella era parte de todo.

—Espero que me permitas ver —comentó Blake cáustico y ella se echó hacia atrás al ver que le ocultaba parcialmente la vista.

—Lo siento —murmuró y él rió áspero.

—Eso me dices siempre —murmuró con frialdad, con la mirada fija en la acción y luego se olvidó de la presencia de ella.

Las obligaciones de Nicola se convirtieron en un ritual y todos los días estaba muy cerca de Blake. Sólo cuando terminaba la filmación al final del día se quedaba sola. Regresaba al hotel, pero Blake se quedaba, pues el remolque era su hogar.

Fue así como llegó a conocer a los demás. Puesto que se reunía a cenar con todos y convivía con ellos todo el día, le era imposible mantenerse apartada, a pesar de las amenazas de Blake. El primer actor era un hombre reservado que sólo la saludaba con cortesía cuando se encontraban, pero era la excepción; varios de los actores jóvenes se interesaban en ella, uno en particular.

—Ten cuidado con Martin Colé —le advirtió Janet una noche, cuando Nicola había sido el centro de la atención—. Los demás son inofensivos, pero él no.

—Sólo es amable —le aseguró Nicola—. Además, sé cuidarme.

—Por lo que he visto, Blake no piensa lo mismo —murmuró Janet, estudiando el rostro sonrojado de Nicola—. Si sabe que Martin se interesa por ti, habrá problemas.

—¿Te ha pedido que me vigiles? —le preguntó Nicola impaciente—. No soy una idiota.

—No me lo ha pedido, he decidido hacerlo por mi cuenta.

—¿Por qué? —Nicola se volvió a mirarla y le hizo la pregunta con cierto temor, preguntándose si diría que, como la futura esposa de Blake, era su deber, pero ella no dijo nada de eso.

—¿Quién sabe, querida? ¿Porque eres inglesa? ¿Porque estuviste enferma? Tal vez lo hago porque, si te metes en problemas, Blake hará pedazos a Martin, destruirá el hotel y arruinará la película. Creo que es instinto de conservación.

—Blake no haría eso —le aseguró con una sonrisa trémula—. Sólo se desquitaría conmigo.

—Lo dudo —Janet la miró escéptica y luego rió—. Tal vez dejara intacta la película, pero en cuanto al resto, acabaría con todo, te lo garantizo, así que ten cuidado con Martin.

Después de eso, Nicola se sintió nerviosa y pasó el resto de la velada al lado de Janet, que le caía muy bien. Debido a esa nueva intimidad, un día, durante una pausa en la filmación, le confió sus pensamientos.

—Dorette Ingham es muy bella —le comentó. La actriz en cuestión era una joven muy hermosa, de cabello rubio, que asediaba a Blake.

—Oh, sí —murmuró Janet irónica—. Y quiere asegurarse de que Blake lo sepa. ¿No te has dado cuenta?

—A él… no parece importarle —musitó Nicola, avergonzada de sus ruines pensamientos. Dorette siempre estaba al lado de Blake y era obvio que él disfrutaba de sus adulaciones. Jamás le gritaba como lo hacía con los demás.

—¡Oh, Nicola! —rió Janet—. No sabes mucho del mundo del cine y menos aún de la forma en que trabaja Blake. A Dorette le faltan dos escenas para terminar la filmación. Fíjate en Blake entonces. Ahora le da alas y creo que ella espera atraparlo. En realidad es algo lamentable y estúpido, es una buena actriz y no necesita adoptar esa actitud de vampiresa. La caída será peor cuando Blake la mire como si nunca antes la hubiera visto, y eso hará. Lo he visto muchas veces. Para Blake, lo único que importa es la película.

—Tú estás muy unida a él —comentó Nicola y se arrepintió tan

pronto como pronunció las palabras.

—Hace mucho tiempo que lo conozco —le aseguró Janet—. Eso me concede ciertos privilegios.

—¿Por qué no descansas un poco, Janet? —le sugirió Blake tenso cuando apareció a su lado—. Tu escena se filmará después de la comida, si la luz sigue así —añadió mirando hacia el cielo.

—Es una buena idea —decidió Janet—. Me sentará bien un descanso.

—Tú puedes hacer lo mismo —le dijo Blake a Nicola y la miró con frialdad. Desde ese día en el remolque casi no le había hablado y a veces ella se sentía a punto de llorar—. No te necesitaré hasta más tarde —terminó cuando ella lo miró desolada—. Debo pasar algún tiempo con Dorette.

Nicola asintió y se alejó. Un momento después se acercó Dorette, sonriente y encantadora y se colgó del brazo de Blake. No importaba lo que pensara Janet, a Blake parecía agradarle la actriz, decidió Nicola y se dirigió hacia la iglesia sin pensar a donde iba.

Todos parecían ocupados en sus asuntos y nadie le prestó atención. Por lo visto esa pequeña pausa era en beneficio de Dorette. Tampoco le había pasado desapercibida la forma en que Blake la alejó de Janet y eso aumentó su malhumor.

La iglesia era fascinante y Nicola subió los escalones, se deslizó por la puerta entreabierta y empezó a recorrer el interior. Estaba casi en ruinas, en una parte el techo se había caído y Nicola se detuvo a contemplar el cielo.

—¡Nicky!

El sonido de la voz de Blake la sobresaltó, sobre todo porque la había llamado Nicky. Nadie lo había hecho nunca y volvió la cabeza sorprendida por su tono violento cuando hacía apenas unos minutos le había dicho que podía hacer lo que quisiera.

—¡No te muevas! —parecía paralizado y Nicola sintió temor, sobre todo al ver que todos estaban inmóviles, mirándola—. ¡No te muevas! —volvió a gritar Blake y Nicola lo vio correr hacia ella. Entonces bajó la vista y comprendió por qué le había gritado Blake y por qué le había pedido que no se moviera.

Había retrocedido para contemplar la iglesia y estaba a punto de caer, no desde la altura de los escalones, sino desde más alto. La iglesia estaba construida en lo alto de una colina y la mayor parte

de la ladera estaba erosionada por el viento y la marea. Un paso más y habría caído y era una caída a la que nadie habría sobrevivido.

Nicola empezó a temblar, demasiado asustada para moverse. Sólo tenía que dar un paso hacia adelante, pero sus piernas se negaban a moverse y siguió allí aterrorizada y temblorosa mientras Blake cruzaba corriendo la iglesia y tiraba de ella, llevándola a la seguridad. No dijo nada y ella no podía hablar. Blake la alzó en brazos, salió de la iglesia y bajó los escalones, estrechándola contra su pecho e ignorando a todos los que se acercaban a tranquilizarla.

—¿Blake? —era Janet, pero él también la ignoró.

—Yo… puedo caminar —balbuceó Nicola, pero Blake no se detuvo. Sus brazos parecían de acero y se dirigió hacia el remolque, abrió la puerta y entró con ella aún en sus brazos. Luego la depositó en el suelo y cerró la puerta casi en la cara de Dorette Ingham. Se quedó inmóvil y tenso, pero en sus ojos había una expresión de cólera.

—Blake… —empezó con voz temblorosa—. Yo… —pero no pudo seguir, porque él estalló furioso. La sujetó de los hombros y la estrechó bruscamente contra su pecho, mirándola colérico.

—¡Eres una estúpida y una incompetente! —gritó y luego la soltó y salió del remolque, cerrando la puerta furioso.

Nicola estaba temblando. Se dejó caer en el sillón más cercano y se cubrió la cara con las manos, tratando de controlarse y de comprender la cólera de Blake y su propia estupidez. Nunca se había comportado como una tonta; era cuidadosa, metódica y competente. Pero ahora comprendía por qué Blake pensaba que no era nada de eso. Estaba tan obsesionada con él, que no podía controlar su propia mente.

Tenía que verlo. Sé contempló en el espejo y luego salió. Todo había vuelto a la normalidad. Él estaba de nuevo al lado de Dorette, repasando la escena con ella y los demás la miraron con simpatía. Sabían la opinión que tenía Blake de ella, pues todos habían podido oír sus gritos, pensó apesadumbrada.

—No te lo tomes así, Nicola —Martin Colé se acercó a ella y sonrió—. A todos nos ha sucedido lo mismo, aunque normalmente al principio no tratamos de suicidarnos. Lo hacemos después, cuando Blake nos dice lo que piensa de nosotros.

—Me lo merecía —murmuró Nicola, pero vio que Blake se acercaba y no quiso seguir hablando.

—No es lo que te mereces —declaró Martin con tono seductor—. Yo puedo pensar en cosas mejores.

—Ve a ensayar tu escena con Dorette —le ordenó brusco Blake. Se quedó mirando a Nicola mientras Martin se alejaba y luego se relajó—. ¿Qué diablos hacías allí? —le preguntó más amable de lo que ella esperaba.

—Estaba paseando. Tú no me necesitabas y no sabía qué hacer, así que…

—¿Así que decidiste suicidarte? —indagó él con tono seco—. Pensé que te prepararías un café y descansarías. Incluso pensé que tal vez me prepararías uno.

—Pero yo no sabía eso y, además, no podía. No hay ninguna parte…

—Veo que has olvidado el remolque —murmuró Blake—. Lo que es mío es tuyo, ¿no lo sabías?

Nicola lo miró confundida e impotente y de pronto él le enmarcó la cara entre sus manos.

—¿Quieres preparar dos cafés ahora? —le preguntó en voz baja —. Después del susto, creo que el mío me gustaría con una buena dosis de brandy.

—¿Por qué me llamaste así? —le preguntó ella y vio que en los ojos que por lo común la miraban irritados ahora había un destello de risa.

—¿Nicky? —indagó—. Son dos sílabas, es más fácil cuando quieres gritar —la miró sonriente y luego la hizo volverse hacia el remolque—. ¿El café? —murmuró.

Mientras lo preparaba, Nicola se preguntó por qué había salido tan bien librada. Hasta donde podía ver, él había estado furioso con ella toda la semana y no había hecho lo que hizo ese día. Suspiró y salió llevando dos tazas de café, pero ya estaban filmando y Blake estaba concentrado en la escena. Estaba sentado y alguien había movido la silla de ella. No era probable que Blake le gritara, así que le entregó el café y se sentó en el suelo a sus pies. Todo seguía siendo fascinante para ella y, mientras bebía su café, contempló admirada la actuación de Janet. Incluso rodeada de cámaras y bajo las miradas de todos, hacía que la escena pareciera real.

—¡Corte! —gritó Blake—. No me gusta cuando bajas los escalones. Inténtalo de nuevo, Janet.

Todos esperaron mientras se ensayaba esa parte, pero Blake no estaba satisfecho. Nicola pensó que Janet había subido y bajado esos escalones por lo menos cien veces.

—Blake —murmuró, armándose de valor—. Janet aún no tiene bien la pierna.

—¡Maldición, lo había olvidado! —se puso de pie y gritó—. Bien, continuemos con la siguiente parte. Mañana filmaremos la escena de los escalones —Janet se relajó visiblemente. Hubo mucho movimiento, luego reinó el silencio y Blake gritó—, ¡acción! —antes de volver a sentarse.

Nicola se estaba felicitando por haberle indicado que estaba haciendo algo mal, cuando de pronto sintió la mano de él en su cabeza, alborotándole el cabello.

—Gracias, querida —murmuró.

No dijo nada más, pero por unos segundos su mano siguió en el cabello de ella, acariciándolo distraído y Nicola se alegró de que no pudiera verle la cara; estaba radiante de felicidad. Lo que hacía Blake significaba mucho para ella y jamás se imaginó que sería tan cariñoso. Se quedó inmóvil, observando el resto de la filmación y se dijo que bajo ninguna circunstancia podía apoyar la espalda en la pierna de Blake, aunque lo deseaba mucho.

—Lamento lo de los escalones, Janet —le dijo Blake cuando terminó la escena y la joven se acercó—. Me olvidé por completo, pero Nicola me lo recordó.

—Una amiga en el campo enemigo —replicó Janet y le dirigió una sonrisa a Nicola—. La pierna empezaba a dolerme y estaba a punto de gritar.

—Sé lo que quieres decir —murmuró Blake cuando Dorette se acercó a ellos—. A menudo yo siento lo mismo.

Janet le dirigió a Nicola una mirada divertida y luego se alejó, mientras Blake se inclinaba y ayudaba a la joven a ponerse de pie.

—Siempre quise tener una esclava sentada obediente a mis pies —le dijo en voz baja—. Pero nunca había tenido una, hasta ahora —tenía las manos apoyadas en los hombros de ella y cuando Nicola lo miró ruborizada, sonrió irónico y murmuró—. Cierra los ojos, querida, lo estás haciendo de nuevo.

Nicola también se alejó. Tal vez Blake sólo le seguía el juego a Dorette, pero no quería quedarse a observar. Cualesquiera que fueran los pensamientos de Blake, no tuvo oportunidad de hablar con ella hasta que todos estaban a punto de irse y entonces la tomó del brazo, la alejó de los demás y caminó a su lado hasta que estuvieron lo bastante lejos para que nadie los escuchara.

—¿Nadie ha llamado por teléfono? —le preguntó y Nicola negó con un movimiento de cabeza, avergonzada al ver que se había olvidado de todo en su deseo de estar al lado de Blake.

—No, te lo habría dicho.

—Por supuesto —la soltó y siguió caminando con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido—. Faltan dos días para terminar, entonces volveremos a casa y allí nos enviarán cualquier mensaje —se volvió a mirarla pensativo—. Sube al autobús —le dijo después de un segundo—. Yo aún debo hacer algunas cosas. Esta noche cenaré en el hotel y después llamaré al doctor Gregory. Si no hay noticias, le informaré que casi hemos terminado aquí.

—No tienes que intervenir en esto, Blake —murmuró Nicola y cuando alzó la vista lo vio fruncir más el ceño.

—Ya lo he hecho —le recordó antes de marcharse.

—¿Así que habéis sostenido una charla secreta? —le preguntó Martin insinuante cuando subió al autobús.

—Hablábamos de asuntos de familia —replicó Nicola, sabiendo que todos escuchaban—. Blake es… casi mi primo.

—Y es casi mi héroe, pero él no palidecería si yo estuviera al borde de un precipicio —replicó Martin y Jane intervino al ver que Nicola se sonrojaba.

—No, te empujaría y gritaría, «acción».

Todos rieron y Martin se unió al coro. Nicola miró agradecida a Janet y se sentó a su lado.

—Gracias —murmuró y Janet sonrió irónica.

—Tenía que corresponder a lo que hiciste por mí esta tarde. Debo decir que me sentí tan intrigada como los demás cuando os vi hablando tan en secreto, pero soy demasiado astuta para decir algo.

Había un tono extraño en su voz y Nicola se entristeció. Conocía el tono de los celos y eso le recordó que, con toda probabilidad, Janet y Blake eran algo más que amigos. No sabía por qué se preocupaba por Dorette, cuando había alguien tan bella e

inteligente como Janet.

Capítulo 9

LA VELADA se convirtió en una fiesta, sin que nadie supiera por qué, aunque se especulaba que Martin la había planeado. El ambiente era alegre y, cuando Blake apareció de pronto antes de la cena, todos lo miraron preocupados.

—Relajaos —les pidió irónico—. Dentro de dos días habremos terminado. Puesto que mañana actuarán principalmente Janet y Bruce, nadie se fijará en los rostros desvelados.

—De nuevo esos escalones —murmuró Janet irónica y Blake sonrió.

—Mañana no seré tan exigente, no quiero que Nicola me regañe de nuevo —su comentario hizo que todos guardaran silencio y lo miraran sorprendidos, pero Blake estaba de muy buen humor y nadie dijo nada.

Después de la cena él desapareció y Nicola esperó nerviosa, pues sabía que había ido a hablar con Inglaterra. Cuando regresó tenía el ceño fruncido, pero sólo Nicola se percató de ello.

—Aún nada —murmuró y la guió al bar—, pero es demasiado pronto. Deberíamos ir allí —parecía preocupado y Nicola se sorprendió al ver que se interesaba tanto en los problemas de ella, a pesar de su trabajo.

—Mi tía Mary no se enterará —le aseguró—. No puedes hacerte cargo de todo, Blake, estás muy ocupado, ¿y por qué lo haces? Ella nunca lo sabrá, porque tarde o temprano yo me iré.

—No hables de irte, eso me enfurece —murmuró él.

—¿No vas a bailar conmigo, Blake? —le preguntó Dorette, que de pronto apareció a su lado y, Nicola supo al momento lo que había querido decir Janet.

—No si puedo evitarlo —replicó él cortante y se alejó con

Nicola. Dorette lo miró desconcertada y desde el otro extremo del bar, Janet miró a Nicola, alzó su copa y sonrió burlona. La parte de Dorette en la película había terminado y a Blake se le había acabado la paciencia.

—Cuando regresemos —murmuró como si nada hubiera interrumpido su conversación—, tendrás que recibir las llamadas. Yo hablaré con Mary para que no desconfíe.

—¿Tú no estarás allí? —Nicola se volvió a mirarlo, pero él miraba a Janet y sonreía.

—Sólo un día, tengo mucho que hacer —replicó sin mirarla. Janet se acercó a ellos como si él la hubiera llamado y Nicola supo que se había olvidado de ella. Ahora sabía qué era lo que él tenía que hacer. La filmación había terminado y Janet y él se irían juntos.

—¿Quieres bailar? —le preguntó Janet y Blake sonrió.

—¿Qué me dices de tu pierna?

—Tú me sostendrás, como de costumbre —lo miró a los ojos y luego los dos se alejaron sin mirar hacia atrás, dejando sola a Nicola, que se sintió como una intrusa. Eso no duró mucho, porque Martin Colé se acercó, ansioso por ocupar el lugar de Blake. Nicola se sentía tan humillada, que se olvidó de su cautela y lo alentó, desesperada por que Blake no viera su dolor, sofocando la voz que le decía lo mucho que había llegado a significar para ella.

Después de eso evitó a Blake cuando él la buscó, sin duda por un sentido del deber; pero Nicola no quería dejarle ver sus sentimientos y se alejó cuando él estaba a punto de hablarle, riendo feliz con Martin y dando la impresión de que estaba disfrutando en grande.

No pasó mucho tiempo antes de que Blake empezara a encolerizarse. Janet siempre estaba a su lado y Nicola no soportaba verlos juntos. Hacía calor y cuando Martin le llevó una copa la aceptó agradecida, sin pensar en el alcohol. Después de un rato y de varias copas más, se sentía mareada, pero ya no le dolía ver a Blake. Era como si estuviera anestesiada y por eso no pudo ver la mirada de satisfacción de Martin. Pero sí vio la expresión de Blake cuando bailaba con Martin y se acercó a interrumpirlos. Se alejó bailando con ella, que sólo rió.

—¡Vamos, Blake! ¿Has perdido a Janet? —no podía contener la risa y Blake la guió hacia la puerta, sujetándola de la cintura.

Salieron antes de que ella pudiera pronunciar una palabra, pero luego se quejó—. ¡Me estás lastimando!

—¡No tanto como quisiera! —estalló él furioso—. Si vas a desmayarte, será mejor que lo hagas en privado.

—No voy a desmayarme —le aseguró ella digna, pero volvió a reír—. Estaba disfrutando de la fiesta y Martin cuidará de mí.

—¡No si aprecia su atractivo rostro! —exclamó Blake y la obligó a subir a su coche—. ¡Te aseguro que en este momento está temblando! —el coche se alejó a una velocidad alarmante y Nicola se sujetó asustada.

—¿A dónde me llevas? —le preguntó bruscamente—. ¡Llévame de regreso ahora mismo!

—Cuando estés sobria —rezongó él—. Hasta entonces, te quedarás conmigo. Si Colé quiere una noche excitante, puede pasarla con Dorette.

—Él nunca pensó… —empezó a decir Nicola ofendida.

—Por supuesto que sí —estalló Blake furioso—. Él lo planeó todo. ¡Sólo necesitaba una idiota… y tú estabas allí!

Nicola no respondió porque todo le daba vueltas y cuando Blake frenó frente al remolque ni siquiera pudo bajar del coche. Pero Blake tiró de ella sin la menor ceremonia y la llevó casi a rastras al interior. Estaba oscuro y Nicola se quedó en donde él la había dejado, de pronto invadida de temor.

—Está muy oscuro —murmuró y Blake rió áspero.

—La habitación de Martin habría estado más oscura. Piensa en lo que te has perdido.

—¡No creerás que yo…? ¡Blake, enciende las luces! —en su voz había un dejo de pánico y cuando Blake lo hizo la miró con colérica satisfacción.

—El problema contigo es que no sabes qué es lo que debes temer y hay muchas formas de atemorizarte —rezongó él—. Después del episodio en la iglesia y de lo sucedido con Martin, empiezo a pensar que quieres probarlas todas.

Nicola se desplomó en el asiento más cercano, con la cabeza entre las manos y dejó escapar un gemido.

—Me siento muy mal. Tendrás que llevarme de regreso. Necesito irme a la cama.

—¡Pues lo harás aquí! —estalló Blake—. Si alguien piensa

visitarte por la noche, no será Martin Colé. Si quieres pelear, podrás hacerlo con la almohada, pero dormirás aquí. Yo me acostaré en el sofá.

La hizo ponerse de pie y la guió hacia un extremo del remolque, separado del resto por una división y Nicola vio un dormitorio pequeño, pero cómodo. El pensamiento de pasar la noche allí con Blake apenas cruzó por su mente. Lo único que veía era la cama y se desplomó en ella.

—¡No tan pronto! —declaró Blake y la hizo ponerse de pie—. Por la mañana estarás hecha un desastre y más si duermes con la ropa puesta.

Antes de que ella pudiera evitarlo, le bajó la cremallera del vestido, que cayó al suelo.

—¡Blake! —su alarma no lo calmó y la miró furioso, ignorando el hecho de que sólo la cubría la combinación. Salió y regresó casi de inmediato con la chaqueta de un pijama.

—¡Póntela! —le ordenó bruscamente—. Si despiertas sobria, te llevaré para que te cambies antes de que los demás se levanten.

Salió y Nicola se quitó la combinación y se puso la chaqueta del pijama. Luego se dejó caer en la cama. Por el momento estaba demasiado ebria para avergonzarse, eso vendría después. Nunca se había comportado así en toda su vida. En cuanto a Martin Colé y sus intenciones, estaba demasiado celosa como para ver el peligro. Se estremeció y se acurrucó con un gemido de dolor, pues sentía que la cabeza le estallaba. Por lo menos estaba a salvo, a pesar de la furia de Blake. Unos segundos después se quedó dormida, sin molestarse en apagar la luz.

A la mitad de la noche despertó con una sed devastadora y supo que era inútil tratar de volver a dormir. No le importaba en dónde estaba; sólo pensaba en encontrar un poco de agua y se alegró de que la luz estuviera encendida. Salió sin hacer ruido y se dirigió a la cocina, en el otro extremo. Las luces estaban apagadas en el resto del remolque, pero con la del dormitorio podía ver bastante bien. Vio a Blake, acostado en el sofá y profundamente dormido. En otro momento se habría detenido a contemplarlo. La sábana sólo lo cubría hasta la cintura y los músculos del pecho estaban relajados. Suspiró temblorosa y desvió la vista a toda prisa. Pasó a su lado, casi sin atreverse a respirar, pero de pronto él la sujetó de una

muñeca, sobresaltándola.

—¿Qué pretendes ahora? —le preguntó intrigado, con voz soñolienta.

—Tengo mucha sed —le confesó Nicola, avergonzada al ver que sólo la cubría la chaqueta del pijama, que dejaba ver sus esbeltas piernas.

—¡Ah! El demonio de la bebida —murmuró Blake. Aún la tenía sujeta y ella lo miró angustiada, tanto que de pronto él la soltó y sonrió burlón—. Hay agua helada en el frigorífico, pero no puedo ayudarte. Tú llevas la chaqueta de mi pijama y me pareció inútil ponerme el resto.

Nicola se sonrojó y se alegró de poder alejarse para servirse agua. Estaba demasiado sedienta para esperar y bebió a toda prisa. Luego, volvió a llenar el vaso y regresó a la cama.

—¿Te sientes mejor? —Blake la observaba y ella rehuyó su mirada.

—Sí, gracias —caminó apresurada, pero él volvió a sujetarla.

—¿Cómo está tu cabeza? —le preguntó irónico y ella se volvió a mirarlo, esperando algún comentario cáustico.

—Bien, sólo tenía mucha sed.

—Entonces saliste bien librada —murmuró él y la soltó—. Ahora lo único que necesitamos es una muda de ropa, para que por la mañana tengas un aspecto digno y sereno.

—¿Qué pensarán todos? —murmuró Nicola y él sonrió.

—¿Quién sabe? ¿Y a quién le importa? Buenas noches, querida —cerró los ojos, como si estuviera cansado de la conversación.

Nicola regresó a la cama, pero antes cerró la puerta. A él nunca le había importado lo que pensara la gente y por lo visto había olvidado que la noche anterior estaba furioso con ella. Luego supuso que, si estaba de buen humor, les decía «querida» a muchas mujeres. ¿También les diría otras palabras de afecto? No tuvo oportunidad de ver la reacción de Janet cuando los vio salir, pero imaginaba que no le habría agradado.

Cerró los ojos y trató de no pensar en eso. Dos días más y todo terminaría. No se había dejado engañar por las palabras de Blake en el hotel. Ella tendría que recibir todas las llamadas, porque él se iría con Janet. Por eso se comportó de esa manera tan estúpida con Martin. A pesar de la sed y de sus miserables pensamientos, concilio

el sueño casi de inmediato y aún seguía dormida cuando Blake entró a despertarla.

—¡Nicola! —la sacudió con suavidad y ella abrió los ojos, sorprendida al verlo allí, hasta que recordó—. Ya son las cinco —le informó él—. Quería despertarte antes y llevarte al hotel para que te cambiaras, pero me quedé dormido. Ahora debemos apresurarnos, pues todos llegarán dentro de poco y entonces tendrías que pasar el resto del día con tu vestido de fiesta.

—Me vestiré ahora mismo —le prometió ella—. Lamento haberte metido en este lío.

—A mí no me preocupa lo más mínimo —declaró él. Se sentó en el borde de la cama, la miró a la cara y todos los sentimientos que ella trataba de controlar surgieron de nuevo al ver esos ojos oscuros —. ¿Cómo te sientes? —le preguntó y ella sonrió apesadumbrada.

—Bien, mejor de lo que me merezco. Una cosa es ponerme en ridículo y otra haberte arrastrado a esta situación.

—No recuerdo que lo hicieras. Lo que sí recuerdo fue que estallé al ver esa escena de seducción —la observaba con fijeza y Nicola lo miró suplicante.

—Fue más estúpida que seductora —le confesó con voz ronca—. No sé por qué lo hice.

—Olvídalo —le pidió Blake y la miró a los ojos—. Yo sé por qué lo hiciste y por eso no voy a reprochártelo…

Ella lo miró cautelosa, esperando que no supiera por qué había aceptado las atenciones de Martin, pero él la estudiaba con fijeza y no podía huir de su escrutinio. Luego vio que su sonrisa se desvanecía, reemplazada por una expresión tensa.

—Cabello dorado y ojos verdes —murmuró casi para sí mismo. Luego alzó una mano y le acarició un mechón—. Estás bien incluso por la mañana, después de una noche terrible.

Nicola siguió mirándolo, recorriendo su rostro con una expresión de anhelo, sin darse cuenta de ello. Luego fijó la vista en los anchos hombros y el pecho fuerte, cubierto de vello oscuro, que invitaba a acariciarlo. Aspiró hondo y cuando volvió a mirarlo a la cara, él deslizó una mano alrededor de su nuca, con una presión casi dolorosa.

—¡Oh, Dios, no me mires así! —murmuró.

Pero ella no podía evitarlo, sólo se sonrojó y lo miró impotente.

—¡Nicola, no! —le pidió con voz ronca—. No te traje aquí para eso. Lo hice para protegerte.

—Sí… me proteges —murmuró ella y se humedeció los labios. El siguió el movimiento con la mirada y se estremeció.

—No puedo… no ahora —reacio, apartó la mirada de los labios de ella—. En este momento ni siquiera estoy seguro de cuál de los dos necesita protección.

Inclinó la cabeza hacia ella, pero Nicola no cerró los ojos. Quería verlo hasta el último segundo, sentir el momento en que la besaría. Los ojos de él tampoco se apartaban de ella, estaban fijos en sus labios y luego la estrechó en sus brazos. Al instante Nicola le echó los brazos al cuello, deslizando las manos sobre los hombros bronceados y sintiendo la masculina suavidad de su piel. Quería apartar la sábana, estar más cerca de él y por lo visto él le adivinó el pensamiento. Sin dejar de besarla, la hizo a un lado, se recostó a su lado y ella se oprimió contra él.

No hablaron, entre ellos sólo había un fuego que cada segundo era más intenso y el único sonido era el de su respiración. Nicola nunca había estado tan cerca de él y se movió sumisa cuando la acercó más para acariciar su rostro.

Blake la retuvo así mientras le desabrochaba la chaqueta del pijama y murmuró satisfecho cuando su mano cubrió un seno. Nicola dejó escapar un gemido y el beso de él se hizo más profundo mientras deslizaba el pulgar sobre el excitado pezón, haciéndola estremecerse. Luego lo vio alzar la cabeza y contemplar el seno aprisionado bajo su palma.

—¡Te deseo! —murmuró con voz ronca—. ¡Te deseo ahora! —sus labios se apoderaron del erecto pezón y Nicola gritó sorprendida, sintiendo que todo su cuerpo se estremecía bajo ese contacto y al instante él apartó los labios para besarla en el cuello y la mejilla.

—Oh, querida, no voy a lastimarte —murmuró—. Ven aquí —le pidió—. Déjame tocarte, Nicky.

Ella estaba más que dispuesta, pues el momento de pánico había pasado y su instantánea sumisión provocó en él un sonido de satisfacción masculina. Le quitó la chaqueta y la acarició seductor, sin dejar de mirarla.

—¿Esto es lo que esperabas, querida? —le preguntó

con voz ronca, deslizando los labios sobre sus hombros y luego sobre sus senos—. ¿Por eso me miras así?

Nicola murmuró algo desesperada y él la apartó para mirarla con una expresión sensual al ver sus mejillas sonrojadas y sus ojos brillantes. La miró a los ojos mientras acariciaba el rosado pezón y ella jadeó de placer, un placer tan intenso que no podía quedarse inmóvil. Se oprimió contra él, con la boca entreabierta sobre su piel y Blake deslizó las manos a lo largo de sus costados para quitarle la última prenda.

—¿Quieres que te haga el amor, Nicky? —le preguntó, pero ella no pudo responder.

Las manos de él provocaban un fuego en su interior y su única respuesta fue un murmullo de asentimiento, que hizo que Blake la estrechara con más fuerza. Nicola le rodeó el cuello con los brazos mientras él luchaba con su cinturón.

—¡Nicola! —gimió cuando ella empezó a ayudarlo ansiosa. Ninguno de los dos podía dejar de moverse y sus cuerpos se arquearon juntos, impacientes por estar más cerca, pero en ese momento oyeron el inconfundible ruido del autobús, que se había detenido no muy lejos. Todos habían llegado y ella estaba desnuda en los brazos de Blake. Él seguía abrazándola y se miraron a los ojos como si salieran de un sueño. Las manos de Blake la sujetaron con más fuerza e incluso entonces ella cedió sumisa, como si no tuviera voluntad. Él le enmarcó la cara entre sus manos y la miró con fijeza.

—Si no hubieran llegado… —murmuró y enredó los dedos en su cabello, con la respiración aún agitada—. Te deseo demasiado para poseerte con este apresuramiento.

Se puso de pie y se abrochó el cinturón sin dejar de mirarla y ella se sorprendió al ver que no se sentía avergonzada bajo esa mirada apasionada.

—¿Qué haré yo? —murmuró, mirándolo a los ojos.

—Me gustaría decirte que te quedaras en donde estás —murmuró él con el rostro aún tenso por el deseo—, pero el sentido común me dice que debo pedirte que te vistas.

—¿Pero qué me pongo? —le preguntó Nicola aturdida y él sonrió.

—Bien, la chaqueta de mi pijama me parece fascinante —reflexionó—, pero no creo que sea apropiada para la ocasión —de

pronto se inclinó y le acarició la cara—. Vístete y le pediré al chofer del autobús que te lleve al hotel. Volverás enseguida —añadió cuando ella lo miró consternada—. Así podrás servirme el desayuno. Cuando regreses, habrá ya mucho ajetreo. Ahora debo irme. Tómate tu tiempo.

Salió y regresó un momento después.

—¿Tendrás valor para enfrentarte a algunas miradas interrogantes? —le preguntó y Nicola lo miró, todavía aturdida y sonrojada.

—Sí, en realidad no me importa —y era cierto, lo único que le importaba era Blake. Lo amaba con una especie de desesperación que sabía que era peligrosa y que sólo le causaría dolor.

—Nunca dejas de sorprenderme —murmuró él—. Eres muy inocente y sin embargo nunca te proteges. Sólo ves lo que quieres ver.

Salió y ella se vistió y trató de mejorar su apariencia, pero nada borraría esa expresión de sus ojos, lo sabía. Era la mirada que Blake había visto y se lo había advertido. Esta vez estaba dispuesto a tomar lo que ella le ofrecía y no podía culparlo.

Logró salir mientras aún reinaba el caos acostumbrado de cada mañana e ignoró la mirada que le dirigió el chofer. Después de todo, no era asunto suyo, sólo de Blake y de ella.

—¿Va a desayunar ahora? —le preguntó cuando llegaron al hotel.

—No, regresaré en seguida. ¿No le ordenaron que me esperara? —respondió brusca—. Bajaré dentro de quince minutos —supuso que no era la primera vez que él hacía esa clase de recorrido, pero sintió como si le clavaran un cuchillo en el corazón al pensar en que lo había hecho para Blake, que había llevado a otra mujer de regreso a otro hotel. Eso la hizo apresurarse y cuando bajó estaba controlada y dispuesta a enfrentarse a las miradas de todos, menos a las de Blake.

No se acercó a él, sino que se dirigió al remolque y preparó pan tostado y café para Blake y té para ella. Se lo llevó con una expresión fría que mantenía a distancia las miradas curiosas. No estaba sonrojada y casi sonrió al ver las miradas desconcertadas de todos.

Blake desayunó en silencio y después ella retiró los platos y las

tazas y los llevó al remolque para fregarlos. Luego se dispuso a trabajar y se sentó al lado de Blake como si nada hubiera sucedido. Cuando tenía la oportunidad, se alejaba de él y se sintió aliviada al ver que esa mañana Janet estaba concentrada en su actuación. Eso atraía la atención de todos, incluso la de Blake y poco a poco se tranquilizó.

A la hora de la comida él estaba ocupado con Janet y Bruce, repasando los últimos detalles y haciéndolos ensayar hasta el último momento, con su misma actitud implacable de siempre y Nicola pensó que se había imaginado la desesperación que vio en él esa mañana. No podía creer que ese hombre duro fuera el mismo que la había acariciado con tanta pasión. Siguió fingiendo hasta media tarde, cuando Blake la llamó y le entregó la libreta y tuvo que sentarse a su lado.

—¿Qué voy a escribir? —logró preguntarle indiferente.

—Nada —replicó él—. Sólo quédate a mi lado.

Luego concentró su atención en la filmación y Nicola guardó silencio, casi temerosa de respirar, hasta que al fin él suspiró y se relajó. Deslizó una mano alrededor de su nuca, acariciándola con suavidad, hasta que ella también se relajó.

Cuando alzó la vista, Blake tenía la mirada fija en ella, no en la escena que estaban filmando.

—¿No deberías estar mirando la filmación? —murmuró.

—Después veré las pruebas —replicó él y se volvió a mirar hacia las cámaras y los actores, pero Nicola necesitó mucho tiempo para calmarse. Su recién adquirida serenidad había desaparecido y la invadió una oleada de ansiedad cuando empezaron a guardar todo. ¿Qué le diría Blake, qué esperaría de ella? De nuevo se sentía cohibida, consternada por su comportamiento de esa mañana. Trató de esquivarlo, pero al fin él la encontró.

—Ya hemos terminado. Mañana nos iremos a casa.

Y después se alejaría con Janet, Nicola lo sabía y bajó la vista, rehuyendo la mirada de él, pues no sabía qué podía decir.

—¿No te alegras? —la retó él con suavidad—. Estoy seguro de que admiras la eficiencia y la rapidez. A pesar de todos los problemas, hemos terminado a tiempo y no se ha desperdiciado un solo centavo.

—Me alegro —logró responder Nicola—. Debes de estar muy

complacido.

Blake empezó a reír y ella lo miró sorprendida.

—Mañana pasaré por ti después del desayuno —le dijo, pero en su voz había un dejo de diversión—. No te asustes, Nicola, esta noche dormirás en el hotel —ella sólo asintió y Blake se alejó cuando alguien lo llamó.

Esa noche Blake no fue al hotel y tan pronto como le fue posible, Nicola decidió que se iría a la cama. Nadie había hecho ningún comentario acerca de la noche que pasó con Blake, sólo hablaron de la película y Martin Colé se mantuvo alejado de ella. No había señales de Janet y, cuando alguien preguntó por ella, Martin aprovechó la oportunidad.

—Ya se ha ido —declaró mirando a Nicola—. Tiene otras cosas que hacer, pero no creo que vaya muy lejos.

Hubo un silencio incómodo antes de que todos empezaran a hablar a la vez y Nicola no necesitó que le explicaran nada. Janet estaba con Blake y se habría ido con él la noche anterior de no ser porque los acontecimientos obligaron a Blake a retirarse temprano con una huésped indeseada. En cuanto a lo sucedido esa mañana, Nicola sabía que ella lo había provocado.

A la mañana siguiente cuando Blake fue a buscarla, Janet no iba con él, pero eso no significaba nada. Blake simplemente había ido a recoger a su responsabilidad. La había llamado así en broma, pero ahora ella sabía que era cierto. No tenía derecho de estar allí, de ir sentada a su lado en el coche, pensó cuando salieron del hotel y se dirigieron hacia la carretera principal. El pensamiento de que él casi la había obligado a ir a California y a acompañarlo en ese viaje no cruzó por su mente. Blake casi no habló durante el viaje. Cuando se detuvieron a comer algo, estaba absorto en sus pensamientos y Nicola también guardó silencio. Pero se sorprendió y se alarmó cuando poco antes de llegar a la casa, él se detuvo a un lado de la carretera y apagó el motor del coche. Nicola no se atrevía a hablar y se dedicó a contemplar el océano.

—¿Qué harás cuando se resuelva el misterio de tu padre? —le preguntó él en voz baja, también mirando hacia el mar.

—No hay nada que yo pueda hacer —respondió Nicola—. Él murió y no importa lo que averigüen, nada cambiará eso.

—¿Y si era inocente y murió como un hombre valeroso, tratando

de salvarte?

—No dejo de decirme que así fue, que sólo se trató de un terrible error, que… —no pudo seguir y Blake guardó silencio un momento.

—¿Te irás? —le preguntó después de un rato. Seguía mirando a lo lejos y Nicola percibió su inmovilidad, como si esperara algo.

—Pase lo que pase, me iré —logró decir con voz firme y entonces él se volvió a mirarla.

—¿Te irás y dejarás a Mary? —la fría acusación la hirió, pero se enfrentó a él.

—Vivo en Inglaterra, allí tengo mi vida. Gracias a ti he conocido a mi tía y te estoy muy agradecida, pero mi sitio no está aquí.

—No quiero tu gratitud —estalló él y la miró colérico—. Y Mary tampoco la necesita, pero sí te necesita a ti.

—No trates de chantajearme —le advirtió Nicola con suavidad —. No importa lo que digas, me iré… y muy pronto —tenía qué hacerlo porque no podía quedarse allí, cerca de él. Tal vez Blake pensaba que era como él, que trataba los sentimientos con absoluta indiferencia, pero incluso el hecho de estar sentada allí, a su lado, era una tortura y de pronto sintió los ojos anegados en lágrimas y volvió la cabeza hacia otro lado.

Él siguió contemplando las olas, silencioso, hasta que al fin se volvió a mirarla.

—¡Nicola! —la estrechó en sus brazos—. No quería hacerte llorar —suspiró contra su cabello cuando al fin ella dejó de luchar —. No debí llevarte conmigo.

—No —convino ella—. No me necesitabas —él la miró con fijeza.

—¿Qué es lo que necesito, después de todo? —le preguntó bruscamente. Luego inclinó la cabeza, la besó con una fuerza salvaje y la soltó. Puso en marcha el motor antes de que ella tuviera tiempo de recuperarse y declaró—. Es una locura y tú lo sabes. No me conoces, no sabes nada de mi forma de vida. Sospecho que ni siquiera te agrado. ¡Has descubierto el deseo y te has dejado llevar por él!

Regresó a la carretera y el coche avanzó con la misma furia que parecía experimentar Blake. Pero ella estaba de acuerdo. No conocía a Blake y se sentía abrumada, pero era amor, no deseo.

Blake no sabía nada de eso, el amor era algo que nunca había sentido. Tal vez ni siquiera amaba a Janet, de lo contrario ella no habría tenido que recordarle que le dolía la pierna al subir y bajar esos escalones. Pero se conocían bien, se comprendían y los dos vivían en el mismo mundo.

—Tienes razón —respondió serena—. No me agradas mucho, a pesar de mi gratitud por lo que has hecho por mí. Además, ya me he recuperado de esa locura, ahora ya no me abruma.

La voz de Blake era controlada cuando respondió.

—Tal vez deberías regresar a casa, Nicola. Tú y yo vivimos en mundos diferentes.

Ella ya lo sabía y no necesitaba responder, no habría podido, aunque hubiera podido inventar otra mentira.

Capítulo 10

CUANDO llamaron por teléfono a Blake después de la cena, Nicola se tensó pero siguió charlando con su tía y se preguntó cómo podía hacerlo. Él tardó mucho tiempo, tanto que pensó que se había olvidado de ella y se había ido. Cuando regresó, besó a Mary en la mejilla y le dio las buenas noches.

—Debo trabajar un rato y necesito a Nicola. Te veremos por la mañana —habló con tono normal y la dama no sospechó nada, pero Nicola estaba tensa cuando lo siguió.

—Bien, todo está resuelto —le informó después de entrar en su habitación y cerrar la puerta—. ¿Qué comentan los turistas de Inglaterra? ¿Que la policía es maravillosa? —se volvió hacia ella y se relajó al ver su rostro desesperado—. Es obvio que Mary y tú conocíais muy bien a tu padre —le dijo con suavidad—. Después de todo, fue un héroe. Te salvó la vida, Nicola, no hubo nada siniestro ni ilegal.

Nicola se dirigió al sofá y se sentó, pues las piernas no la sostenían.

—¿Cómo lo sabes? —su expresión era una desdichada mezcla de sentimientos. Nada le devolvería a su padre, pero el dolor que sintió cuando pensó que él había ignorado la seguridad de su propia hija desapareció.-La policía arrestó a Benson, el socio de tu padre. Ni siquiera necesitamos recurrir a un investigador privado. Tu padre no hizo nada malo, Nicola. Todo lo que hizo fue amarte lo bastante como para dar su vida por ti.

—Yo… creo que siempre lo supe —murmuró ella—. Pero eran muchas las personas que parecían tener pruebas abrumadoras.

—Y tú estabas bajo los efectos de la conmoción y muy enferma cuando te hablaron de esas pruebas —declaró él sombrío—. No

tienes nada que reprocharte.

Blake la miraba sombrío, así que se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Gracias por… averiguarlo.

—¡Espera! —le pidió Blake—. Será mejor que te diga el resto. Tarde o temprano te enterarás y creo que te resultará menos penoso si lo sabes por mí. Benson estaba muy endeudado, pues vivía como si no hubiera un mañana. Además de los lujos que nunca se negó, mantenía dos casas, con un mujer en cada una. Cuando la situación económica afectó a la empresa, empezó a sacar dinero para aumentar su capital privado.

Nicola volvió a sentarse, sin apartar la vista de Blake, que caminaba de un lado a otro de la habitación. Se detuvo a mirarla y luego continuó.

—La noche del incendio estaba en problemas porque tu padre se había llevado los libros a casa para revisarlos… En fin, parece que Benson provocó el incendio con la esperanza de destruir los libros. Creen que luego no pudo controlarlo, que en realidad no pretendía incendiar toda la casa.

Nicola se estremeció al recordar y Blake se sentó a su lado y le estrechó las manos entre las suyas.

—Hubiera preferido que no supieras nada de esto, pero tarde o temprano te habrías enterado y he preferido ser yo quien te lo dijera.

Nicola asintió y fijó la vista en sus manos unidas. Era un consuelo saber que él se preocupaba lo suficiente como para pensar en eso, pero nada podía borrar el hecho de que su tiempo al lado de Blake casi había llegado a su fin.

—¿John Gregory te dijo todo eso? —le preguntó, mirándolo a la cara.

—Sí, pero yo no quería que tú lo supieras. Si hubiera habido una forma de ocultártelo, jamás te lo habría contado. Lo único que necesitabas saber era que tu padre te amaba y que no fue él quien provocó el incendio.

—¿Cómo pueden saberlo si el fuego destruyó los libros?

—El contable de la compañía ya los había revisado. Fue él quien acudió a la policía cuando empezó a correr el rumor de que tu padre había iniciado el fuego. No lo creía.

Nicola se puso de pie pues necesitaba salir de esa habitación y estar a solas. Blake le había dicho que no habría podido cambiar el destino. Pero tampoco podía cambiar su destino actual.

—Estoy cansada, creo que me iré a la cama —murmuró y se obligó a mirarlo a los ojos—. Gracias por todo, no era necesario que hicieras todo eso, pero me has tranquilizado, me has dado cierta paz.

—No mucha —declaró él con voz áspera—. La policía se ha puesto en movimiento y tú te habrías enterado antes de que pasara mucho tiempo. Con toda probabilidad, te he quitado más de lo que te he dado.

—Eso no es cierto —le aseguró Nicola—. Si no me hubiera enterado de todo, jamás me habría recuperado. Ahora debo regresar. Alguien tiene que hacerse cargo de la empresa y por el momento no creo que haya nadie que quiera hacerlo.

—¡Todavía no te puedes ir! —exclamó Blake—. Regresarás al lugar en donde sucedió todo y no estás preparada.

—Eso me ayudará a superarlo todo —murmuró ella y pensó que quizás así sería. Tal vez estaría demasiado ocupada cada día para pensar en Blake.

—¡Iré contigo! —declaró él con firmeza, pero Nicola lo miró y movió la cabeza.

—No, Blake, debo ir sola. Tú ya me has ayudado mucho y además…

—¿Qué? —le alzó la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos—. ¿Además qué? —insistió.

—Debo alejarme de ti. Dijiste que sería lo mejor y tenías razón. Todo ha sido tan extraño… no soy la de antes. Supongo que me sentía vulnerable y todo me deslumbró. Yo… lamento haberte dicho que no me agradas, eso no es cierto. Sólo trataba de herirte. Pero ahora ya me he recuperado de esa locura y ya no me siento abrumada.

Por unos segundos, Blake la miró furioso y le sujetó la cara con más fuerza, casi lastimándola.

—Digo muchas cosas durante el curso de un día —reconoció bruscamente—. Y también digo muchas cosas que no siento cuando me enfurezco. Pero no me las eches en cara, porque no voy a escucharte.

—Lo único que te digo es que tenías razón —murmuró Nicola—. Tú… tienes más experiencia que yo y lo sabes. Ahora ya no siento nada, lo he superado, lo he olvidado todo.

—¿Es cierto eso? —rezongó Blake—. ¡Entonces haré que lo recuerdes! —inclinó la cabeza hacia ella, que trató de apartarse y de ocultar sus sentimientos, pero él la estrechó en sus brazos y la observó cuando ella lo miró desesperada.

—No quiero que me abraces, Blake —le pidió con voz sofocada.

—¿No? —le preguntó él—. Es muy fácil hablar. De todos modos, nunca he creído lo que dices, ¿no es cierto? —antes de que ella pudiera hablar, se apoderó de su boca y Nicola supo que estaba perdida. Le echó los brazos al cuello y cedió sumisa.

—Dime que quieres quedarte a mi lado —murmuró Blake y ella sólo pudo gemir porque la magia había vuelto y su calor la envolvía —. ¡Nicola! —insistió y ella sintió que quería ser parte de Blake.

Pero entonces recordó el rostro de Janet y el dolor que había sentido al ver a Blake al lado de otra mujer. Ese pensamiento la paralizó y se quedó rígida en sus brazos.

—¿Nicky? —le enmarcó la cara entre sus manos y la obligó a mirarlo a los ojos—. Tú me deseas, no trates de negarlo.

—No lo niego —confesó ella tensa—, pero no lo suficiente como para quedarme aquí. Tengo un trabajo, otra vida, un país y voy a regresar.

Blake la soltó y ella se sintió desolada. Por un segundo quiso negar todo lo que había dicho, decirle que se quedaría con él, pero cuando lo miró a la cara guardó silencio. Blake estaba inmóvil, su expresión era helada y sus ojos eran como mármol negro, sin vida.

—Mañana me iré a la cabaña —le informó con voz fría y controlada—. Antes de irme, haré los arreglos necesarios para tu viaje.

—No hace falta… —empezó ella, pero Blake la interrumpió con su acostumbrado tono cáustico.

—Yo te traje aquí en contra de tu voluntad y es mi obligación enviarte de regreso. Haré la reserva para el vuelo y también te reservaré una habitación en un hotel en tu ciudad.

—¡Blake! —quería que él la estrechara en sus brazos, decirle que se había sentido muy desdichada al pensar en Janet, pero calló al ver la expresión helada de él.

—Cuando te vayas, llévate toda la ropa que te compré —le ordenó.

—No puedo hacer eso…

—¡Lo harás! —estalló él—. Si la dejas, le pediré a Dolores que la queme. No me agradan los recuerdos.

Nicola le dio las buenas noches y salió a toda prisa. Regresaría a su país, dejaría a Blake y jamás volvería a verlo, porque no podía ir a visitar a su tía sabiendo que él estaría allí. Era su casa y, si se casaba con Janet, vivirían allí. Subió corriendo la escalera y entró en su habitación. Una vida había quedado destruida y otra había florecido allí, al lado de Blake, pero ahora todo había terminado. No sabía si podría empezar de nuevo. Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas y las dejó correr, esperando que curaran sus heridas. Nadie podía oírla llorar, así que se desahogó.

A la mañana siguiente, Blake ya se había ido cuando Nicola bajó a desayunar y su tía estaba sentada con una expresión desolada.

—Blake se fue anoche —le informó apesadumbrada a Nicola—. Ni siquiera se despidió, sólo dejó una nota en la mesa. El no es así, muchas veces ha tenido que salir durante la noche y siempre entra a despertarme para despedirse.

Nicola se sintió culpable, pues sabía por qué lo había hecho. Estaba demasiado furioso y no quería ver a nadie.

—En la nota dice que vas a marcharte, Nicola —continuó su tía.

—Sí, debo hacerlo —respondió Nicola en voz baja. Se sentó y le dirigió a su tía una mirada de afecto—. Hay muchas cosas que tú no sabes. Nosotros… Blake y yo te las ocultamos, pero ahora creo que debes saberlo todo.

—Se trata de tu padre —supuso Mary—. ¿Es algo acerca de Kevin?

—Sí —Nicola logró sonreír y tomó una mano de su tía entre las suyas—. Fue un hombre maravilloso y muy valeroso. Tú tenías razón.

Dos días después, Nicola estaba preparada para irse. Blake le había reservado billete para el día siguiente y durante esos dos días Nicola le había contado a su tía toda la historia. Mary le habló de su infancia en Inglaterra al lado de su hermano e incluso le mostró

algunas fotografías, escenas felices que Nicola nunca antes había visto. En la casa reinaba la paz y ella no quería irse, pero no tenía otra elección. No podría enfrentarse de nuevo a Blake y demostrar el mismo valor.

Por la tarde, llegó Janet. Nicola se encontró con ella en el momento en que Dolores le abría sonriente la puerta. Era evidente que la joven le caía bien y Nicola se quedó inmóvil, pues a ella también le agradaba la actriz.

—Perdóname por no haber llamado antes de venir, pero debo ver a Blake.

—No está aquí. Está en la cabaña… por lo menos eso creo.

—¡Maldición! —Janet se mordió el labio—. Bien, no me atrevo a ir a la cabaña, eso está fuera de mis límites —alzó la vista y vio el rostro pálido de Nicola—. Me han ofrecido el papel estelar en una película y tengo que hablar con Blake antes de aceptar por si él tiene algo para mí…

—Podrías llamar a la cabaña —le sugirió Nicola. Janet hablaba de Blake como si para ella sólo fuera un excelente director al que conocía bien y no sabía qué pensar. Sintió que su corazón latía apresuradamente y las manos le temblaban.

—No tiene teléfono allí. Cuando trabaja es como un oso y, si alguien estornuda se enfurece, así que no deja que nadie se acerque a él. La cabaña es territorio prohibido —se quedó pensativa y luego continuó—. Creo que aceptaré ese papel. Blake tardará algún tiempo en volver a rodar otra película, y…

Nicola la miraba sorprendida y Janet se interrumpió.

—¿Sucede algo malo? —Nicola se sentó.

—Yo… pensé que tú estabas en la cabaña con Blake —durante largo tiempo Janet sólo la miró y luego suspiró.

—No. Ya te he dicho que es territorio prohibido —sonrió e inspeccionó sus manos antes de alzar la vista—. Si Blake llevara a alguien allí, sería un paso decisivo… eso significaría que al fin encontró a la mujer que quiere. Por alguna razón pensé que esa mujer serías tú.

—Blake sólo… cuidaba de mí —murmuró trémula Nicola—. Mi padre falleció en un incendio y…

—Nunca lo he visto cuidar a nadie, con excepción de Mary —le aseguró Janet—. Es lo que parece: duro, implacable, inflexible y

nunca lo había visto alterarse por nada. Vi su rostro cuando te bajó en brazos de la iglesia y también cuando Martin Colé trataba de seducirte. Blake simplemente no reacciona así.

—Me imagino que lo hizo por mi tía Mary —murmuró Nicola, pero su mente no estaba en la conversación, sino en Blake.

—No —le aseguró Janet—. Lo supe desde el momento en que te vi. Siempre supe que un día alguien llegaría a Blake, alguien que pudiera convertirlo en un ser humano normal, que experimenta emociones igual que los demás. Yo jamás lo habría logrado.

Nicola alzó la vista y Janet sonrió apesadumbrada.

—Hubo una época en que Blake y yo fuimos algo más que amigos —le confesó—. Eso no duró y sucedió hace mucho tiempo. En realidad él nunca me necesitó. Es como una montaña, alta e inalcanzable. Camina dentro del círculo de su propio poder y nada lo afecta profundamente. Pero tu sí.

—Yo… no lo creo —murmuró Nicola—. Sólo fui parte de un plan. Ahora todo se ha resuelto y además…

—Además tú lo rechazaste porque estabas asustada —terminó Janet por ella—. Ahora comprendo por qué está en la cabaña. Yo no me atrevería a ir allí, aunque mi vida dependiera de eso. Un tigre lamiéndose sus heridas es demasiado peligroso.

Nicola sentía que la cabeza le daba vueltas. No tenía tiempo para pensar con claridad, pero de una cosa sí estaba segura, se había equivocado al pensar que Janet estaba con Blake. ¿No se habría equivocado también en todo lo demás?

—Creo que piensa rodar otra película —comentó cuando Janet se puso de pie con un suspiro resignado—. En el avión estaba leyendo un libro. Debió leerlo tres veces y estaba totalmente absorto en él.

—¡Oh, si pudiera estar segura! —exclamó Janet—. No sé qué hacer. Escucha, Nicola, si llama, dile que vine a buscarlo y explícale el motivo, ¿quieres?

—Lo haré si llama —le prometió Nicola—. Pero me voy mañana.

—Estás cometiendo un error —le aseguró Janet en voz baja—. Pero si él no te importa…

—Sí me importa —replicó Nicola con el corazón en los ojos y Janet sonrió y se dio la vuelta.

—Si él lo supiera, vendría a buscarte. Pero si no lo sabe, tal vez

se quede en la cabaña durante meses.

—¿Hizo eso cuando tú lo dejaste? —le preguntó Nicola y Janet la miró y sonrió irónica.

—Yo no lo dejé, Nicola. Blake simplemente perdió el interés en mí. Después de todo, yo no era nada más que una amiga. Jamás perdió el control por mí, nunca lo vi palidecer ni mirar a nadie como si quisiera matarlo. ¿Tendrás el valor de ir a la cabaña? —la miró interrogante y luego fue a saludar a Mary, dejando a Nicola aturdida.

Sabía que no tendría valor para ir a la cabaña. Tenía demasiado miedo. Si Blake sólo la deseaba, un día también perdería el interés por ella. Pero, ¿y si sentía algo más? Se había ofrecido a acompañarla a Inglaterra, casi se lo había exigido. Eso significaba que estaba dispuesto a dejar su trabajo el tiempo que fuera necesario. ¿Significaba eso que la amaba, que quería un compromiso? No lo sabía.

Esa noche estaba cenando con Mary cuando sonó el teléfono y Dolores entró a informarle que la llamada era para ella. Debía de ser el doctor Gregory, pensó Nicola.

—¿Hola? —se quedó desconcertada cuando oyó la voz de Blake.

—¿Nicola? —se quedó paralizada, con el auricular en la mano, incapaz de responder y la voz de Blake se oyó áspera cuando repitió su nombre—. ¡Nicola! ¡Por todos los cielos, respóndeme! ¡Sé que no quieres saber nada de mí y que estás a punto de regresar a Inglaterra, pero sólo te pido que respondas!

—Yo… iba a hacerlo. Pensé que era el doctor Gregory…

—Creí que ya te habías ido —la interrumpió—. De pronto tuve la impresión de que había confundido las fechas y que te habías ido ayer. Me parece que ha pasado tanto tiempo…

Nicola estaba aturdida y no podía hablar. Blake no parecía el mismo, había desaparecido su forma dinámica de hablar.

—Janet ha estado aquí —le informó, pues no sabía qué decir—. Quería saber si tendrás pronto algún papel para ella, porque le han hecho una oferta y…

—¡No quiero saberlo! —estalló Blake—. ¿Por qué me hablas de Janet?

—Bueno, ella me pido que te lo dijera y yo sabía que estás trabajando en algo.

—¿Trabajando? —exclamó él con amargura—. ¿Crees que estoy trabajando? ¿Sabes lo que estoy haciendo aquí? Camino de un lado a otro, creo que he recorrido cientos de kilómetros desde que te dejé. He caminado alrededor de la cabaña, por la playa y por el bosque. Por la noche regreso y recorro la cabaña de un lado a otro. ¡Oh, Dios, estoy tan cansado!

—¡Blake! —nunca lo había oído hablar así y quería abrazarlo y consolarlo—. ¿Entonces el libro no es bueno? —le preguntó con voz temblorosa—. Sabía que estabas interesado en él, pero…

—¡Al diablo con el libro! —estalló Blake furioso—. ¡Ven a mi lado, Nicky! —le suplicó desesperado—. Por favor, ven.

Ella estaba demasiado confundida como para responder y, antes de que pudiera hacerlo, oyó que Blake suspiraba como un condenado a muerte. Luego se cortó la comunicación y ella se quedó mirando horrorizada el auricular. Él la necesitaba… No podía llamarlo porque en la cabaña no había teléfono. Debió ir en su coche a algún lado para llamarla. Después de todo la quería.

Regresó corriendo a la sala y su tía se sorprendió al ver su expresión agitada.

—¡Debo ir al lado de Blake! —anunció excitada—. ¡Debo hacerlo!

—¿Qué sucede, Nicola? —Mary palideció y Nicola comprendió de pronto su estupidez al dejar que su tía pensara que había sucedido algo malo.

—No es nada —murmuró y se sentó, tomando una mano de la dama—. Blake está bien, pero quiere que yo vaya a la cabaña. Me necesita y cree que yo no quiero ir porque se cortó la comunicación antes de que le dijera que iría. No puedo llamarlo. ¡Debo ir a su lado!

—¿Y tu viaje a Inglaterra mañana? —le preguntó su tía con suavidad y Nicola alzó la vista sorprendida. Lo había olvidado.

—¡Blake me necesita! —exclamó casi colérica y el rostro de su tía se suavizó.

—Tú lo amas, ¿no es cierto? —le preguntó con una sonrisa.

—¡Oh, sí! —Nicola no pensó en negarlo y Mary asintió satisfecha.

—Eso pensé. Podía sentir algo en el aire entre vosotros dos. Conozco a Blake.

—¿Crees que le intereso? —le preguntó Nicola con una mirada anhelante y su tía alzó las cejas escéptica.

—¿Qué es lo que están criando ahora en Inglaterra, lunáticos? Por supuesto que le interesas. ¡Blake no necesita a las personas, ellas lo necesitan! —sonrió y le dio una palmada en la mano a Nicola—. Pablo sabe dónde está la cabaña. Él te llevará.

Pablo parecía no tener prisa y Nicola lo miró agitada. Acababa de salir de la casa con su bolso en la mano y nada más, temerosa de que Blake se hubiera ido antes de que ella llegara…

—La llevaré allí, señorita —le aseguró Pablo ufano—. He conducido este coche muchas veces, cuando la señora me envía a hacer las compras. También la llevo a pasear. A veces le llevo cosas a la cabaña al señor Anderson, así que conozco el camino.

—¿No podría ir más aprisa? —le pidió ella—. Tal vez él ya se haya marchado.

—Entonces no tiene sentido que nos apresuremos —replicó Pablo con una lógica devastadora y ella tuvo que calmarse. Después de todo, no sabía lo que Blake sentía por ella. Janet y su tía estaban seguras de que la amaba, pero él nunca se lo había dicho. Sin embargo, le había pedido que fuera, se lo había suplicado, y ella jamás creyó que Blake fuera capaz de suplicar algo.

Se desviaron hacia el mar por una carretera estrecha y solitaria y, después de lo que a ella le pareció mucho tiempo, Nicola vio unas luces entre los árboles y Pablo la miró satisfecho.

—Hay luces —declaró con firmeza—. El señor Anderson está allí. ¿Quiere que la espere?

Ella no lo sabía. Tal vez Blake se hubiera ido y hubiera dejado las luces encendidas. Era un lugar apartado y, si Blake se había ido, no sabría qué hacer.

—Puede regresar, Pablo —respondió decidida.

El no discutió y Nicola supuso que, igual que los demás, temía la ira de Blake si aparecía allí. Sólo tardó unos minutos en llegar a la puerta de la cabaña. Ya había oscurecido, pero con la mirada fija en el lugar en donde estaba Blake, no tenía miedo. Era mejor de lo que se imaginaba. La construcción era de madera, pero ni con mucha imaginación se podía calificar de cabaña. Era como un pabellón de

caza, un lugar a donde un hombre rico iría en busca de intimidad, tal vez a pescar. La puerta estaba abierta y Nicola miró hacia el interior de la habitación iluminada; pudo ver que también era cómoda, con un reluciente suelo de madera cubierto de alfombras de colores brillantes y una chimenea de piedra, pero Blake no estaba allí.

De pronto lo vio y se sobresaltó. Estaba muy pálido, casi macilento. Entró en la habitación por la parte de atrás y se detuvo al verla, mirándola como si fuera una aparición.

—Yo… pensé… creí que me necesitabas… —logró decir ella en voz baja, pero Blake no se movió.

—Sí te necesito —respondió él con voz temblorosa—. ¿Pero qué me dices de ti? ¿Qué es lo que tú necesitas?

Había algo en él que le destrozó el corazón, una mirada desolada y vacía y de pronto Nicola sintió los ojos anegados en lágrimas.

—Yo también te necesito, Blake —murmuró con voz sofocada—. Por favor, no me pidas que me vaya.

Blake se lanzó hacia ella, dejó caer al suelo los libros que llevaba y la estrechó en sus brazos.

—¿Cuándo te he pedido que te vayas? —le preguntó con voz ronca—. Desde el momento en que te vi, he tratado de retenerte a mi lado. No quería perderte de vista —le enmarcó la cara entre sus manos para mirarla a los ojos—. ¿Por qué querías dejarme, Nicky? —le preguntó desesperado—. ¿Por qué me dijiste que ya no sentías nada por mí?

—Yo… pensé que tenías a Janet. Creí que estaba aquí contigo.

—¡Oh, cariño! —la abrazó con más fuerza—. Lo de Janet sucedió hace mucho tiempo, e incluso entonces…

—Lo sé, ella me lo ha contado.

—¿Por eso has venido? —le preguntó, pero ella movió la cabeza.

—No. He venido porque llamaste por teléfono y pensé… esperé…

—Te he necesitado desde el primer momento en que te vi —le aseguró Blake—. Te necesité antes de que abrieras esos ojos verdes y me miraras desde tu cama del hospital. Te amo.

—Oh, Blake, ¿por qué no me lo dijiste? —murmuró ella.

—Pensé que no tenía derecho a decírtelo. Te obligué a venir

conmigo a un lugar que no deseabas conocer. No podía dejarte ir, pero no tenía derecho. Te necesitaba a mi lado, te amaba, pero…

—No me facilitaste las cosas —le recordó ella y lo miró a los ojos.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó con ternura—. Hice todo lo que pude por ti, te vigilé como un tigre —deslizó una mano despacio a lo largo de su cuerpo, rozando un seno y su sonrisa se hizo seductora—. Incluso te vestí.

Nicola siguió mirándolo añorante.

—Cuando me miras así no puedo pensar en nada que no sea besarte —murmuró—. Si lo hago, tú sabes lo que sucederá, no podré detenerme. Te deseo y no puedo pensar en otra cosa.

—Le pedí a Pablo que se fuera —le confesó ella sin dejar de mirarlo—. Quería estar a solas contigo. No he traído ropa de dormir, si tienes otro dormitorio y…

—¡No! —le pidió Blake—. Me estás volviendo loco. No has dejado de mirarme así desde el primer momento. ¿Cuánto tiempo crees que puedo resistir esa invitación?

—¿Un segundo? —le preguntó Nicola, pero los labios de él la callaron y la estrechó con fuerza contra su pecho. Las llamas empezaron a arder y Blake la besó hambriento.

—Nicky, cariño —murmuró cuando al fin dejó de besarla y sepultó la cara en su cabello—. Quiero saber lo que esto significa para ti, debo saberlo porque no eres cualquier mujer, no eres sólo alguien a quien deseo. Te amé desde que te vi. Si me dejaras, si regresaras a tu país, te seguiría. ¿Qué otra cosa podría hacer? ¿A dónde más podría ir? No me hagas sufrir más, amor mío.

Ahora le tocó a Nicola el turno de consolarlo y le dirigió una mirada rebosante de amor.

—Yo también te amo, Blake —le dijo en voz baja—. Pensé que tenía miedo de ti, pero supongo que en realidad tenía miedo de mí misma, de mis sentimientos, de algo que nunca antes había sentido. Te amo tanto…

Blake la miró con los ojos brillantes y después la alzó en sus brazos y le cubrió la cara de besos.

—No tengo dos dormitorios —murmuró con voz ronca—, y no necesitas nada para dormir. Ven conmigo, ángel. Deja que te demuestre lo mucho que te necesito, lo mucho que siempre te

necesitaré.

Cuando se olvidaron del mundo exterior y ella se encontró en los brazos de Blake, con el cabello dorado extendido sobre la almohada, él la miró sonriendo para desvanecer su temor en el último momento.

—Nada volverá a herirte —le prometió, cubriendo de besos sus hombros—. Esta noche dormirás aquí conmigo y mañana te llevaré de regreso a casa.

—¡Oh, no! —gritó Nicola y se aferró a él—. No podría dejarte.

—¿Y crees que yo podría dejarte? —le preguntó Blake—. Te necesito aquí —se colocó encima de ella y su poderoso cuerpo la cubrió posesivo—. Quiero casarme contigo tan pronto como sea posible, creo que ya no podré volver a dormir sin ti. Podemos ir por tus cosas y quedarnos aquí, o regresar al lado de Mary o ir a Inglaterra… adonde vayamos estaremos juntos.

—Entonces no me importa a dónde vayamos —suspiró Nicola y Blake empezó a besarla hasta que las llamas se alzaron hacia el cielo oscuro y sus cuerpos se movieron juntos como si fueran uno.

—Mírame de nuevo, amor mío —jadeó Blake.

Nicola abrió los ojos, nublados por el amor, sin saber lo que él quería ver, pero la mirada ardiente de él sostuvo la suya y vio que su tez se oscurecía por la pasión, sofocando el grito de ella con sus labios cuando la poseyó y los dos ascendieron hacia un universo aterciopelado, rebosante de estrellas doradas. Cuando al fin volvieron a la tierra y Nicola abrió los ojos, vio que Blake la contemplaba con adoración.

—Eres todo lo que me prometían tus ojos —murmuró—. Al principio, no podía creer la forma en que me mirabas. Me han dirigido muchas miradas, mujeres que trataban de obtener un papel en mis películas, que creían que sería agradable tener una aventura con un director de cine.

—Como Dorette Ingham —le recordó ella con una sonrisa.

—Sí —convino él—. Pero tú me mirabas y mi mundo se estremecía. Tus ojos me deslumbraban, me suplicaban, me hacían promesas que me dejaban sin aliento.

—Eso es vergonzoso —murmuró Nicola sonrojada.

—Es cierto —la besó en la boca con suavidad—. Y cuando te tocaba, era increíble, como si ya fueras parte de mí.

—Quería serlo —le confesó ella.

—Ahora ya lo eres —le recordó él con voz ronca y empezó a besarla de nuevo—. ¿Por qué no has traído ropa? —gimió—. ¿No sabías que yo no te dejaría ir? Ahora tendré que llevarte por tus cosas.

—No protestes —rió Nicola y él la estrechó con más fuerza.

—No quiero compartirte con nadie —rezongó, volviendo a ser el Blake de antes, que la hacía temblar—. No quiero ver a nadie durante mucho tiempo.

—Podemos ir mañana temprano por mi ropa y volver luego aquí. Diremos que venimos a trabajar, nadie se atreve a acercarse a la cabaña cuando tú estás trabajando.

—Es una buena idea —respondió Blake con admiración—. Y también práctica. Es un buen lugar para ocultarnos hasta que nos casemos.

—Pero la tía Mary se sentirá muy sola —le recordó Nicola y le echó los brazos al cuello.

—No —le aseguró él—. Mary lleva una vida social muy agitada, a pesar de su inmovilidad. Pablo la lleva en el coche a todas partes. Sólo se ha quedado en casa por ti, hasta que te recuperaras, pero volverá a su vida de antes tan pronto como nos alejemos.

—¡Pero ella me quería a su lado! —protestó Nicola—. Me necesita.

—Quería que vinieras porque eres su sobrina, la hija del hermano al que tanto quiso —le aseguró Blake—. Yo era el que te necesitaba. Cuando tuve que continuar con la filmación, estaba furioso. No podía irme sin ti.

—Así que inventaste un trabajo para mí.

—Era más civilizado que llevarte casi a rastras —confesó Blake.

—¿Y te fui útil? —insistió Nicola—. ¿Hice un buen trabajo?

Blake sonrió seductor, estudió el rostro de ella y luego su mirada se detuvo en los suaves labios.

—Amor mío, estuviste fantástica —le aseguró con voz ronca.